



CON TEMPORÁNEA

Toda la historia en el presente

Núm. 1 enero - junio de 2014

Directorio

Secretaría de Educación Pública

Emilio Chuayffet Chemor
Secretario

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa
Presidente

Instituto Nacional de Antropología e Historia

María Teresa Franco
Directora General

César Moheno
Secretario Técnico

Leticia Perlasca Núñez
Coordinadora Nacional de Difusión

Luis Barjau
Director de Estudios Históricos



Primera época, vol. 1, núm. 1, enero–junio de 2014

Revista de la Subdirección de Historia Contemporánea de la Dirección de Estudios Históricos–INAH

Editor

Carlos San Juan Victoria

Coordinadora del número

Dolores Pla Brugat

Consejo de redacción

Carlos San Juan Victoria
Dolores Pla Brugat
Gabriela Pulido Llano
Mario Camarena Ocampo
Mónica Palma Mora
Haydeé López Hernández

Consejo editorial

Alejandro Schneider, Universidad de Buenos Aires
Diego Pulido, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Fernando Saúl Alanís, El Colegio de San Luis
Germán Feijoo, Universidad del Valle (Colombia)
Iván Gomezcésar, Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Jesús Hernández, Universidad Autónoma de Tamaulipas
Leticia Reina, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Luciano Concheiro, Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco
Luz María Uthhoff, Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa
Marcela Dávalos, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Marco Bellingeri, Universidad de Turín
Ricardo Pérez Montfort, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
Salvador Rueda, Dirección de Estudios Históricos, INAH
Tiziana Bertaccini, Universidad de Turín
Verónica Oikión, El Colegio de Michoacán

Concepto y producción editorial

Benigno Casas

Diseño web

Tania Ixchel Pérez González

Cuidado de la edición

Claudia Alvarez y Héctor Siever

Soporte técnico

Reynaldo Gallo Mondragón y Juan Santiago Pérez

Foto de portada

Carlos Álvarez Enríquez

Presentación del número 1

Con el apoyo decisivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, este primer número de *Con-temporánea* abre con la sección Destejiendo a Clío en la que nos importa promover ámbitos de intercambio donde la trama de Clío se desteja y rehaga. Así exponemos el intercambio académico con Enrique Florescano Mayet, el pasado año 2013. Su texto “La función social de la Historia” se fundamenta en su libro de igual título aparecido en 2012.

En la sección Del Oficio recogemos una muestra del diálogo ocurrido a finales de febrero de 2013, en el que los historiadores de esta casa expusimos las miradas desde las que armamos las historias. Aparecen los climas culturales, las lecturas, los maestros y las tendencias de investigación, de cerca de cuatro décadas. Sus aportaciones y también sus límites, las apuestas personales para engancharse a temas y a maneras de trabajar. Salen a flote también la intimidad del taller y las conexiones emotivas con los temas de estudio que ayudan a afrontar el estrés de la dinámica de investigación.

El *dossier* o Expediente H es apenas una probada de las novedosas narrativas históricas italianas. Su centro es construir y trabajar problemas recurriendo a múltiples fuentes y métodos: ¿Cómo se hicieron italianos los habitantes de las muchas provincias locales en la primera mitad del sigloXX?, se pregunta y responde Walter Barberis, uno de los más completos y relevantes historiadores actuales de Italia. ¿Cómo surgió una ética del trabajo capaz de cohesionar a una nación, y cómo se desintegró a lo largo del siglo XX?, interroga Bruno Maida, talentoso historiador joven, en cuyo texto la historia económica, los valores éticos, la literatura y las mutaciones de la sociedad se dan la mano para realizar esta arriesgada empresa.

En la sección de las Mirando libros, cuatro de nuestras colegas revisan novedades editoriales que incursionan sobre temas relevantes del siglo XX y de la actualidad.

Cerramos con una posibilidad que da la tecnología del Internet. Regresar a la comunicación antigua, llena de imágenes y voces, y enriquecer al mundo monocromático de las letras que se impuso como código dominante después de Gutenberg. Desfilan las fotografías de Rebeca Monroy Nasr que se invocan en su texto. Se pueden escuchar testimonios de los viejos zapatistas sobre la leva en la segunda década del siglo XX (Colección Testimonios Zapatistas, INAH, propuestos por la maestra Ruth Arboleyda). Finalmente, podemos acceder a través del video a la Mesa 14 del movimiento #Yo soy 132, que nos ofrece el insólito ejercicio colectivo realizado por estudiantes de universidades públicas y privadas, en 2012, en las Islas de la UNAM. Es el ejercicio, que repiten todas las generaciones, donde del torrente de eventos del siglo XX *eligen su historia*. De las muchas tramas y eventos, se prefiere una herencia, se construye una historia, se dibuja un nosotros.

Primer número, la aventura incierta del paso inicial, la esperanza abierta de recorrer un camino.

La función social de la historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 03/25/2014 – 16:35

Enrique Florescano*

Hace tiempo, el historiador inglés Robin G. Collingwood definió así los fines de la Historia:

[La historia es la disciplina del] auto-conocimiento humano [...] Conocerse a sí mismo significa conocer lo que se puede hacer, y puesto que nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo intenta, la única pista para saber lo que puede hacer el hombre es averiguar lo que ha hecho. El valor de la historia, por consiguiente, consiste en que nos enseña lo que el hombre ha hecho y en este sentido lo que es el hombre.

Estas palabras de Collingwood responden con economía la pregunta para qué se estudia la historia. El estudio de la historia es una indagación sobre el significado de la vida individual y colectiva de los seres humanos en el transcurso del tiempo. Hasta el momento no se ha encontrado otra guía mejor para adentrarse en la complejidad de la existencia humana de este arte, inventado en los albores de la civilización.

Desde tiempos antiguos el historiador se ha pensado un deudor de su grupo social. Conoce el oficio a través de las enseñanzas que recibe de sus profesores. Aprende la arquitectura de su disciplina desmontando y rehaciendo los modelos heredados de sus antepasados. Descubre los secretos del arte por el análisis que hace de las variadas técnicas imaginadas por sus colegas. Sus libros de cabecera son a menudo obras escritas en lenguas ajenas a la suya y nutridas por las culturas más diversas.

Los desafíos que le imponen sus compañeros de generación y la ineludible competencia que padece en nuestros días son los incentivos que lo inducen a superarse. Es decir, desde que elige su vocación hasta que aprende a encauzarla, está rodeado de condicionantes sociales inescapables. De una parte, es un producto social, un resultado de diversas corrientes colectivas; y de otra, un individuo acuciado por el deseo de superar herencias del pasado y de asumir su oficio a partir de los desafíos que le impone su presente.

La costumbre de leer la historia de un país a través de lo que hoy llamamos historia nacional, nos ha hecho olvidar que detrás de la historia escrita por los vencedores permanecen latentes las versiones de los grupos marginados y oprimidos, e incluso la versión de los derrotados. Una respuesta adecuada sobre el sentido y los propósitos de la narración histórica debería incluir las interpretaciones del pasado hechas por los sectores marginados, para así hablar, si no de una imposible historia total, al menos de una plural, más representativa de la diversidad social que constituye a las naciones.

En el interminable aprendizaje de su oficio el historiador va descubriendo las cambiantes funciones de la historia. Entre ellas quiero recordar las siguientes:

EL relato histórico como discurso de identidad

Cuando el vuelo de la historia nos transporta a los tiempos transcurridos y nos acerca a las tareas que nuestros antecesores le asignaron al rescate del pasado, advertimos que las funciones de la historia han sido variadas. También observamos que buena parte de esas tareas se concentró en dotar a los grupos humanos de identidad, cohesión y sentido colectivo.

Desde los tiempos más remotos, los pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México acudieron al recuerdo del pasado para combatir el paso destructivo del tiempo sobre las fundaciones humanas; para tejer solidaridades asentadas en orígenes comunes; para legitimar la posesión de un territorio; para afirmar identidades arraigadas en viejas tradiciones; para sancionar el poder establecido; para respaldar con el prestigio del pasado vindicaciones del presente; para fundamentar en un pasado compartido la aspiración de construir una nación; o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro.

En todos esos casos, la función de la historia es la de dotar de identidad a la diversidad de seres humanos que formaban la tribu, el pueblo, la patria o la nación. La recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales compartidos, inculcar la convicción de que la similitud de orígenes le otorgaba cohesión a los diversos miembros del conjunto social para enfrentar las dificultades del presente y confianza para asumir los retos del porvenir.

Dotar a un pueblo de un pasado común y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva, es quizá la más antigua y la más constante función social de la historia. Se inventó hace mucho tiempo y sigue vigente hoy día.

Como dice el escritor John Updike, el historiador sigue siendo el especialista de la tribu que tiene el cargo de contarle a los demás lo que todo grupo necesita saber: "¿Quiénes somos? ¿Cuáles fueron nuestros orígenes? ¿Quiénes fueron nuestros antepasados? ¿Cómo llegamos a este punto o a esta encrucijada de la historia?"

Estas características explican el gran atractivo que tiene el relato histórico y su vasta audiencia, continuamente renovada. Atrae al común de la gente y al curioso porque el relato histórico los transporta al misterioso lugar de los orígenes. Al tender un puente entre el pasado distante y el presente incierto, el relato del historiador establece una relación de parentesco con los antepasados próximos y lejanos, y un sentimiento de continuidad en el interior del grupo, el pueblo o la nación. Al dar cuenta de las épocas aciagas o de los años de gloria, o al rememorar los esfuerzos realizados por la comunidad para defender el territorio y hacerlo suyo, crea lazos de solidaridad y una relación íntima entre los miembros del grupo, el espacio habitado y el proyecto de convivir unidos.

EL conocimiento de lo extraño y remoto

Si el estudio de la historia ha sido una búsqueda infatigable de lo propio, su práctica es un registro de la diversidad del acontecer humano. La inquisición histórica nos abre al reconocimiento del otro, a aquello que es distinto y extraño a nosotros, y en esa medida nos hace partícipes de experiencias no vividas pero con las cuales nos identificamos y formamos nuestra idea de la pluralidad de la aventura humana.

Para el estudioso de la historia la inmersión en el pasado es un encuentro con formas de vida distintas, marcadas por la influencia de diversos medios naturales y culturales. Por esos rasgos peculiares a la práctica de la historia puede llamársele el oficio de la comprensión. Obliga a un ejercicio de comprensión de las acciones y motivaciones de seres humanos diferentes a nosotros. Y como esta tarea se practica con grupos y personas que ya no están presentes, es también un ejercicio de comprensión de lo extraño, una obra de comunión y amistad con el otro.

El estudio del pasado nos obliga a trasladarnos a otros tiempos, a conocer lugares nunca vistos antes, a familiarizarnos con condiciones de vida que difieren de las propias y de ese modo nos incita a reconocer otros valores y romper las barreras de la incompreensión fabricadas por nuestro propio entorno social. Dicho en forma resumida, el oficio de historiador exige una curiosidad hacia el conocimiento del otro, una disposición para el asombro, una apertura a lo diferente y una práctica de la tolerancia. Como advierte Owen Chadwick, el oficio de historiador requiere la humildad del corazón y la apertura de la mente, dos cualidades que proverbialmente se ha dicho que son indispensables para la comprensión histórica.

Al reflexionar sobre la disposición del conocimiento histórico para vincularse con seres y acontecimientos distintos a los propios, Paul Ricoeur descubre en esta disposición un sentido ético de justicia. "El deber de memoria –dice– es el deber de hacer justicia mediante el recuerdo" al otro. Puesto que "debemos a los que nos precedieron una parte de lo que somos", concluye que el "deber de memoria no se limita a guardar la huella material, escrituraria u otra, de los hechos pasados, sino que cultiva el sentimiento de estar obligado respecto a otros [...] que ya no están pero que estuvieron. Pagar la deuda, diremos, pero también someter la herencia a inventario".

Registro de la temporalidad

Al mismo tiempo que la imaginación histórica se esfuerza por revivir lo que ha desaparecido, por imbuirle permanencia a lo que poco a poco se desvanece, por otro lado es una indagación sobre la transformación ineluctable de las vidas individuales, los grupos, las sociedades y los estados. La historia, se ha dicho, es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo.

Buen número de los instrumentos que el historiador ha desarrollado para comprender el pasado son detectores del cambio y la transformación. El historiador registra el cambio instantáneo, casi imperceptible, que el paso de los días provoca en las vidas individuales y colectivas. Estudia los impactos formidables producidos por las conquistas, las revoluciones y las explosiones políticas que desplazan a grupos étnicos, pueblos y naciones. Y ha creado métodos refinados para observar los cambios lentos que a través de cientos de años transforman las estructuras económicas, las mentalidades o las instituciones que prolongan su vida atravesando el espesor de los siglos.

Gracias al análisis de estos diversos momentos de la temporalidad, el estudio de la historia nos ha impuesto la carga de vivir conscientemente la brevedad de la existencia individual, la certidumbre de que nuestros actos de hoy se apoyan en la experiencia del pasado y se prolongarán en el futuro y la convicción de que formamos parte del gran flujo de la historia, de una corriente mayor por la que transitan las naciones, las civilizaciones y el conjunto de la especie humana.

La historia y el encuentro con lo irrepetible

Quando el estudioso de la historia analiza los hechos ocurridos en el pasado, se obliga a considerarlos según sus propios valores, que son los valores del tiempo y el lugar donde esos hechos ocurrieron. Al proceder con este criterio de autenticidad, el historiador le confiere a esas experiencias una significación propia y un valor duradero, singular e irrepetible dentro del desarrollo humano general. Por

esa vía las experiencias sociales y los actos nacidos de la intimidad más recóndita se convierten en testimonios imperecederos, en huellas humanas que no envejecen ni pierden valor por el paso del tiempo.

Hace siglos, al observar esta característica de la recuperación histórica, el humanista italiano Marsilio Ficino escribió: "La historia es necesaria, no sólo para hacer agradable la vida, sino también para conferir a ésta un sentido moral. Lo que es en sí mortal, a través de la historia conquista la inmortalidad; lo que se halla ausente deviene presente; lo viejo se rejuvenece."

Pero al recoger lo irrepetible, la historia da cuenta también de su fugacidad. Al revisar los asuntos que obsesionan a los seres humanos, la historia los despoja del sentido absoluto que un día se les quiso atribuir. Contra las pretensiones absolutistas de quienes desearon imponer una Iglesia, un solo Estado o un orden social único para toda la humanidad, la historia muestra, con la implacable erosión del paso del tiempo sobre las creaciones humanas, que nada de lo que ha existido en el desarrollo social es definitivo ni puede aspirar a ser eterno. La historia, advierte Erik Hornung, "inexorablemente destruye todos los valores 'eternos' y 'absolutos' y demuestra la relatividad de los referentes absolutos que nos esforzamos por establecer".

El estudio del pasado como historia contemporánea

El historiador italiano Benedetto Croce, al observar que nuestra reflexión sobre el pasado está contaminada por los valores y preocupaciones del presente, pronunció una sentencia célebre: dijo que toda investigación sobre el pasado es siempre historia contemporánea. Esta sentencia, llevada a su último extremo, querría decir que el historiador, por más esfuerzos que haga para situarse en el pasado y analizarlo con sus propios valores, no puede escapar a la determinación de interrogarlo desde el presente y de producir, fatalmente, una imagen del pasado transida de las presiones y expectativas del momento en que escribe.

Pero si es imposible que los historiadores se desprendan de los valores de su propio tiempo, no podemos olvidar que los acontecimientos del pasado efectivamente ocurrieron y que, por tanto, pueden ser comprendidos y explicados con independencia de los valores del presente. Si bien los acontecimientos del pasado no son susceptibles de ser conocidos directamente por el historiador, dejaron huellas que pueden ser registradas, analizadas e interpretadas. Carlo Ginzburg, el gran historiador italiano, nos recuerda que precisamente este conocimiento indirecto, por medio de rastros, huellas e indicios, es el conocimiento propio de la historia, lo que distingue a este saber de otras formas de conocimiento.

¿Es la historia maestra de la vida?

Desde la antigüedad hasta fines del siglo XVIII, era común escuchar en la tertulia social, en el salón de clases o en los discursos que recordaban los hechos pasados, el dicho de que "la historia es la maestra de la vida". La expresión, *historia magistra vitae* fue acuñada por Cicerón, basándose en ejemplos griegos.

Con esa frase se quería decir que quien leía libros de historia o examinaba con atención los hechos pasados que habían conducido a tal o cual resultado, podría utilizar esos conocimientos para no incurrir en los errores que afectaron a nuestros ancestros, o para normar los actos de la propia vida, apoyándose en las experiencias del pasado. Como sabemos, Hegel cortó esta pretensión con una sentencia tajante: "lo que la experiencia y la historia nos enseñan es que los pueblos y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia, y nunca han actuado según las doctrinas que de ella se podrían haber extraído".

Los historiadores positivistas fueron los primeros en combatir el sentido didáctico que se le había otorgado a la historia. En 1874 Leopold von Ranke escribió: "Se le ha atribuido a la historia la misión de juzgar el pasado, de instruir al mundo para el aprovechamiento de los años futuros: el presente ensayo, el libro que escribía, decía, no tiene más pretensiones que 'mostrar lo que realmente ocurrió'".

En nuestro tiempo, Agnes Heller observó que los pueblos y los gobiernos "no son niños en absoluto, y para ellos no existe un maestro llamado historia". Como reconoce Heller, si es verdad que no extraemos "lecciones de la historia", constantemente estamos aprendiendo de los hechos históricos. Los desafíos de la actualidad casi siempre nos remiten a las encrucijadas del pasado, y muchas veces los acontecimientos pasados sirven de "principios ordenadores de nuestras acciones presentes".

Según Heller, estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que la "historia no nos enseña nada", puesto que "somos nosotros los que, aprendiendo de ella, nos enseñamos a nosotros mismos. La historicidad, la historia, somos nosotros. Somos nosotros los maestros y los discípulos en esta escuela que es nuestro planeta [...] La historia no 'continúa avanzando', porque no avanza en absoluto. Somos nosotros los que avanzamos [...] Como dice Vico, sólo podemos entender un mundo que nosotros mismos hemos creado. No nos limitamos a andar a tientas en la oscuridad. El rayo que ilumina las zonas oscuras de nuestro pasado es el reflector de nuestra conciencia". Al mostrarnos las variadas rutas que ha tomado el desarrollo humano, así como los innumerables desafíos que ha enfrentado, el conocimiento que aporta la historia es "una vacuna permanente contra el dogmatismo", es una escuela de la libertad, pues uno puede aceptar o rechazar el legado de los ancestros cuyo peso e importancia la historia nos revela". Como dice Gordon Wood, la historia "es una disciplina profundamente humanista. Quizá no pueda enseñarnos lecciones particulares, pero nos dice cómo podemos vivir en este mundo".

La historia como tribunal del pasado

Algunos autores discurrieron que el estudio de la historia les proporcionaba sustento para hacer juicios morales sobre el pasado. De tiempo en tiempo se ha considerado, sobre todo después de los desastres provocados por las guerras, o en época de crisis, si una de las funciones de la historia no sería la de condenar los crímenes o los actos monstruosos cometidos en el pasado. Esta corriente se ha unido a otra, más antigua, que considera a la historia como una suerte de gran tribunal al que compete dictaminar el contenido moral de las acciones humanas. Estas ideas hicieron pensar en el historiador como si fuera una especie de juez último y supremo, "encargado de distribuir a los [...] muertos el elogio o la condena". Apoyado en ese razonamiento, Lord Acton, el historiador inglés, quiso hacer de la historia "un árbitro de las controversias, una guía para el caminante, el detentador de la norma moral".

Contra esa opinión se han manifestado diversos autores, quienes advierten que el historiador no es juez, ni le asisten razones morales para condenar a sus antepasados. Benedetto Croce, uno de los más convencidos defensores de esta tesis, la razonaba de la manera siguiente:

La acusación olvida la gran diferencia de que nuestros tribunales (sean jurídicos o morales), son tribunales del presente, instituidos para hombres vivos, activos y peligrosos, en tanto que aquellos otros hombres ya comparecieron ante el tribunal de sus coetáneos y no pueden ser nuevamente condenados o absueltos.

Por su parte, John Lewis Gaddis advierte que si hay algo que los biógrafos y los historiadores "no pueden dejar de hacer" es pronunciar juicios morales. "Es inevitable pensar la historia en términos morales". Por eso dice que "el problema de los historiadores [...] no es si debemos emitir juicios morales o no, sino cómo podemos hacerlo con responsabilidad, lo que significa hacerlo de tal manera que tanto los profesionales como los no profesionales que lean nuestra obra se convenzan de que lo que decimos tiene sentido".

El pasado como inagotable proveedor de arquetipos

Si es verdad que una de las tareas que más desvelan al historiador es la de corregir las interpretaciones que distorsionan el conocimiento fidedigno de los hechos históricos, no es menos cierto que en ningún tiempo ha sido capaz de ponerle freno a las imágenes que por distintas vías e ininterrumpidamente brotan del pasado y se instalan en el presente. Lo quiera o no el historiador, el pasado es un proveedor irrepresible de arquetipos que influyen en la conducta y la imaginación de las generaciones posteriores. Desde los tiempos más remotos, cuando los mitos narraron los orígenes del cosmos, definieron también la relación entre los seres humanos, los dioses y la naturaleza. Eran relatos dedicados a dotar a los pueblos de valores e identidades comunes y a legitimar el poder.

Los cantos que Homero diseminó en la antigua Grecia propagaron imágenes imperecederas del héroe guerrero y del amigo fiel, del momento fragoroso de las batallas y de los giros ineluctables que los dioses le imponían a la conducta humana. Más tarde, el genio griego sustituyó la explicación mítica del cosmos por un análisis razonado del desarrollo social, basado en un pensamiento separado de la religión y dotado de sus propios instrumentos de análisis (Heródoto, Tucídides). En esta tradición abrevó la corriente dedicada a extraer de la historia ejemplos morales. Plutarco, el polígrafo griego que vivió entre los años 50 y 126 d.C., se convirtió en el primer maestro del género al escribir biografías edificantes de sus antecesores de la época clásica y de los romanos que vivieron los esplendores de la república. Siguiendo a Platón, Plutarco pensaba que las virtudes podían enseñarse. A ese fin dedicó sus *Vidas paralelas*, una galería de hombres ilustres que enaltece sus valores morales. Con el correr del tiempo, esta obra vino a ser el texto que difundió los principios que nutrieron a la antigüedad clásica y el modelo más imitado para transmitir los ideales de vida de otras épocas.

Durante la Edad Media, el triunfo del cristianismo hizo de la pasión de Jesucristo el relato más celebrado. Por primera vez se difundió, por todos los medios conocidos, un solo mensaje religioso y una forma única de vida, al mismo tiempo que se condenaban las experiencias históricas distintas al cristianismo. El humanismo del Renacimiento canceló esa pretensión e inauguró los tiempos modernos. Las *Vidas paralelas* de Plutarco convivieron entonces con las hagiografías de los varones y mujeres piadosos. Las estatuas de filósofos, estadistas y héroes de la antigüedad invadieron el espacio público. Los antiguos cánones del arte clásico renacieron en la vida mundana y en el seno de la misma Iglesia. La estima de los varones clásicos produjo las primeras colecciones privadas de antigüedades, y esta pasión llevó a la creación del museo de arte, el recinto donde el visitante pudo contemplar por primera vez obras maravillosas creadas por seres que habían vivido en tiempos lejanos.

La sensación de vivir simultáneamente en diferentes espacios y tiempos históricos fue acelerada por los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI. Los viajes de Colón y Magallanes, al mismo tiempo que precisaron los confines geográficos del planeta, dieron a conocer la diversidad del globo terráqueo. El instrumento que difundió ese nuevo mundo, poblado por geografías, civilizaciones, dioses y tradiciones extrañas, fue el libro impreso. Por primera vez el relato del viajero y del historiador registró las peripecias de la aventura humana en los escenarios más apartados y las comunicó a seres de culturas diversas. Gracias al libro impreso el ciudadano de un país pudo ser contemporáneo de civilizaciones extrañas y llegó a conocer los itinerarios históricos de pueblos hasta entonces ignorados. Del libro, los temas y los personajes históricos saltaron al centro de las obras teatrales (William Shakespeare), la ópera (Claudio Monteverdi, Gluck, Wagner, Richard Strauss), la novela histórica (Walter Scott), hasta invadir, en tiempos más cercanos a nosotros, la industria del entretenimiento y de la nostalgia: cine, televisión y tiras cómicas.

La historia y la reconstrucción crítica del pasado

Otra función social que cumple la historia proviene de los hábitos establecidos por sus propios practicantes. En los dos últimos siglos, pero sobre todo en el que acaba de terminar, el estudio de la historia se convirtió, más que en una memoria del pasado, en un análisis de

procesos del desarrollo humano, en una reconstrucción crítica del pasado. Como dijo Marc Bloch, "El verdadero progreso [en el análisis histórico] llegó el día en que la duda [...] se hizo 'examinadora' [...] cuando las reglas objetivas fueron elaboradas paulatinamente y permitieron [discernir] entre la mentira y la verdad."

A través del examen cuidadoso de los vestigios históricos, sometiendo los testimonios a pruebas rigurosas de veracidad y autenticidad, y atendiendo más al cómo y al por qué ocurrieron así los hechos, el relato histórico se transformó en un saber crítico, en un conocimiento positivo de la experiencia humana. La investigación histórica estableció entonces la regla que dice que "una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada", y nos advirtió que de todos "los venenos capaces de viciar un testimonio, la impostura es el más violento".

La crítica de las fuentes nos enseñó también, como advierte Ruggiero Romano, que el historiador que sólo lee los testimonios históricos sin relacionarlos con el contexto donde estos se inscriben, corre el riesgo de pasar por alto el significado profundo de tales testimonios. Dice Romano que cuando una vez le preguntaron por qué había elegido la carrera de historiador y no otras que parecían más excitantes, respondió: *para leer bien los periódicos*. Con esta ocurrencia quería decir que uno de los atractivos mayores de la historia es la posibilidad que ofrece de "aprender a ver, más allá del relato de un acontecimiento, la estructura que lo sostiene; más allá de la espuma de la ola, la mar de fondo. En suma, la investigación histórica enseña que no [...] existe] solamente el texto, sino sobre todo el contexto; que uno no puede servirse de un texto sin la crítica [filológica, semántica, conceptual...] de ese mismo texto; que el acontecimiento aislado es poco significativo y que lo que cuenta es el mecanismo que articula un conjunto de conocimientos".

En los siglos XIX y XX los historiadores de diversos países se preocuparon por hacer que la historia transitara de los asuntos particulares a los temas más amplios del proceso social. En Europa, América y en muchas naciones los historiadores propugnaron por una ampliación de las fronteras de la historia, entonces encerrada en la historia política e institucional. Así, en la medida en que el historiador tuvo mayor cuidado en la crítica y selección de sus fuentes, mejoró sus métodos de análisis y entró en contacto con las ciencias sociales y las disciplinas humanísticas, en esa misma medida se transformó en un impugnador de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales, los nacionalismos y las ideologías de cualquier signo. De este modo, la práctica de la historia se convirtió en un ejército crítico y desmitificador, en una "empresa razonada de análisis", como decía Marc Bloch.

Al revisar el alcance de estos logros el historiador inglés Peter Burke comentaba que en la última generación "el universo de los historiadores se expandió a un ritmo vertiginoso". La marcha conquistadora de la historia en campos hasta entonces ignorados no dejó de sorprender a los mismos cultivadores de Clío. Casi todos celebraron la tendencia de la investigación a pasar del análisis de temas específicos al estudio en profundidad de conceptos globales: lo sagrado, el texto, el código, el poder, el monumento... Otros destacaron la audacia de una disciplina que se atrevía a incorporar temas y sujetos que hasta entonces habían permanecido fuera de su órbita. En fin, los historiadores se mostraron orgullosos por la extraordinaria dilatación de su disciplina y su ventajosa confrontación con las ciencias sociales.

En contraste con la historiografía que privilegiaba el análisis de las instituciones y de la vida política, la nueva se interesó por casi todos los ámbitos del pasado. Mientras la antigua historia se centraba en las hazañas de los grandes hombres y en los acontecimientos espectaculares, la nueva reconoció la presencia de los sectores populares y se aplicó a registrar la vida de los marginados y de los entonces llamados "pueblos sin historia". La cercanía de la historia con las ciencias sociales fue el motor que transformó la escritura y el sentido de la historiografía. Los enfoques de las ciencias sociales, ya fueran de la escuela de los *Annales*, marxistas o parsonianos, apoyaron una democratización de la historia que desde entonces incluyó a grandes sectores de la población y alentó el tránsito de la esfera política hacia el conjunto de la sociedad. Estos historiadores rebatieron los antiguos enfoques no porque no fueran científicos, sino porque no les parecían suficientes. Desafiaron la idea de que la historia tratará sólo los hechos particulares o de que sus fines se limitaran a "comprender" y no a explicar. En contra de estas posiciones afirmaron que todas las ciencias, incluida la historia, debían proponer explicaciones causales. Este viraje, además de incluir a sectores de la población antes ignorados, le otorgó atención especial a las minorías étnicas, a las mujeres y a los sectores populares, y condujo a la aparición de nuevas formas de narrativa y explicación históricas.

Para concluir, quiero recordar la función que la historia cumple en la formación del ciudadano.

Si damos un salto de los tiempos remotos a los días actuales, advertimos que los motivos que hoy nos mueven a enseñar la historia no difieren de los fines que animaron a nuestros antepasados. Enseñamos a las nuevas generaciones la historia propia y la de otros pueblos para hacerlos conscientes de que son parte de la gran corriente de la historia, de un proceso que se inició hace miles de años y por el que han transitado pueblos y civilizaciones distintos a los nuestros.

Enseñamos el pasado porque somos conscientes de que el "pasado fue el modelo para el presente y el futuro". Dice Eric Hobsbawm que el conocimiento del pasado es la clave del "código genético por el cual cada generación reproduce sus sucesores y ordena sus relaciones. De ahí la significación de lo viejo, que representa la sabiduría no sólo en términos de una larga experiencia acumulada, sino de la memoria de cómo eran las cosas, cómo fueron hechas y, por lo tanto, de cómo deberían hacerse". Es decir, "no podemos prever adónde vamos si no sabemos de dónde venimos". Por ello, Edward Carr escribió que "hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la historia".

El ineludible juego entre el presente, el pasado y el futuro es el ámbito donde los seres humanos adquieren conciencia de la temporalidad y de las distintas formas en que ésta se manifiesta en los individuos y en los grupos con los que éste se vincula. Al mismo tiempo que el conocimiento histórico da cuenta del desarrollo social de los seres humanos, nos acerca a los instrumentos que contribuyen a fortalecer los lazos sociales: la lengua, los rasgos étnicos, los patrones alimentarios, el territorio, las relaciones familiares, la organización política... Y así como el conocimiento histórico desvela los orígenes del pueblo o la nación, cuando se practica con rigor contribuye a limpiar las telarañas tejidas por los mitos o los nacionalismos y hace de la historiografía un medio para liberarnos de las cargas ideológicas originadas en el pasado.

Por las razones anteriores se puede afirmar que el conocimiento histórico es indispensable para preparar a los niños y a los jóvenes a vivir en sociedad: proporciona un conocimiento global del desarrollo de los seres humanos y del mundo que los rodea. Si las nuevas generaciones están obligadas a conocer el presente, es conveniente que lo hagan a partir del pasado.

La formación de una conciencia ciudadana está en relación directa con la capacidad del individuo para interiorizar los derechos y deberes que sostienen al conjunto social. Comprender el mundo contemporáneo y actuar sobre él como persona libre y responsable exige el conocimiento de la diversidad social y de su desarrollo histórico. Por eso coincido con Antoine Prost, quien dice que "La historia, al explicar cómo se ha formado la nación, proporciona a los ciudadanos los medios para elaborar su propia opinión sobre la evolución política o social [...] Esta es la contribución específica de la enseñanza de la historia: por eso la historia es más adecuada que ninguna otra disciplina para formar ciudadanos." Es el saber que da cuenta de las raíces profundas que sostienen a las sociedades, las naciones y las culturas: es el saber que devela las raíces sociales del ser humano. Si aceptamos estas consideraciones tenemos que concluir que el historiador de hoy tiene las mismas tareas y responsabilidades que le heredaron sus antecesores, pero enfrenta otros desafíos.

En primer lugar, hay un cambio en la relación entre la historia y el lector porque la comunicación por medio del libro ha perdido el cuasi monopolio del que disfrutaba desde la invención de la imprenta. Hoy día otras formas de comunicación, como la televisión y los medios masivos son más rápidos, baratos y eficientes para transmitir el conocimiento. Además, por efecto de la globalización acelerada que vivimos, hoy predomina una concepción de la realidad y de la vida en sociedad que tiende a borrar las diferencias antropológicas y culturales que caracterizan a los pueblos e individuos que conviven en un mismo país o región. Esta tendencia a la homogeneidad ha contribuido a convertir a los libros de historia en constructores inadvertidos de la uniformidad de metas que imponen hoy los poderes fácticos y los medios masivos a la condición humana.

Por otra parte, ocurre que en la enseñanza básica, media y superior de nuestros días, en los programas académicos, en las instituciones dedicadas a la investigación y a la formación de las nuevas generaciones y en los medios de información, el pasado ocupa un espacio cada vez más reducido, esquemático y banalizado. El presente, por el contrario, llena la mayor parte de los espacios educativos, científicos, técnicos, informativos y propagandísticos que forman la conciencia ciudadana y la opinión pública. Vivimos un presentismo globalizado con el resultado de que la historia ha perdido su papel como ciencia de la diferencia y como instrumento de comprensión de la diversidad y pluralidad propias de las comunidades humanas.

Junto a estos desafíos no puedo dejar de mencionar una grave distorsión en el ejercicio de la profesión de historiador que se ha agudizado desde que esta disciplina adquirió rango académico, se institucionalizó en el currículo universitario y creó su propio mercado: los profesores y estudiantes de historia. Al adquirir este estatuto, casi como reacción pavloviana, los historiadores comenzaron a escribir para ellos mismos y su mercado cautivo, en un lenguaje abstruso que ellos llamaron científico, de manera que desde la segunda mitad del siglo XX los historiadores profesionales se separaron del gran público que habían formado los historiadores clásicos y los ilustrados. En los días actuales el distanciamiento entre los historiadores y la sociedad ha cundido y es un mal universal, un virus que ha penetrado todas las actividades académicas que se realizan en nuestro país, según lo confirma el informe reciente de la Academia Mexicana de la Ciencia, titulado *El debate de la ciencia en México (2010)*.

Se trata de un desafío que está en nuestras propias manos resolver, en las manos de los historiadores y de las instituciones académicas que educan y forman a nuestros jóvenes. La nueva generación de historiadores mexicanos ya dio los primeros pasos en este sentido, pues sus obras recientes aparecen imbuidas por el espíritu de comunicar y socializar el conocimiento histórico a un público lector más amplio. Por eso mismo acepté la muy honrosa invitación de la maestra Gabriela Pulido Llano y del maestro Saúl Escobar, para participar en las conferencias que la Dirección de Estudios Históricos del INAH dedica al análisis de "los libros fundamentales del siglo XX mexicano".

*Dirección Adjunta de Proyectos Históricos, Dirección General de Publicaciones, Conaculta.

Tags:

[Destejiendo a Clío](#)

[función social de la historia](#)

Enrique Florescano y la función social de la historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 03/25/2014 – 16:33

José Joaquín Blanco*

En *La función social de la historia*,^[1] Enrique Florescano reúne un conjunto de reflexiones sobre el quehacer histórico, a la vez que nos cuenta la historia de los múltiples sujetos, objetos y funciones que los historiadores de diversas épocas han creído ver o han creado para su trabajo y para la visión general de la cultura. En una visión de conjunto, asombra tanto la pluralidad de utilidades, virtudes, objetivos o aplicaciones que se han atribuido a la investigación, el estudio, la enseñanza y la interpretación de la historia, como la gran fragilidad que uno tras otro vienen finalmente a evidenciar, una vez que su tiempo ha transcurrido.

En esa fragilidad caben los episodios de negación radical, como aquel de Paul Valéry poco antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando afirmó que la historia no servía para nada, que su estudio no evitaba que los errores del pasado se repitieran; y que hasta podía ser nocivo, pues se transformaba en una nueva superstición al alimentar fanatismos nacionalistas, militaristas, racistas o ideológicos.

Otros autores han pensado que finalmente, por mucha ciencia y técnica que se involucre, todo relato histórico termina por ser un relato de ficción o nunca deja de serlo. Y que de hecho, por muy documentada que se pretenda, toda imagen del pasado es muy obra de quien se la imagina y, con ello, la está inventado en buena parte. La propia sobrevivencia de unas fuentes y no de otras, así como los episodios de su rescate, catalogación y estudio, ya es obra plena de creación, es decir: imaginario, ficción, tanto como de estudio. Con una agradecerable ironía, Florescano cita frecuentemente a los novelistas en esta obra.

El sujeto de la historia no ha sido sólo plural, sino indeciso y hasta metafísico. Durante muchos siglos, por ejemplo, el sujeto de la historia era la redención divina, y su función la mera celebración de Dios, mucho más que la escasa e ineficiente colaboración de los hombres en ese vasto programa que arrancaba con la caída y culminaba con la final victoria del Creador.

Borges celebró alguna vez como uno de los títulos más impresionantes de obra alguna, cierta crónica medieval llamada *Gesta Dei per francos*. Las hazañas de Dios a través de los francos. Buena parte de nuestra historiografía colonial podría llamarse “Las hazañas de Dios a través de los españoles”, o de los frailes, y todavía seguimos encontrando en obras actuales resabios de tal perspectiva. Y sus derivados: las hazañas de México a través de los siglos, las hazañas del Progreso a través de las naciones, las hazañas del Pueblo a través de las revoluciones; las hazañas del Capital, del Proletariado, de la Justicia; las hazañas del Espíritu a través de los pobres mortales...

En otras épocas encontramos como sujeto de la historia a los grupos étnicos, las identidades colectivas, las castas de poder, los grupos o partidos políticos, las clases sociales e incluso ciertas fuerzas tan abstractas como aquel Dios que operaba a través de los francos, como el capital, la ciencia, la ilustración, el progreso, la justicia social, la verdad científica...

Una de las grandes virtudes de este libro es la liberalidad y amplitud de criterio del autor frente a toda esta variedad contradictoria de sujetos, objetos y funciones. En su momento muchos de ellos fueron reales, verídicos, sólidos y deben ser apreciados y disfrutados como tales, y no solamente a través de las limitaciones y fragilidades que muestren desde una perspectiva criticista o revisionista ulterior.

En cierto sentido, se podría señalar que no hay tal función social de la historia, sino múltiples funciones, y que la pertinencia y la riqueza de cada una de ellas provino del imaginario de sus sociedades. Es decir: una función social... imaginaria

Buena parte del libro reconoce ese imaginario, la importancia de los mitos, las creencias, las emociones que no resultan menos duros ni vigorosos que esos otros entes a los que el cientificismo y el pragmatismo modernos dotaban de una pretendida solidez absoluta, como lo fueron en su momento los hechos y programas económicos, sociales o políticos, y que a su vez se han revelado asimismo como otros tantos elementos de imaginarios colectivos.

Ni la historia ni la historiografía poseen la solidez ni los absolutos que en momentos particulares pudieran haberseles atribuido, sino que se hacen y se deshacen continuamente. La historia nunca termina y nunca termina la historiografía, y lo que se creyó hecho y tejido, se deshace y se desvanece, y hay que volverlo a actualizar y a retejer. Como la vida misma. Nada es para siempre. Ni los más duros y preclaros conocimientos.

Esta apertura de criterio para las muy temporales, frágiles, efímeras concepciones de la historia, le permite al autor profundizar en aspectos de otro modo brumosos como las memorias de los pueblos prehispánicos, e incluso relativizar asimismo no sólo el sujeto, el objeto y el fin de la historia, sino sus fuentes, sus materiales y sus medios de transmisión. No todo ha de ser la piedrota, ni la fuente escrita, ni el dato material analizable en laboratorio; también juegan su papel la expresión oral, las imágenes, incluso las danzas y toda suerte de ritos. Esto también es memoria histórica, y también son estudio, actualización, enseñanza y difusión de la historia.

La "verdad" del hecho, así como de su narrativa y de su interpretación, es meramente temporal. En su momento sí llega a adquirir solidez y resplandor absolutos. Y poco después se convierte en un eslabón más de la historia de las historias. El autor nos recuerda cómo frecuentemente las grandes verdades monolíticas se resquebrajan o desvanecen, y suelen renacer las versiones marginadas, disminuidas, derrotadas o descartadas.

Aunque Florescano nos relata y analiza épocas fulgurantes del quehacer historiográfico, como los tiempos de Grecia, de Roma, del Renacimiento, de la Ilustración, del siglo XIX o de mediados del XX, con toda la riqueza documental rescatada, acumulada, estudiada mil veces, y frecuentemente madurada en obras felices como las de Tácito, Gibbon o Michelet, nunca olvida esta modestia de raíz del quehacer histórico, que se renueva a cada momento conforme cambian los tiempos y las preguntas de los hombres nuevos que interrogan los monumentos, las obras y las interpretaciones.

Nos dice que una de las mayores funciones sociales de la historia es hacerle nuevas preguntas a la historia recibida, y con ese solo hecho, ponerla nuevamente en discusión y reiniciar nuevamente el proceso inacabable.

La historia deja de ser sencilla. Es múltiple y embrollada. Sólo en los resúmenes queda unívoca y clara. "Todo es historia", escribió alguna vez Luis González. Todo puede ser fuente. Incluso los (digamos en óximoron) "monumentos inmateriales" del mito, del rito, de la leyenda, de la tradición, de los imaginarios y las sensibilidades. Podríamos decir más: las dudas, las sospechas, los rencores, las arrogancias, las supersticiones.

La propia obra de Florescano, que abarca una gran riqueza de enfoques y de campos a lo largo de medio siglo, lo demuestra. Con frecuencia él mismo desteje de un título a otro la misma historia que se ha vuelto diferente al paso de algunos años, con la aparición de nuevas fuentes, de nuevos conocimientos y sobre todo de nuevas preguntas, a veces planteadas principalmente por él mismo. Esta historia y esta historiografía fugitivas se manifiestan sobre todo en sus diversos títulos de historia indígena, de olmecas, teotihuacanos, mayas, aztecas.

Las preguntas actuales, de la gente nueva en épocas nuevas, sacuden el edificio del conocimiento adquirido. Por eso, para Enrique Florescano, la escritura, la narrativa, la interpretación, la difusión y la enseñanza de la historia se vuelven tan importantes como la investigación, la clasificación y la conservación de lo descubierto o postulado por diversas generaciones. La historia se actualiza continuamente, y de la manera amplia y rigurosa en que se atiende esa actualización depende que el flujo del conocimiento siga con vida. De ahí los capítulos muy críticos del autor sobre ciertas rutinas gremialistas internacionales que en décadas recientes han dado como mayor o única función a la historia la de alimentar los intereses de la industria universitaria, por encima del interés general de los lectores y ciudadanos comunes.

Sólo cabría añadir que lo mismo ha ocurrido, por desgracia, con casi todas las disciplinas tanto humanísticas como científicas. En la literatura y en las artes plásticas se ha llegado incluso a mayores abusos de la industria universitaria y del mercado cultural que en la historia. Estos pioneros textos subversivos de Florescano sobre el gremialismo historiográfico, y que podríamos extender a todo el gremialismo universitario, han mostrado su magro resultado, y en algunos casos hasta la ruina o al menos la anemia de muchas instituciones, al perder por completo el interés de la sociedad. Y el auge del charlatanismo de los medios de entretenimiento o de comunicación, que se erigen en academia eficiente o popular. Mientras los sabios se vuelven avaros y se encierran a atesorar sus cuentas de vidrio, los bufones predicán en todos los medios.

Por lo demás, los vicios del gremialismo no constituyen mayor novedad. En muchas épocas se ha tratado de congelar el conocimiento adquirido o inventado y resguardarlo en una especie de santuario intocable. La función de los historiadores entonces, se pretendía, era exclusivamente la de impedir el cambio de ese discurso y asegurar su perdurabilidad con un detallismo casi ritual. Así parece haber ocurrido con los escribas de muchos pueblos antiguos y con los escribas de no pocas academias modernas. Anatole France escribió muchos textos irónicos sobre todo ello hace más de un siglo.

Pero la visión al mismo tiempo erudita y analítica de Enrique Florescano sobre la historiografía mundial de los últimos tiempos, nos demuestra, por el contrario, que en el mundo moderno tanto la imagen del pasado como los discursos y los imaginarios que irradia, dependen tanto de las fuentes y discursos heredados, como de su actualización presente, casi instantánea, casi *on line*: de las nuevas preguntas y de las nuevas necesidades de sus nuevos estudiantes, que no dejan de transformarla.

La historia "escrita" o "plasmada" muchas veces se vuelve, así, sobre todo obra literaria, artística y cultural, en la que se nos habla no sólo de su asunto sino también de la época y de las personas que lo trataron, pero no impide que la rueda vuelva a iniciar sus nuevas vueltas. Y eso también es historia. Los revisionistas y criticistas podrán poner cuantas objeciones quieran al "lirismo populista" de Jules Michelet,

por ejemplo: él sobrevive como literatura, y sus libros dizque superados son los que realmente se siguen leyendo... Y Gibbon, y Plutarco, y Tácito...

La función social de la historia de Florescano de esta manera ofrece dos vertientes: por una parte, el estudio y la reflexión sobre los supuestos teóricos de la historia, del historiador, de sus fuentes y herramientas, de sus planes y objetivos; y también la narrativa animada de una historia de los propios historiadores y de una historia de las ideas y de la práctica de la propia historia.

*Dirección de Estudios Históricos, INAH

[1] México, FCE, 2012.

Tags:

[Destejiendo a Clío](#)

[imaginarios](#)

[mitos](#)

[historia](#)

[literatura](#)

¿A dónde va la historia?

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 03/25/2014 – 16:30

Saúl Escobar Toledo*

El libro de Enrique Florescano es un recuento erudito de diversos problemas, todos ellos muy importantes, que enfrenta el historiador. Es una reflexión profunda sobre el quehacer de aquellos que hurgan en el pasado. Me gustaría hacer un breve comentario, no sobre todos esos problemas, sino apenas sobre uno o dos de ellos.

Al principio de su libro Florescano plantea: "El tiempo de la historia es un tiempo construido, un concepto que tardó muchos años en ser aceptado bajo los rasgos que hoy lo distinguen [...]" (p. 30).

No hay historia si no hay una concepción del tiempo. Historiar quiere decir fechar, convertir al tiempo en un parámetro, una unidad de medida que se transporta a los hechos reales que así se vuelven historia. Pero esta idea histórica del tiempo no ha sido siempre la misma ni ha sido la idea dominante. Dice Florescano:

Durante largo tiempo el transcurrir temporal no tuvo fechas ni periodos que distinguieran un momento o época de otro [...]. Y ello era así porque esta idea del tiempo provenía de una visión religiosa, de la idea de que Dios guiaba los destinos humanos. Según Momigliano, citado en el libro del doctor Florescano, "Una sucesión de acontecimientos representaba y significaba la continua intervención de Dios en el mundo que él mismo había creado" (p. 31).

John Gray, un pensador inglés y profesor de la London School of Economics, ha publicado varios libros, entre ellos, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, en 1998.^[1] Publicó también, en 2007, *Black Mass: Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*,^[2] un libro provocador que plantea que la política moderna es sólo un capítulo de la historia de la religión. Según Gray, la concepción cristiana, basada en la creencia de la redención del hombre al final de los tiempos, se encuentra en la raíz de todo el pensamiento político desde la Ilustración, incluyendo al marxismo y a la nueva derecha neoliberal. Todas estas doctrinas apuntan en la misma dirección, plantean una historia lineal que conduce a una utopía que, aunque con distintos nombres, es básicamente la misma: la salvación del hombre o de la humanidad. Un poco en esta misma dirección, el historiador mexicano plantea que:

[...] esta concepción cristiana del tiempo fue radicalmente alterada cuando se impuso la noción secular del transcurrir histórico y la idea del progreso terrenal sustituyó a la de salvación en el más allá... Surgió entonces la concepción de un tiempo lineal progresivo, dirigido hacia el futuro y dividido en periodos. Más tarde, a partir del siglo XVIII los historiadores comenzaron a manejar un relato gobernado por el progreso. La idea cristiana del tiempo dominada por el pecado original, fue desplazada por esta concepción progresiva y optimista del desarrollo humano (p. 33).

Ahora bien, si no hay historia sin tiempo también puede decirse que no hay historia sin división del tiempo. La periodización de la historia es una necesidad práctica pues no se puede hablar de historia sin dividirla, sin fraccionarla para hacerla comprensiva. Pero esta división dio pie también a la necesidad de encontrarle una dirección, un hacia dónde, hacia un futuro al que le dieron un significado.

De manera más racional y ya liberada de la tiranía de Dios, la historia debía tener un tiempo y este tiempo una serie de etapas pero también una dirección, un punto al cual dirigirse. La concepción lineal de la historia se afianzó durante varios siglos y todavía hoy es difícil deshacerse de ella. El problema es no sólo de dividir la historia para entender las diferencias entre una época y otra sino también para preguntarnos constantemente si una etapa fue mejor que otra, si la humanidad va encontrando solución a sus viejos problemas o es una repetición constante de errores y barbaridades. "No hay nada nuevo bajo el sol", dice el refrán.

Pero hay otro lado de la moneda. La idea de la historia, producto del pensamiento moderno, también adquirió un sentido crítico, pues encontró que nada es eterno. Sigue Enrique Florescano:

[...] al esforzarse por capturar lo irreplicable (los hechos ocurridos en el pasado), la historia da cuenta también de su vuelo fugaz. Al revisar los asuntos que obsesionan a los seres humanos, la historia los despoja del sentido absoluto que a veces... se les quiso atribuir. Contra las pretensiones absolutistas de quienes desearon imponer una Iglesia, una forma

específica de Estado o un orden social único para toda la humanidad, la historia muestra, con la erosión irrevocable del paso del tiempo, que nada de lo que ha existido en el desarrollo social es definitivo ni puede aspirar a ser eterno (p. 37).

Los conceptos anteriores se oponen a la concepción lineal de la historia: ésta no tiene un sentido absoluto, una dirección fatal, pues nada es definitivo, todo es fugaz. Así no hay tampoco un final de la historia que esté predeterminado, "ni una forma de Estado, ni un orden social", no vamos necesariamente ni a la dictadura del proletariado, ni al comunismo, pero tampoco la economía de mercado y el Estado liberal representan el fin de la historia, como dicen los autores de la nueva derecha, principalmente F. Fukuyama,^[3] que es el centro de la crítica de Gray en *Black Mass*.

Para complicar más las cosas, Enrique Florescano nos recuerda la célebre afirmación de Croce: toda indagación sobre el pasado es siempre historia contemporánea, para subrayar la idea de que el historiador no puede escapar "a la determinación de interrogar al pasado desde el presente y de producir, fatalmente, una imagen del pasado transida de las presiones y expectativas del momento en que se escribe" (p. 48).

Esta visión del pasado desde el presente, nunca ha sido inocente, no puede ser neutral, al contrario, está determinada, entre otras cosas, pero de manera fundamental, por las relaciones de fuerza de la política, de la guerra, de las relaciones sociales. Para contar una historia, no es lo mismo estar de un lado que del otro.

Si para los poderosos la reconstrucción del pasado ha sido un instrumento de dominación, para los oprimidos la recuperación del pasado fue la tabla afirmativa de su identidad, la fuerza emotiva que mantuvo vivas sus aspiraciones de independencia y liberación [...] Así, las guerras, la lucha de clases, la dominación colonial, los conflictos sociales, han estimulado la imaginación histórica y han creado *versiones contradictorias del pasado* (p. 99).

Y agrega Florescano: "En los tiempos en que chocan dos o más interpretaciones del pasado se agudiza la sensibilidad de la conciencia histórica... En los tiempos en que se lucha simultáneamente por el presente y por el pasado, suele florecer la crítica histórica..." tiempos en que "el pasado dejó de ser uno para transformarse en *múltiple*." (p. 100).

Estas ideas me parecen fundamentales; son, para decirlo pronto, con las que me quedo al terminar el libro: la existencia de diversas historias con versiones *contradictorias* y *múltiples*, y por lo tanto la disputa por la historia, por la interpretación del pasado. El historiador no puede escapar de esta disputa, ni del debate sobre distintas versiones del pasado. No hay, no pudo haber, una sola historia, una sola versión de los hechos.

La idea de la historia como una narrativa diversa representa una ruptura con la historia lineal y una afirmación de la visión crítica de la historia: si nada es eterno, la disputa por el futuro está siempre abierta lo mismo que las distintas reinterpretaciones del pasado.

Si entiendo bien, las reflexiones de Florescano nos llevan a una conclusión: Nada está definitivamente dicho sobre el pasado porque tampoco lo está sobre el presente y por lo tanto sobre el futuro. La historia está abierta en dos sentidos: como recuperación del pasado y como construcción del futuro. Dos sentidos que se alimentan uno al otro: la curiosidad por buscar una y otra vez en el pasado nos lleva a replantear el futuro, y la necesidad de imaginar sobre lo que nos depara el futuro nos ha llevado constantemente a revisar el pasado.

Más adelante, Florescano señala que, con la aportación de las obras de autores como Weber, "el historiador [...] se transformó en un impugnador de las concepciones del desarrollo histórico fundadas en los mitos, la religión, los héroes providenciales, los nacionalismos y las ideologías. Así, en lugar de buscarle un sentido trascendente a los actos humanos, de legitimar el poder o de servir a las ideologías, la práctica de la historia se convirtió en un ejercicio crítico y desmitificador, en una *empresa razonada de análisis* como postulaba Marc Bloch" (p. 113). De esta manera, el historiador "se esforzó por comprender el cambio histórico y abandonó las interpretaciones universales" (p. 113).

Bajo esta visión crítica, la historia no tiene un sentido trascendente y nos volvemos a encontrar con una concepción distinta al sentido lineal y progresivo, y con la existencia necesaria de historias múltiples. Pero dado que esta visión crítica enfatiza la comprensión del cambio, entonces la diferencia se convierte en el centro de la preocupación del historiador. Y ello nos lleva a convenir en que no hay una historia universal en el sentido de una historia única. Hay historias múltiples también, dado que hay diferentes pueblos, sociedades, naciones, etnias, culturas.

Quizás esta idea de la historia, como un quehacer abierto, en reconstrucción permanente, sin que prive una sola visión, lleve a Enrique Florescano a la crítica contemporánea de los historiadores: "El enclaustramiento (que viven los historiadores desde 1940 en institutos, escuelas y seminarios) en el seno de pequeñas agrupaciones de iguales indujo a una separación con el resto de la sociedad". Los historiadores se "alejaron del común de los seres humanos" y "produjeron obras más de autoconsumo que de servicio para otros sectores". Y agrega: "Al ocultarse el proceso productivo que está detrás de la creación intelectual [...] la obra histórica aparece como un fruto individual, no social [...] el historiador puede presentarse como un científico objetivo, distante de las fuerzas sociales que pesan sobre los demás mortales." (p. 137).

Florescano se queja de la ausencia de "práctica política", de la falta de "participación social" de estos profesores e investigadores, que "redujo sus vínculos con los acontecimientos del presente" (p. 145). Más adelante el autor nos recuerda el *affaire Dreyfus* en el siglo XIX, que "unió en Francia la tradición de la historia por la búsqueda de la verdad con el compromiso cívico del ciudadano" (p. 330).

Y cita las palabras de Ernest Lavisse, quien dijo que el deber principal del profesor y del historiador era "formar los ciudadanos de la nación" (p. 331). O las de Gabriel Zaid, que observó que el intelectual es "el escritor que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las elites" (p. 331).

Y es que, en efecto, una visión crítica de la historia no puede estar separada de una visión crítica del presente. El historiador tiene que cuestionarse, por lo tanto, también su circunstancia actual para reflexionar sobre el pasado. Y esta reflexión no es, no puede ser, aislada, individual, sino que está necesariamente ubicada en un determinado contexto social y político. Casi al final de su libro el autor nos brinda una suerte de conclusión:

Este panorama esquemático de la obra y pensamiento de algunos distinguidos historiadores de todos los tiempos, muestra que en la disciplina histórica no hay propiamente lo que pudiéramos llamar un canon, un modelo único, sino que lo que es común es una conversación a varias voces [...] la cultura es una continua conversación entre una variedad de voces entre ellas la voz de la historia que es también polimorfa y se enriquece y mimetiza con las más variadas formas de narración y recreación del pasado (p. 349).

Es decir que, la narración de historias múltiples reclama un diálogo que enriquece las distintas versiones del presente y del pasado.

Sin embargo, esa conversación plural, tolerante e incluyente, no parece ser la situación dominante, hoy y aquí. El historiador nos advierte: "Vivimos un presentismo globalizado, con el resultado de que la historia ha perdido su papel como ciencia de la diferencia y como instrumento de comprensión de la diversidad y pluralidad propias de las comunidades humanas." (p. 354).

Y es que como dice Gray, la Academia (fuera de la torre de marfil que critica Florescano) y el *mainstream*, en los medios de comunicación, han tratado de imponer una visión de la historia que no admite diálogo ni cuestionamiento pues se presenta como la historia única, como el fin de la historia. Se trata, como dice Gray en *Black Mass*, de "las teorías neo-conservadoras que proclaman que el mundo está convergiendo hacia un solo tipo de gobierno y de sistema económico -la democracia universal y el mercado libre global" (p. 39).^[4]

Gray agrega: "Los neoliberales creen que la condición más importante de la libertad individual es el libre mercado. La magnitud o alcance del gobierno debe ser estrictamente limitado. La democracia es deseable pero debe ser restringida para proteger la libertad de mercado. El libre mercado es el sistema económico más productivo y por lo tanto tiende a ser emulado en todo el mundo. El libre mercado no sólo es el modo más eficiente de organizar la economía sino también el más pacífico. En la medida en que se expanden, las fuentes del conflicto humano se reducen. En un mercado libre globalizado las guerras y las tiranías desaparecerán. La humanidad avanzará a alturas insospechadas (p. 15).

La conclusión de Gray es, sin embargo, muy provocadora:

Los mitos dominantes de Occidente han sido narrativas históricas y la moda ha sido ver estas narraciones como una necesidad humana básica. Los seres humanos somos contadores de historias, hemos llegado a pensar, que no pueden ser felices hasta que ven al mundo como una historia, como una narración. En los pasados dos siglos el guion dominante de la historia ha sido el del progreso humano, pero también ha incluido el cuento de un mundo asediado por fuerzas oscuras y destinado a su destrucción [...] Los humanistas liberales han hablado de una humanidad que avanza, poco a poco, en un proceso gradual de mejoramiento.

Pero no sólo ellos... En todas estas versiones de la historia (que incluye a los marxistas) la historia se cuenta como una narrativa coherente y "nada es más amenazante que la idea de que es un flujo serpenteante, sin rumbo (*meandering*, dice Gray en el original)", es decir, sin propósito ni dirección (p. 36).

Contar la historia sin fines ni fin. En eso podemos estar de acuerdo, incluso creo que el doctor Florescano coincide en su libro con esta idea; también podríamos aceptar la noción de que el progreso debe ser sustituido por la desigualdad o la diferencia en la evolución y por lo tanto en el progreso en una sociedad respecto a su pasado, es decir, aceptar que en algunas cosas mejoramos y en otras empeoramos, si comparamos el hoy con el ayer. O que hay diferencias en el mundo respecto a sus diferentes regiones o historias locales o nacionales. Ello centraría el estudio de la historia en los cambios y continuidades, como quiere Florescano, en una historia crítica. Pero la conclusión extrema de Gray es inquietante: además de esta disparidad, de esta diversidad de historias, hay que hacerse cargo de que su narrativa es incoherente. Se puede contar una o varias historias, pero todas ellas al final carecen de sentido.

Yo me quedo con esta duda pues aun descartando la idea de la historia lineal que avanza hacia un fin determinado, creo en la narrativa histórica como una manera de contar aspiraciones, proyectos, deseos de la gente, que, allá fuera, como diría Florescano, piensa en la posibilidad de que otro mundo es posible, quiere construir un futuro distinto, revisando, criticando, reconstruyendo su pasado.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] John Gray, *Falso Amanecer. Los engaños del capitalismo global*, traducción de Mónica Salomón, Barcelona, Paidós, 2000.

[2] John Gray, *Black Mass: Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*, Londres, Penguin Books, 2008.

[3] Francis Fukuyama, *The end of history and the last man*, Nueva York, Free Press, 1992.

[4] Según la edición electrónica de Penguin.

Tags:

[Destejiendo a Clío](#)

[tiempo lineal](#)

[diversidad de la historia](#)

[pasado y futuro](#)

La historia del cine: un territorio mágico en constante expansión

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 03/31/2014 – 13:50

Julia Tuñón*

Las preguntas que nos convocan para este coloquio son las que hacemos al pasado y al presente, los lugares de experiencia, las reflexiones y lecturas de las que nos nutrimos, las fuentes que utilizamos, escritas y no escritas, el análisis que intentamos, si acaso es de larga duración o de coyuntura y los posibles enfoques multidisciplinarios que nos ocupan. Quiero responder a la pregunta sobre *Cómo miramos lo que miramos*, que es el nombre puesto a nuestra reunión anual en esta ocasión. Me parece una pregunta muy pertinente, refiere a metodologías y métodos, o si se prefiere tácticas y estrategias, o técnicas y modelos. El andamiaje que sostiene nuestro trabajo. Son muchos los temas que pueden abrirse desde esta interrogante, por lo que se impone elegir. Elijo, entre todos los posibles, uno que refiere al terreno que más he fatigado últimamente, el de la historia del y desde el cine, y elijo plantear una serie de problemas y de posibilidades de este territorio de la vida humana, es decir, de su historia.

La mirada desde la historia

La primera distinción refiere a hacer historia *del* cine o *desde* el cine. Ambas requieren métodos y metodologías específicas, la atención a una disciplina y al objeto de estudio. El objeto determina, ciertamente, pero la disciplina también, y yo elijo para acceder a mis preguntas una mirada desde la historia. Algunos colegas prefieren poner como su primer interés el aspecto estético, o el del crítico, que dispara juicios, o el semiótico que analiza los cómo de la construcción de las imágenes para que hagan determinado sentido. Utilizando ineludiblemente estas, para mí, herramientas, mis preguntas están marcadas por la disciplina histórica, la búsqueda de lo humano en el tiempo y el respeto a una serie de principios.

Se trata de un concepto de historia forjado a través de los años, a partir de mi experiencia y mis elecciones y/o admiraciones sucesivas. Inicia desde la facultad, la de Filosofía y Letras de la UNAM, en la licenciatura, entre 1965 y 1969 en donde cursé, entre otras importantes, una asignatura fundamental (Filosofía de la Historia) y un seminario (Actas de Cabildo de la Ciudad de México) con Edmundo O'Gorman. Yo lo admiraba, pero cada día entiendo mejor por qué: se lo merecía. Hablaba con pasión, y no regateaba al trabajo con la historia su carácter creativo. *La invención de América* campeaba en aquella sala y nos servía de ejemplo de que para hacer la historia de algo se requiere imaginación, erudición, disciplina, rigor y conocer muy bien el tema elegido, porque todo eso forma parte de un tejido vivo de relaciones de ida y vuelta, que luego he llamado fisiológico más que anatómico. También cursé historia de Grecia y de Roma con Wenceslao Roces y me admiró su rigor. Él inscribía los hechos en una trama compleja, de manera que adquirían fragancia y sentido y marcaba con fiereza el respeto a los términos que se usaban. En una ocasión preguntó si al día existían los esclavos, y en aquellos años de marxismo atmosférico una compañera lo afirmó, con el ejemplo de los empleados bancarios, pero Roces nos dio una lección del debido respeto a los conceptos que nombran las cosas en cada momento, para no cometer anacronismos y dar cuenta del contexto. El marxismo como modelo unívoco y el marxismo de manual que siguió a esa época en la UNAM no me tocaron de lleno. Dominaba un positivismo rancio, pero O'Gorman esgrimía el historicismo mientras Roces hacía lo propio con el materialismo histórico, y ambos se saludaban y conversaban en el pasillo desde sus respectivos estilos: don Edmundo con sus gestos flexibles de dandi y sus atuendos elegantes y don Wenceslao desde la firmeza recia de su cuerpo pequeño y cuadrado, sus movimientos rápidos y contundentes, y su atuendo sobrio, que recuerdo siempre gris.

Las puertas que abre la historia oral y sus límites

Cuando más tarde, ya a finales de la década de 1970, hice los estudios de maestría, con un programa semiabierto propuesto por la flexibilidad de mis profesores, dado que yo no vivía en la ciudad de México, el marxismo era el modelo hegemónico en la facultad, pero yo sólo asistía a presentar los trabajos que realizaba en Guadalajara y para mí fueron años de docencia diversa y en los que comencé a hacer historia oral, con aquellas pesadas grabadoras marca Uher que me sacaron callos en las manos. Entrevisté a maestros, revolucionarios, cristeros, médicos, señoras amas de casa y gente de cine para el Programa de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), desde 1977. De ahí salió mi tesis de maestría: *Historia de un sueño. El Hollywood tapatío*.^[1] La experiencia fue estimulante en todos los órdenes.

De regreso a la ciudad de México, en 1979, seguí haciendo historia oral, en el ya llamado Archivo de la Palabra del INAH, pero ahí había que elegir un campo específico y elegí la historia del cine. Pronto me di cuenta de las muchas posibilidades de esta metodología, que se ligaban también con los territorios posibles en el cine, que se me aparecían más y más variados.

En el Archivo de la Palabra se suponía que entrevistaríamos a los sin-historia, a aquellos que en la sombra habían incidido en la factura de las películas de la industria nacional, pero nos devoraba la urgencia de hacerlo también con los famosos porque se estaban muriendo aceleradamente. Así entrevisté a figuras importantes, entre las que destaco a Emilio *Indio* Fernández, que en esos años estaba muy solo y se sentía, porque lo estaba, marginado de la industria. El *Indio* filmó cuarenta y un películas y marcó el estilo del que se consideró desde el primer premio, en 1946, cine de calidad. ^[2] Me di cuenta de que su testimonio era un tesoro, pero a mí me faltaban herramientas para entenderlo. Me faltaba distancia para precisar a cabalidad sus enfoques y entraba al circuito de sus obsesiones, de manera que decidí aplazar el trabajo que sabía imperativamente en algún momento debería de abordar. Para entonces ya cursaba el doctorado, pero decidí que mi tesis no sería sobre su cine. Todavía no. Sería hasta tener esa actitud de equilibrio entre creer y dudar de los testimonios, y lo que la historia oral nos daba eran eso, testimonios. Marc Bloch marca en su *Introducción a la historia*, libro esencial que no pierde actualidad,

que “hasta los más ingenuos policías saben que no debe creerse sin más a los testigos”,^[3] porque de lo contrario corremos el riesgo de hacer propaganda y no un análisis que, pese a las subjetividades del caso, debe de ser objetivo.

Desde 1979, paralelamente a mi incorporación al Archivo de la Palabra en la ciudad de México, daba clases en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y ahí me di cuenta de la importancia de la escuela de los *Annales*. Descubrimiento tardío. Desde ese lente cobré conciencia de la buena ventura que fue haber cursado materias con O’Gorman y Rocés, de todo lo que me nutrieron y de que sus obsesiones eran imprescindibles, modélicas de un buen hacer historiográfico. En la UAM impartí entre otras materias “Metodología de la Historia Social”, y preparándola aprendí y me cuestioné muchísimo. Me puse a leer y a sorprenderme, y todavía Bloch, Lucien Febvre, Fernand Braudel me parecen autores medulares: una de las preguntas que nos convocan, la que atañe a los largos plazos y cuestiones multidisciplinarias o pluridisciplinarias, o interdisciplinarias o intradisciplinarias, o con el matiz que se quiera, entró a formar parte esencial de mis inquietudes pero sobre todo la idea de que lo que a mí me interesa, lo que elijo, es siempre algo de lo humano, algo de lo que los humanos construyen. El problema de qué es ese “algo” se me impuso como fundamental, y me retaba a precisar cuál sería la parte que habría de trabajar, contextualizada en la totalidad social de la que formaría parte. Por supuesto, esta idea se montaba en esa historia más fisiológica que anatómica que había vislumbrado en los primeros estudios universitarios, esa en que los territorios se conforman interrelacionados, y me obligaba a preocuparme por las mediaciones entre ellas.

Lo que hacíamos en el Archivo de la Palabra me parecía más y más un proceso de recolección de maravillas, pero me dolía dejarlo en eso, cada vez creía más que era necesario profundizar de otra manera en los testimonios. En esas estaba cuando un pleito laboral, que nos enfrentó a un grupo de ocho investigadoras con la Directora, terminó con la incorporación de siete a la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del propio INAH. Para ello fue necesario presentar un proyecto de investigación y di una vuelta de tuerca que me volvió a ampliar los temas a estudiar y a constatar lo amplio de un territorio que sigue creciendo como por arte de magia.

Para la cartografía de un territorio mágico

Hasta ese momento básicamente rescataba testimonios de la historia del cine, diferentes versiones de la manera en que se conformó esa “fábrica de sueños”, que a su vez construye una forma particular de pensar las cosas e incide en el imaginario colectivo. El tema abría una serie de posibilidades que apunto, sin intención de exhaustividad, en el orden con que se facturan las películas:

1) La producción, es decir, la fabricación de las películas, que implica las técnicas –y los técnicos– al uso, los inventos y el desarrollo científico, el carácter de las empresas y su relación con el Estado, con las industrias extranjeras con las que compiten, no solo con Hollywood, y también la que tiene con sus trabajadores, los diferentes grupos de ellos y los problemas específicos, por ejemplo, de maquillistas, escenógrafos, electricistas, etcétera, sus sindicatos, sus pleitos, las huelgas, atravesados de temas legales y jurídicos. En este terreno es muy importante el tono mayor o menor de la intervención estatal, que implica temas como la censura, que me interesa crecientemente. La producción implica también los aspectos ideológicos y artísticos, pero estos caben preferentemente cuando se construye una historia desde el cine.

2) La distribución, o sea cómo circulan las películas una vez finalizadas. La organización de las distribuidoras a nivel nacional e internacional, su relación con el Estado, los aspectos legales, económicos. El tema es especialmente importante en el periodo elegido por mí, la llamada “edad de oro”, que yo sitúo entre 1931 y 1954^[4] porque entonces se abrieron los mercados de América Latina, España y el sur de Estados Unidos, además de iniciarse el llamado “cine de calidad” para los festivales cinematográficos, que empezaron a tener importancia como avalués de la calidad fílmica en todo el mundo, garantizando el acceso a mercados mundiales.

3) La exhibición demanda la atención a los públicos, a los empresarios de cine, el carácter legal de las salas, su arquitectura particular y por lo tanto la atención a las distintas clases sociales que acceden desde su particular manera a esa diversión cada vez más importante, así que se impone atender los costos de los boletos, los usos en los cines de “piojito” y en cines elegantes, la situación legal. En el periodo de “oro” el proceso se autotó por el control del monopolio de William Jenkins, aquel poblano-estadounidense que se autosequestró para cobrar un rescate y que aprovechó su amistad con Maximino Ávila Camacho para *comerse* a los pequeños espontáneos que habían entretenido en sus salas a los habitantes de pueblos y ciudades. La exhibición controlada por Jenkins autotó en mucho la producción y sus manejos tocan temas legales, y relativos a los trabajadores y los sindicatos. También la exhibición apunta el aspecto mágico de la recepción, aunque éste debe verse con sus propias metodologías y cabe en otro tema, que es:

4) El consumo. Es un tema difícil para el cine del pasado, porque lo que las revistas explican no se apoya necesariamente en la dinámica de las audiencias, cuando el pago (*chayote*) por hablar bien de una producción era sistemático. Más significativa es la duración en pantalla de una película, sea en cines de primera, de segunda y/o de tercera. Existen públicos libres que asisten de acuerdo a su deseo al cine, pero ¿cómo acceder a las vivencias de mujeres, niños, señores, jovencitos? Hay también públicos cautivos que miran lo que se exhibe en escuelas, orfanatos, cárceles, pero tenemos los mismos límites. Ir al cine en esos años constituía todo un ritual y descifrarlo nos habla de cosas importantes. Un tema medular, que también se abre como en acto de magia, es el de la crítica, nacional o importada, y las posturas políticas y/o ideológicas que se expresan, la libertad o dependencia del “chayote”, la Iglesia y sus dictámenes, las relaciones con el exterior y la visión de otras culturas, o de ellas hacia el cine mexicano, la influencia de pensadores y críticos de otros lugares, la censura y autocensura de los críticos. En los archivos ingleses se conservan las cartas que el público envía a la BBC. ¡Qué envidia! En México no existen, no han aparecido o no nos han mostrado estos archivos. Últimamente he trabajado con los de la Cinémathèque Française sobre el Festival de Cannes, y me siento pletórica ante el tema de las mediaciones.

Me dejo temas en el bolsillo, pero aun así empiezo a explicar por qué el del cine es un territorio al que llamo "mágico", lo pienso así porque en cuanto se empieza a fatigar como tema de estudio no deja de crecer, se multiplican las preguntas, surgen los matices, las tensiones. Se convierte en un amplio campo de análisis para abordar desde la disciplina histórica.

La elección y sus provocaciones

En el año 1982 en la DEH reinaba todavía el ritual del marxismo, aunque su director, Enrique Florescano venía de la Ecole de Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y trasminaba los principios de *Annales* para la historia de la economía. Bloch dice que los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres^[5] y aunque Florescano hizo crecer la DEH hasta los límites actuales, a los jóvenes investigadores les costaba cuestionar los supuestos que marcaban la vida académica de entonces. Los seminarios se conformaron por inquietudes muy novedosas, preguntándose por la ciudad, la demografía, el movimiento obrero o agrario, entre otros, pero en la práctica poco circulaban las ideas de *Annales*. Nicole Giron hizo notar en alguna ocasión que los componentes de su Seminario (el de Mentalidades), muy cercano a la historiografía francesa, tuvieron casi casi que jurar que se mantendría el manejo de las ideas como superestructura, de acuerdo con el marxismo al uso. No encontré muchas posibilidades de hablar de los autores que descubría en la UAM. Siempre me ha gustado la DEH, la de aquellos años era muy fresca, comprometida social y políticamente, casi todos eran más jóvenes que yo, que también lo era. La media de edad no llegaba a los treinta años.

En la DEH las siete formamos, luego de una etapa de prueba y de bastantes burlas, el "Seminario Participación Social de las Mujeres en la Historia del México Contemporáneo" (nombrado *Seminario de la Hembra* por un colega). Fue el primero en estudiar a las mujeres en una instancia académica, pero como miraba al pasado, siglo XX pero pasado, no parecía acorde al feminismo que emergía con fuerza en la vida cultural mexicana. Yo elegí trabajar la imagen de las mujeres en el cine mexicano: se trataba de aprovechar la "acumulación originaria de capital" adquirido, nótese la herencia del vocabulario de la época. Sin embargo, para mí la cultura no fue nunca una simple superestructura y desde que inicié la licenciatura me atraía el análisis del arte inscrito en una sociedad, lo que no era lo dominante en las materias del tema en la facultad. Vislumbraba ya al arte como un territorio que expresaba e influía en las ideas, las de las mentalidades, las de las ideologías,^[6] y veía los imaginarios^[7] conformados por imágenes que abrían o reificaban la manera de concebir los sujetos y las situaciones sociales, porque sólo al enunciarse un contenido éste puede pensarse por un colectivo y quizás pasar a la acción. Estas ideas de diferente índole que están en tensión establecen en cada sociedad un sistema en el que algunas de ellas son hegemónicas y otras emergentes o residuales.

Hacer el proyecto para la DEH implicó un reto enorme: pasar de la historia *del* cine a la *historiadesde* el cine. Trabajar con el objeto que salió de esa "fábrica de sueños", que ya implicaba de por sí múltiples caminos, que apunté antes, a las películas, llenas de contenidos fictivos.^[8] Elegí la "edad de oro" porque hasta ese momento nadie más que los críticos de cine la habían abordado y me parecía, y me parece, fundamental entenderla desde la historia. Es un cine de los llamados "churros", porque se hacen sin cuidado y no tienen forma definida, pero consideré, y sigo considerando, evidente, que atender estas cintas permite abordar las ideologías, las mentalidades, los imaginarios, las representaciones,^[9] o sea, la manera cómo la sociedad se piensa y se construye a sí misma. Este propósito requiere de ver las películas para analizarlas, y significó encontrarme con nuevos retos, algunos de índole práctica y otros teóricos.

Entre los primeros destaca el de los archivos fílmicos. Cuando empecé era todavía más difícil, porque no existían ni los videocasetes ni los DVDs. Además yo era una principiante y los encargados de los acervos no querían gastar su tiempo y esfuerzo en ayudarme, cuando además mantenían con celo sus materiales para un posible o futuro uso que ellos podrían considerar más adecuado. Problemas derivados de estar al margen. Ahora encuentro más apoyos, aunque todavía me sorprende la actitud de quienes custodian el material fílmico, a menudo aquejados por el síndrome del coleccionista. Las películas son un producto que todavía tiene uso comercial y no se ha precisado su carácter cultural y de "fuente" para los analistas. El hecho es que no hay en México (ni en muchos otros países) catálogos del material fílmico existente, y para consultarlo es necesario pedirle por favor a alguno de los amigos que laboran en esos centros que nos lo busque, lo que implica una dependencia inadecuada.

La existencia masiva de DVDs en el mercado es una bendición, aunque a menudo implica el corte del material original para adecuarlo a los gustos actuales. También hace que estén cambiando los estilos de trabajar, al propiciar una pulsión descriptiva mayor que cuando la película sólo se podía ver en el cine o en la televisión y no se podía detener o retroceder: ahí se era en mucho un espectador que veía y no sólo un analista que visionaba, cabía más la sorpresa y los análisis eran más libres, pero seguramente menos afianzados.

Por otro lado, entrar a los géneros sexuales como constructos simbólicos requirió herramientas específicas. Efectivamente, si hasta entonces construía la fuente oral y buscaba la información en prensa, libros, anuarios y archivos, ahora se trataba de analizar imágenes, conocer el "lenguaje" cinematográfico (entre comillas porque para algunos no lo es), la forma en que las secuencias se acomodan para producir un sentido determinado, la manera en que se esconden los dobles y triples mensajes en cada filme. Eran años de prestigio para la semiótica, con tan orgullosos y exclusivistas partidarios como había tenido el marxismo, que veían como superficiales a quienes no tenían entre sus postulados ese método como finalidad única de su trabajo, y otra vez elegí aprovechar lo que me servía sin perder mi propio propósito, que esa herramienta no alcanzaba a cubrir. Analizar películas como objetos en sí mismos, centrándose en su lenguaje particular y sus relaciones internas, no excluye para mí todo lo otro (prensa, anuarios, archivos, testimonios orales), pero sí implica reflexionar sobre otros temas: los géneros fílmicos, los estilos fílmicos, los autores y los *film makers*,^[10] las estrellas (que nunca me han interesado en demasía), y los diversos temas representados, muchos, los que se quieran: cada tema que se ha tocado en este coloquio interno tiene su representación fílmica, menciono unos pocos: los estadounidenses o los japoneses en pantalla,^[11] las cárceles y el sistema judicial mexicano,^[12] los indios mexicanos,^[13] y para analizar las imágenes fílmicas de cada uno me vería obligada a reflexionar sobre la historiografía que lo ha atendido y sobre su situación específica. Sí, el cine es un territorio mágico que crece, cruzado por aspectos legales, económicos, sociales, de mentalidades, de ideologías, de desarrollos técnicos y científicos.

Por supuesto, no puedo ser especialista en todo, así que me centro en la representación, pero atendiendo los problemas que he detectado del contexto, que incidirán en la imagen, muy probablemente en forma contradictoria. No comparto la idea de que se deben analizar las películas del cine sin atender su entorno, bastándose por sí mismas, como ha sido, aunque ya menos, una postura dominante entre ciertos analistas. Elijo construir determinado problema y gusto especialmente de hacerlo desde algún punto ciego que no entiendo, la pieza que le falta al rompecabezas que armo y por la que me pregunto, por ejemplo, por qué la niña en la figura contigua se asusta, a pesar de que hay un río con puente de piedra, un pozo de agua, pajaritos y todos los elementos amables de los rompecabezas. Insisto en destacar la tensión entre representaciones contradictorias, estoy convencida de que vivimos un mundo atravesado por luchas y contradicciones (y ahí Gramsci y Bourdieu me importan). Mi "problema" se vincula siempre al olor de la carne humana,^[14] como decía Bloch, y definir su situación y los problemas que implica.

Desde esta elección, escojo la bibliografía del caso, los archivos necesarios para mi búsqueda del momento. No tengo modelos fijos. Es más, una de mis críticas a los *film studies* y a los *cultural studies* es que a menudo ponen de entrada el modelo, sofisticado de preferencia, y si el corpus no se adecúa a lo que dicen sus santones, sea Homi Bhabha o Derrida, Greimas o Lacan, se le corta el brazo al corpus y se le obliga a ilustrar la teoría. Se convierte a los filmes en ilustraciones de teorías, y se les adecúa a un axioma predefinido. Mi rechazo a esta situación la observo como un signo de que sigo siendo historiadora, a pesar de lo heterodoxo de mis búsquedas, y doy al documento que trabajo la obligación de marcar mi interpretación, de definir el problema a dilucidar. Es el corpus elegido el que me da la pauta. Carezco, pues, de un solo modelo de análisis, lo que hago es construir el que creo adecuado para cada pesquisa, de acuerdo a mis preguntas, los problemas construidos y mi corpus. No tengo el modelo-miluso, lo que debe de ser práctico y rendidor, pero no, y lo agradezco, porque así puedo incursionar en temas muy variados.

Eso sí, tengo obsesiones: del marxismo conservo la atención a los procesos, no a los hechos como pedradas sueltas, y la idea de la contradicción como algo sistémico y no como algo que sólo surge en momentos de crisis. De los diversos Annales muchísimas cosas, para sintetizar el interés por lo humano en el tiempo, y que el "problema" construido es lo que debe regir mi búsqueda. De la semiótica la conciencia de que estoy ante un constructo cultural, un producto humano que hay que desarmar porque no es algo dado, sino que alguien eligió construir así las cosas y cabe por ende deconstruirlas para entenderlas. De otros modelos de análisis, teorías de la recepción o psicoanálisis, recupero la influencia de las imágenes fílmicas en las audiencias, pero no pensándola como si fuera automática o lineal, sino como un proceso de asimilación y rechazo, de resignificaciones y componendas, que nunca están establecidas de antemano, por lo que la investigación siempre depara sorpresas. Me importan mucho las mediaciones y las tensiones, también en este terreno. Observo el mundo de las ideas como una arena de lucha entre ideas de diferente orden, que se rechazan y se mezclan, ideas que se imponen mientras otras resisten o se adecúan parcialmente, como un gran animalote vivo.

Por años se consideró que un marco teórico sólido era requisito para un trabajo serio y era necesario explicitarlo para demostrar la calidad de nuestro trabajo, y se ventilaban grandes autores, generalmente extranjeros, las recetas consagradas o en vías de serlo. Después venía el resultado de la pesquisa empírica, que muchas veces poco o nada tenía que hacer con ese marco y se reducía a un recuento de situaciones: esquizofrenia pura. Por reacción, ahora se usa decir que los marcos teóricos son un fastidio y que hay que obviarlos. No lo creo, me parece que el tema a investigar no es la teoría que se tenga, pero sin ésta yo no diseño mi problema: como un traje en el que el buen corte es imprescindible para que siente bien, aunque sea mejor que las costuras no se vean demasiado. Probablemente influya el hecho de que mi territorio es tan vasto y atractivo que la golosina me hace irme por las ramas, y necesito tener elementos para contenerme. Ciertamente los marcos teóricos deben usarse más que contarse, y para mí la teoría es como una tela de araña que me sirve para capturar mi problema, tratar de responder a las preguntas que me he hecho. Esa es "mi mosca" y la tela para atraparla es una herramienta, pero que debo tener clara y mostrársela a mis potenciales lectores, para que sepan desde dónde construyo, aunque sea sin insistir, porque no hago análisis de la teoría. Si me interesa ver como se construyen determinadas imágenes porque sé que son constructos, me parece elemental tener esa cortesía con mi propio trabajo. No quiero limitarme a describir los ambientes o a divulgar los datos, a hacer "crónica" y no buscar explicaciones. Intento transmitir las atmósferas, como parte de los problemas, pero no me basta enunciarlas: quiero entender y explicar, lo que por supuesto a veces me sale bien y a veces no. Agradezco aquí a Carlos Pereyra, aunque ya no esté entre nosotros, que ante mi insistencia machacona en que mi concepto de ideología era muy débil, me atajó con un: "Tu tema es la imagen de las mujeres en el cine y no el concepto de ideología, necesitas un marco suficiente, no desbordado".^[15]

También creo que hay que citar, y soy muy citona, aunque empieza a parecer más "elegante" no hacerlo. Lo hago así para darle honor a quien ya ha trabajado algo en lo que me apoyo y para permitir a otros avanzar en fuentes de primera mano y/o cuestionar lo que yo deduzco de esa información. Evitar las citas no facilita la lectura, la obliga a ser acrítica y hace que se impongan las ideas del autor sin permitir cuestionamientos.

Desde mi ya largo trabajo con el cine he experimentado muchas cosas, algunas difíciles: elegí mi propia mirada, pero siempre he estado cómoda en los márgenes y agradezco la sensación de libertad y creatividad que esto me procura, aunque muchas veces maldiga la soledad en que me coloca. Curiosamente (maravillosamente) me he ido haciendo un sitio, y al día de hoy no me faltan invitaciones y propuestas. Espero que esta situación sea durable. Estoy clara de que debo mucho a la DEH, que me permite mantener mi independencia académica y me asegura un salario.

La facilidad que existe hoy para obtener los filmes, más la amplitud de objetos que abordan las ciencias sociales, en particular la importancia de la historia de la cultura y de los imaginarios, ha ampliado la demanda de estos estudios en los que me considero una pionera, porque los aprendí sobre la marcha. Es estimulante ver la cantidad de jóvenes que buscan dedicarse a ellos. Como todo, implica problemas, y uno muy ingrato es el prejuicio de que es un tema muy fácil, la creencia de que se trata nada más de ver películas y contarlas. Al análisis del tema se le contagia de la idea más superficial de su contenido: si el cine es algo frívolo y de entretenimiento se estudiará con frivolidad y para entretener, si se mira en ratos de ocio, se analizara en esos momentos y si es un espectáculo sólo vale

para divertir. Todavía en muchos ámbitos académicos se juzga la calidad de un trabajo por el tema, como si solo fueran serios los análisis sobre ciertos aspectos de la vida, por ejemplo los políticos y todavía hay quien observa la cultura, y la cultura popular especialmente, como algo superfluo. Un ejemplo de esto es la idea de que nuestros trabajos deben carecer de notas, porque podrían aburrir al espectador?

Para concluir y abrir temas

La disciplina de la historia no accede a algo dado, que es obvio. No se trata de llegar, como dicen que llegaba Miguel Ángel a las canteras, buscando un trozo de mármol donde adivinaba escondido su David o su Moisés o su Piedad, quitándoles la piedra sobrante para rescatarlos. No, la historia construye un sentido a este desorden enorme que es la vida: nosotros construimos, interpretamos, a partir de documentos y testimonios. No podemos inventarlos ni significarlos de acuerdo a nuestro exclusivo sentir: estamos cooptados por la disciplina y el respeto a ciertos requerimientos. Si fuéramos objeto seríamos objetivos: somos sujetos, somos subjetivos, pero no podemos decir cualquier cosa, y el asunto implica otra vez un reto y un problema en el que la ética tiene un lugar importante.

Nunca tengo la angustia de la hoja en blanco, aunque me asalten muchas otras, por ejemplo el exceso de información. Carlo Ginzburg dice respecto a los límites de las percepciones de cada sociedad: "De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada."^[16] Sí, de manera similar la libertad de los historiadores es condicionada, pero más que quejarnos debemos agradecer la cantidad de opciones que, con todo, ese territorio y esa disciplina nos ofrece, la manera en que crece como si fuera un espacio mágico que no acaba de expandirse y retornos. Y quiero remarcar, para dejar otro tema de análisis abierto, que la palabra "elección" fue la dominante en este recorrido.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Julia Tuñón, *Historia de un sueño: el Hollywood tapatío*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM / Centro de Investigaciones y Enseñanza Cinematográficas (CIEC)-Universidad de Guadalajara (El cine en Jalisco,1), 1987.

[2] Julia Tuñón, "Descubrimiento del 'otro' y reafirmación nacionalista con *María Candelaria* (Fernández, 1943) en Cannes", en *Historias*, número 74, septiembre-diciembre de 2009, pp. 81-97.

[3] Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, México, FCE (Breviarios, 64), 1975 [1949], p. 75.

[4] Algunos autores la sitúan entre 1940 y 1945 pero yo considero que desde 1931, con *Santa*, (Moreno) se impone un código de significación institucionalizado que se mantiene vigente hasta la Ley Garduño, y en algunos temas se mantiene aún durante más años.

[5] Marc Bloch, *op. cit.*, pp. 152-153.

[6] Entiendo por *mentalidades* el conjunto de ideas no conscientes ni sistematizadas, emociones, afectos, temores y valores que se traducen en comportamientos, rituales, prácticas y actitudes, implican aceptaciones y rechazos muchas veces sin una consistencia aparente. Es colectiva pero no homogénea y se ejerce en la vida cotidiana. Las ideologías son también sistemas de ideas, imágenes, conceptos, valores que emergen de una sociedad dada pero cumplen en ella una función adecuada a los intereses de un grupo social y tratan de imponerse a la sociedad en su conjunto.

[7] Entiendo por *imaginario* las formas como una sociedad y sus miembros se imaginan a sí mismos.

[8] No digo "ficticios" porque se trata de historias que se asumen como tales, por lo que conforman una suerte de verdad que tienen un soporte real, la película, y que conviene analizar como tales, pero derivados de una sociedad existente.

[9] Los soportes en que se re-presentan las ideas para su aprehensión por los miembros sociales.

[10] Todos los que participan en la factura de un filme y que transmiten maneras de pensar en los relatos que se cuentan.

[11] Sergio Hernández, "¿Cómo vieron los emigrantes la rendición de Japón durante la II Guerra Mundial? Notas en torno al Sistema-Mundo de la Migración Japonesa", en Mónica Palma, "Los estadounidenses según el Registro Nacional de Extranjeros, 1945-1980".

[12] Diego Pulido, "Averiguaciones judiciales: el poder, sus límites y el rescate de la gente sin historia (Ciudad de México, primera mitad del siglo XX)"; José Mariano Leyva, "Morbo y justicia en 1908: ¡un crimen misterioso!"; María Eugenia Sánchez Calleja, "criminalidad de los menores" (México, primera mitad del siglo XX).

[13] Ethelia Ruiz, "El Estado y los pueblos indígenas de la Mixteca Alta Oaxaqueña en el siglo XX".

[14] Marc Bloch, *op. cit.*, p. 35.

[15] El libro que resultó fue Julia Tuñón, *Mujeres de luz y sombra en el cine mexicano. La construcción de una imagen (1939-1952)*, México, El Colegio de México / Imcine, 1998.

[16] Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981, p. 22.

Tags:

[Del oficio](#)

[historia oral](#)

[historia del cine](#)

[análisis del cine](#)

[cine mexicano](#)

[imaginario fílmico](#)

Mis cuarenta años a orillas de la historiografía

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 03/31/2014 - 13:48

Dolores Pla Brugat*

A Eugenia Meyer,
Luz María Martínez Montiel
y Guadalupe Zárate

En 2013 cumplí cuarenta años de rondar la historiografía. Este recorrido comenzó formalmente con mi ingreso como estudiante de la licenciatura en Historia a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y para mi fortuna ha continuado hasta hoy. Sin embargo, mi manera de entender la historia y muy seguramente lo que me ha hecho mirar mis temas de investigación desde una perspectiva y no de otra, se remonta a mucho antes, cuando la historia distaba de ser una empresa intelectual y constituía un entramado de fragmentos de vida de hombres y mujeres que habían sufrido y cuyo dolor clamaba contra el olvido.

Relatos para no olvidar

En la posguerra española, cuando se intentaba apagar la memoria, en un pequeño pueblo catalán mi padre quería preservarla. No sé qué edad debía yo tener cuando escuché por primera vez sus relatos acerca de la justicia revolucionaria que impartía el *aví*, su padre, durante la guerra, de su propia participación en la lucha armada y, después, en la clandestinidad, pero los que más me conmovían eran los recuerdos de su estancia en la prisión de Girona al finalizar la contienda. Yo veía a través de sus palabras cómo en la madrugada los condenados a muerte atravesaban el patio de la cárcel camino al cementerio donde serían fusilados, alzando el brazo con el puño cerrado y gritando "¡Salut!". Cómo ese extranjero de las brigadas internacionales, enloquecido, se destrozaba la cabeza contra un canto de su celda. Yo odiaba también a *Mossén Feliu*, que bajo un frío glacial hacía formar a los presos en el patio del penal para cantar "Cara al sol", y no se inmutaba cuando desfallecían uno tras otro. Pero el recuerdo que más le hería a él --y a mí-- era el de este jovencito al que habían hecho prisionero para vengarse del padre que ya se encontraba en el exilio y al que tuvieron que llevar desmayado hasta el pelotón de fusilamiento. Hasta el mismo *Mossén Feliu*, que fue testigo del hecho, como de todos los fusilamientos, al ser interrogado por los presos de regreso del cementerio, se ponía las manos en la cabeza y exclamaba: "¡No men parleu, no men parleu!".^[1] Estos relatos habrían de marcar de manera indeleble mi manera de entender el relato historiográfico.

La palabra escrita --consustancial al quehacer del historiador-- y una visión básica del mundo, me fueron dadas por la *señureta* Mercé Pintaluba, mi maestra desde los dos a los once años. El primer libro al que pude llamar mío, no un cuento, un libro de pasta dura titulado *Cuando las grandes reinas eran niñas*, me lo regaló ella. No es de extrañar, tenía pasión por la lectura y la escritura. No había día en que no nos sentara a su alrededor para leernos un cuento o un fragmento de alguna novela. También había que escribir cotidianamente, a veces hacer una composición libre, otras, nos dictaba una carta o algún texto, que después leía persiguiendo inclemente las faltas de ortografía.

La *señureta* Mercé no gustaba de las labores de aguja, obligatorias en este tiempo; disfrutaba, en cambio, que hiciéramos teatro y llevarnos al cine, al bosque, a la playa. Nos civilizó intensivamente. Ella fue también, gracias a su acendrado catolicismo y a su convicción socialista --de la que me hizo saber muchos años después, todavía a media voz y rogándome que no lo comentara--, quien nos inculcó que la vida debía regirse por un puñado de planteamientos morales que no eran por cierto los propios de las beatas hipócritas, sino la solidaridad, la tolerancia, la honradez.

Que la *señureta* Mercé fuera destinada a aquella pequeña escuela rural por largos años sólo puede explicarse por las purgas inclementes a que fue sometido el magisterio español, en especial aquellos jóvenes que la República había formado con tanto entusiasmo para que se convirtieran en los artífices de una mejor España, de una mejor Catalunya.

Y la UNAM era un banquete

Después vinieron años grisáceos, cuando arrancada de mi pueblo me vi de repente lanzada a la enorme y atemorizante ciudad de México. Cursé en el Colegio Madrid, con más pena que gloria, dos años de secundaria y los tres de prepa. Sobreviví gracias a la compañía de dos o tres condiscípulas y amigas con las que no sólo compartí la marginación sino muchas carcajadas. Algunas clases hicieron menos árido aquel secano, las de literatura, geografía y las de historia universal y de México, que si bien eran tradicionales, venían de la mano de una buena narradora, Pilar García Fabregat.

El panorama cambió radicalmente cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras. En aquellos años la UNAM era un banquete. Tan o más importante que las clases, era la oferta de todo tipo que ofrecía: cine, teatro, música, lecturas, actividad política y, quizá más trascendente para las mujeres, la posibilidad de explorar formas de vida que el feminismo había ido abriendo. Y todo esto era mejor aún porque lo compartía con Luz, Lupe, Mónica, Sofía, Guille,^[2] desde entonces colegas y amigas entrañables.

Pero en medio de este torbellino, también había espacio para las clases. Tuve la suerte de contar con algunos profesores excelentes. Enrique González Rojo, que nos daba materialismo histórico; Andrea Sánchez Quintanar, que nos enseñó a leer la historiografía mexicana; el maestro Ernesto Schettino, que impartía historia de Grecia y de Roma; Ida Rodríguez Prampolini que nos acercó al arte contemporáneo. Y no puedo dejar de recordar a los maestros que nos dieron cursos de técnicas de investigación, que nos enseñaron a usar los instrumentos que habían establecido más de cien años antes los forjadores de la historia profesional, científica y que siguen vigentes hasta hoy para el manejo básico de las diferentes fuentes históricas.

En el Colegio de Historia había irrumpido con fuerza, si bien con retraso, el marxismo, que quería enfrentar al historicismo que durante décadas había sentado sus reales en la facultad, y aún al positivismo que pervivía en algunos profesores. Lamentablemente, con frecuencia el marxismo que se nos ofrecía ponía el énfasis en lo que hoy en día puede parecer una vasija pretenciosa y vacía con que se quería y se creía explicar la Historia, con mayúsculas. Se nos enseñó que el motor de la historia era el desarrollo de las fuerzas productivas que “entraban en conflicto con las condiciones sociales que ellas mismas habían creado y en contra de las cuales se rebelaban cada vez que se transformaban en un obstáculo para [su] completo desenvolvimiento”.^[3]

Sin embargo, no toda la obra de Marx tenía esta rigidez, la perspectiva dialéctica de su pensamiento ofrecía panoramas muy distintos. Así lo explica Iggers:

Lejos de plantear la preponderancia de las fuerzas materiales generalmente asociadas con su materialismo histórico, esta perspectiva dialéctica, a pesar del discurso materialista de Marx, repudia el concepto que pone a las fuerzas materiales por sobre las humanas. [...] El método dialéctico proporciona así la base de la teoría crítica que examina las irracionalidades, en este caso las violaciones de la dignidad humana, que forman parte de toda formación social.^[4]

Se abría un espacio de crítica que rendiría buenos frutos, en especial, en la historiografía del siglo XX, cuando los historiadores marxistas tradujeron este planteamiento en una escritura de la historia “desde abajo”, que incluyó a los sectores populares como actores activos, agregando a la historia una “dimensión humana”^[5] e implicando en la dinámica histórica, más allá de la política y la economía, elementos tales como los valores culturales y éticos. Gran parte de la historia crítica de izquierda se inspira todavía en el marxismo, aun cuando los historiadores de esta corriente no se identifiquen como marxistas. “En último término, al documentar la resistencia a la opresión y a la explotación relacionada con el capitalismo, la historiografía marxista continúa viéndose a sí misma como parte de un esfuerzo por construir un mundo socialmente más justo.”^[6] Y en este sentido no somos pocos los que quisiéramos reivindicar nuestra parte de la herencia marxista, por modesta que sea.

Paralelamente, en estos años tuve el privilegio de que amigos entrañables me acercaran al ámbito de la literatura. Adriana Yáñez, filósofa y poeta que ya no está entre nosotros, de mi misma edad pero a gran distancia en lo referente a formación, me mostró el misterio y la sabiduría que puede encerrar la poesía. Julio Figueroa nos llevó de la mano a otros amigos y a mí a un apasionado recorrido por la narrativa de los siglos XIX y XX. Eran las lecturas que más disfrutaba, ahí me parecía que se reflejaba la vida tal como era en realidad para los hombres y mujeres, cosa que no encontraba en la historiografía que leíamos en la Facultad, al menos, no en la que leí yo.

Concepción Baixeras y su niñez amarga

Pronto se me abrió una oportunidad espléndida en el ámbito profesional. Tuve la fortuna de ser admitida en el Proyecto de Historia Oral Refugiados Españoles en México que, bajo la dirección de la doctora Eugenia Meyer, se iniciaba en el Archivo de la Palabra del INAH. Cuestionario y grabadora en mano, comencé a hacer entrevistas. Se me estaba posibilitando sumarme a la construcción de una perspectiva historiográfica que permitía poner en el centro a los hombres y mujeres “de verdad”, y que habría de contribuir a la construcción de una historia “desde abajo”.

Aunque no siempre fue así. Antes del proyecto sobre el exilio, al que le correspondió el número diez, la doctora Meyer ya había echado a andar nueve. La intención del Archivo de la Palabra, al menos en sus comienzos era, en palabras de su fundadora, “rescatar y salvaguardar fuentes primarias: los testimonios directos de hombres y mujeres que han vivido y viven [los] cambios del acontecer nacional”.^[7] Y esta concepción, que ponía en el centro “el acontecer nacional”, todavía parecía tener cierta vigencia en el proyecto del exilio. Casi una tercera parte estaba enfocado a indagar cual era la opinión del entrevistado acerca de una serie de cuestiones, en especial de momentos relevantes de la Historia, con mayúsculas, de España o, ya en el exilio, de las instituciones. A veces pareciera que no acababa de quedar claro que se quería construir una biografía, registrar la vida personal, incluso privada, de los entrevistados y que la información principal era aquella que se inscribía en la cotidianidad, o en momentos críticos pero siempre, digamos así, en el ámbito inmediato. Afortunadamente, la mayor parte del cuestionario, en cuya elaboración seguramente se hizo intervenir a algún o algunos antropólogos, nos hacía adentrarnos en la vida del entrevistado, obteniendo información que habría de ser fundamental para la construcción de una versión más compleja de la historia del exilio, una historia social.

En algún momento entrevisté a una mujer que había formado parte del grupo conocido como los Niños de Morelia, se llama Concepción Baixeras. Su historia y la de sus compañeros me conmovieron, y me indignó observar la manipulación de la cual habían sido objeto así como el sufrimiento que les acarreo. Todo ello, por supuesto, no había cabido en la historia que se divulgaba del grupo, la que ponía el énfasis en las solidaridades. Creí que era importante desenmascarar esta “historia oficial” y decidí investigar el tema, lo que desembocó en mi tesis de licenciatura, después publicada con el título *Los Niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*.

En eso estaba cuando se me presentó la posibilidad de incorporarme a la oficina de Estudios Étnicos, también del INAH, dirigida por la etnóloga Luz María Martínez Montiel, dentro del proyecto Minorías étnicas no indígenas en México. Y me cambié de centro de trabajo para integrar mi investigación en un esfuerzo colectivo por entender la presencia de extranjeros en México. La formación que teníamos como historiadoras las tres jóvenes investigadoras que integrábamos el equipo, se enriqueció con la mirada antropológica de la doctora Martínez Montiel. Ella nos ayudaba a adentrarnos en la dinámica del grupo estudiado, y nosotros le mostrábamos cómo ésta no se podía desvincular de los procesos que la envolvían, y que también era indispensable que la investigación no terminara en una foto fija, que debía incorporar el movimiento, el tiempo, la historia.

En la tesis de licenciatura, luego libro, tomaron forma algunas de las enseñanzas que había recibido. Era un trabajo crítico de casi todas las instancias de poder que habían tenido protagonismo en esta historia. Se había aplicado como método un ir y venir constante de las historias personales a los grandes procesos históricos que frecuentemente las condicionaban. Gracias a la amistosa pero intransigente lectura del primer borrador, por parte de mi amiga y colega Guadalupe Zárate, tuve además que hacer un gran esfuerzo para que el libro quedara estructurado y escrito de la mejor manera que me fuera posible.

Quisiera pensar que este pequeño libro que ayudó a conocer la historia de estos niños, mostró también la fragilidad y vulnerabilidad de los menores, en Morelia y en cualquier parte, y aún permitió empezar a desbrozar algunas cuestiones acerca de la presencia española en México, como, por ejemplo, que la vía más expedita para que un español se convierta en mexicano es que sea pobre. Dicho de otra manera, ser pobre y español parece ser un binomio inaceptable en México.

Construyendo fuentes orales

Con este texto terminado llegué a la Dirección de Estudios Históricos, donde poco tiempo después volví al proyecto de Historia Oral sobre el exilio, ahora como coordinadora del mismo. Después de los arduos trabajos de los entrevistadores, transcriptores y correctores de estilo, el proyecto se concretó finalmente en 120 entrevistas registradas en casi 800 horas de grabación y en más de 27 mil páginas de transcripciones. Escuchar y reescuchar, corregir y reescribir cientos de páginas de testimonios, me permitió constatar que la historia oral era una fuente que, como todas, si bien era útil para adentrarse en ciertos aspectos de la realidad pasada, no lo era para hacerlo en otros. En el caso de los refugiados, quizá sólo exceptuando a los líderes del grupo, difícilmente podían ofrecer información acerca de la vida institucional del exilio, sobre sus actividades políticas o su relación con el Estado mexicano. Este tipo de información se debía buscar sobre todo en los documentos escritos. Estos últimos, en cambio, no siempre alumbran el ámbito de la vida cotidiana que es en buena medida el escenario donde se puede observar cómo se relacionan los individuos unos con otros, y aun los grupos sociales: a través de protocolos, costumbres, palabras, gestos, prejuicios, todas realidades profundamente humanas --y por tanto plenamente históricas-- que no dejan su impronta escrita.

No son pocos los especialistas en historia oral que han puesto de manifiesto la importancia que esta técnica tiene para adentrarse en el conocimiento de la cotidianeidad. Uno de ellos, que fue particularmente aleccionador para mí, fue Philippe Joutard, quien escribió: "si lo oral nos introduce realmente en 'otra historia', es antes que nada en el descubrimiento de la importancia de la cotidianeidad".^[8] Con ello, explica el autor, el historiador se acerca al campo propio de la etnología y si alguna especificidad aporta [yo diría que está obligado a aportar] "es la voluntad de señalar evoluciones y cambios, de reintroducir el tiempo allí donde está la gran tentación de ver inmovilidad".^[9] Pero se debe ir aún más allá: "[...] la historia oral debe buscar las huellas entre la vida cotidiana y los procesos políticos y económicos de mayor alcance. La mejor manera de formular esta exigencia es diciendo que se trata de una técnica idónea para comprender mejor las relaciones entre el tiempo largo y el corto, el acontecimiento y la estructura".^[10]

La información que proporcionaron los entrevistados fue suficientemente rica para matizar o modificar algunas de las cosas que ya se conocían de esta historia, y aún para plantear otras que se ignoraban. Gracias a sus testimonios se conoció mejor cómo se llevó a cabo el proceso de selección para viajar a México y el peso que en ello tuvieron las diferencias que atravesaban el exilio, en especial las de clase. Se pudo observar cómo las primeras impresiones del país huésped pusieron de inmediato en evidencia tanto las cercanías como las diferencias culturales con México. Por otra parte, sin las entrevistas hubiera sido muy difícil observar en detalle cómo se insertan los refugiados al mercado laboral y al ambiente mexicano en general, y cómo en ello tuvieron mucho que ver los prejuicios que a su favor o en su contra existían en la sociedad que los recibía. Particularmente útiles fueron las entrevistas para observar cómo esta inserción sucede de forma diferente para diversos sectores del exilio.

Fue también a través de las voces de los refugiados como se pudo constatar que no siempre lo establecido y normado en el papel --la legislación mexicana, por ejemplo--, se cumple en la realidad. Y gracias a ellas también se evidenció su relación con los españoles antiguos residentes que se encontraron a su llegada, contra lo que podrían hacer pensar los textos que se habían ocupado de los exiliados. Permitieron también adentrarnos en las maneras de cómo los refugiados se fueron mexicanizando, "aculturando", hubiera dicho la doctora Martínez Montiel. Todo esto se plasmó en mi tesis de doctorado, que se publicó después con el título *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*. Aquí también, como se hizo en el trabajo *Los niños de Morelia*, se entreveraban las experiencias individuales con los procesos políticos, económicos y sociales que las enmarcaban.

Tanto en el libro de los niños de Morelia, como en el de los exiliados adultos, recurrí a fuentes diversas, y también a técnicas propias de las ciencias sociales. A los testimonios de historia oral se sumaron materiales de archivo y bibliografía. En cuanto a las disciplinas, ya mencioné a la antropología, que impregnaba sin duda el cuestionario con que hicimos las entrevistas y que, como ya dije, nos fue acercada por la doctora Martínez Montiel. Asimismo se recurrió, sobre todo en el segundo libro, a los datos duros, a los números, a la demografía histórica.

El “tono vital”

Pero ha habido y hay otras concepciones de la historia oral. Una de ellas tuve la oportunidad de conocerla y practicarla con el historiador brasileño y destacado especialista en historia oral, José Carlos Sebe Bom Meihy, quien visitó nuestro centro de trabajo, la Dirección de Estudios Históricos del INAH, a principios de la década de 1990. Él planteaba que el historiador oral adquiere, al hacer la entrevista, el compromiso de dar a conocer lo que el entrevistado le comunicó y que la narración de los entrevistados es válida en sí misma, es una representación del mundo tan legítima como cualquier otra y puede y debe darse a conocer tal cual, y no necesariamente usarse como una fuente más que sólo cobra sentido al reunirla con otras para que el historiador construya un discurso.^[11]

Con estos planteamientos, y con su apoyo y trabajo, se pudo publicar un libro que reunió once relatos de refugiados que se titula *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México*. Tratando de ser fiel a los lineamientos metodológicos del historiador brasileño establecí cual era el “tono vital” de cada uno, ellos, es decir, seleccioné aquella frase pronunciada por el propio entrevistado que resumía el sentido que daba a la narración y, quizá, a su propia vida. Este “tono vital” debe ser el eje que ordene lo que el doctor Sebe llamó “transcreación”. No es sólo ordenar y hacer legible lo dicho. Es algo más. Antonio Saborit me contó que Martín Luis Guzmán decía que nadie escribe lo que quiere escribir sino lo que queda escrito. Podría parafrasearlo diciendo que quizá el entrevistado no dice lo que quiere decir sino lo que queda grabado y que la función principal del historiador, según Sebe, era hacer que el texto que se iba a hacer público recuperara su palabra de modo fiel y encontrara ese “tono vital”.

Esta manera de tratar los relatos no era ajena a una forma de pensar la historiografía. Autores provenientes de la crítica literaria, entre ellos Roland Barthes y Hayden White, no creían en la reconstrucción realista del pasado y “cuestionaban la distinción entre hecho y ficción e historia y poesía. Rechazaban que la historia tuviera referencia a realidad alguna fuera de los textos”.^[12] Aunque los historiadores nunca fueron tan lejos, ecos de este planteamiento tuvieron su impacto, como fue el caso del doctor Sebe.

Dolor indio en país “mestizo”

Es obvio que mi historia personal fue un factor importante para que dedicara años al estudio del exilio español. Pero no lo es tanto de qué manera mi experiencia propició una mirada y no otra sobre el tema. Ni refugiada, ni antigua residente, catalana y española por nacimiento y mexicana por la vida misma, el haber estado muchas veces, más que en el interior, en las fronteras de los distintos circuitos a través de los cuales se relacionan los españoles y los catalanes de México me permitió interactuar y conocer cómo funcionan pero, al mismo tiempo, verlos con un relativa distancia que favorecía una mirada crítica.

Por otra parte, la dificultad para mi familia de insertarse en los ambientes españoles de México hizo que mi medio muy pronto fuera mexicano y que mi proceso de aculturación fuera rápido. Creo que esto me permitió observar algunas cosas fundamentales para mi manera de entender México y, a la larga, su historia. Alguna vez me dijo mi amiga y colega Ethelia Ruiz Medrano que mi llegada a México me exigió tener una cierta mirada de antropóloga. Y es cierto, si ser antropólogo implica observar y registrar rostros y formas culturales diferentes a los del mundo de origen del que observa. Al igual que le sucede a la mayoría de los extranjeros, pude apreciar la “rotunda presencia indígena” –tomo prestada esta expresión de Guillermo Bonfil–,^[13] que parece pasar desapercibida para la mayoría de los mexicanos en un país, una nación, que decidió por decreto que era mestizo. Y no me refiero solamente a aquellos mexicanos que se consideraban y eran considerados indígenas, sino también en buena medida a los integrantes de los sectores populares, es decir la mayoría de la población, que, a ojos vista, era de ascendencia indígena.

Pero más importante que observar la “rotunda presencia indígena”, fue constatar cómo era considerada esta población. Las diferencias dentro de los diversos grupos humanos es una constante, pero las que yo había observado en mi tierra natal eran de clase, en cambio, en México, el desprecio que siempre acompaña la explotación de unos sobre otros, se basaba tanto o más que en las diferencias de clase, en las étnicas o, como se dijo por mucho tiempo, raciales.

Por otra parte, pronto tuve que aprender qué significaba ser español en México: una disposición ambigua que va desde la hispanofobia basada en los horrores de la Conquista y los privilegios de que gozaron los españoles durante la Colonia y aún después de la Independencia, hasta la hispanofilia --quizá sería mejor decir “blancofilia”-- que se manifiesta cotidianamente en las relaciones interpersonales y es la otra cara de la moneda en que se inscribe el menosprecio al mundo indígena.

Mi experiencia personal que mostraba que eran más los beneficios que los inconvenientes de ser española, la pude confirmar en los testimonios de los refugiados. Esto me hizo pensar en la necesidad de estudiar el racismo antiindígena, que considero que es pieza fundamental para entender las brutales diferencias entre los mexicanos. Pero mi intención no era trabajar las comunidades propiamente indígenas, sino rastrear estos prejuicios en el México considerado mestizo.

Lo primero que hice fue “ubicar” a los mestizos a través de las estadísticas históricas. Esto me ha permitido observar que el celebrado mestizaje mexicano es, básicamente, producto de un proceso que Bonfil llamó desindianización. Él no creía en la existencia “de una sociedad mestiza que representaría la fusión de las sociedades y las civilizaciones de Mesoamérica y Occidente”. El mestizaje, explicaba, es un fenómeno biológico --a pesar de que a veces se habla de mestizaje cultural-- que no sirve para “explicar qué sucede cuando grupos culturales diferentes entran en contacto en un contexto de dominación colonial”, como ha sido el caso mexicano. Por eso acuñó el término desindianización, entendiendo por tal “[...] un proceso histórico a través del cual poblaciones que originalmente poseían una identidad particular y distinta, basada en una cultura propia, se ven forzadas a renunciar a esta identidad, con todos los cambios consecuentes en su organización social y cultura. La desindianización no es el resultado del mestizaje biológico, sino de la acción de fuerzas etnocidas que terminan por impedir la continuidad histórica de un pueblo como unidad social y culturalmente diferenciada”.^[14]

Este proceso, que atravesó el periodo virreinal, el siglo XIX, el XX y que se mantiene vigente aún en el XXI, ha sido fundamental en la historia mexicana pero lo conocemos poco. Estudiarlo me parece indispensable para entender a cabalidad al país. México, marcado por haber sido una colonia durante tres siglos, parece haberse olvidado que tiene raíces culturales milenarias, mismas que hay que incorporar al análisis si queremos tener un conocimiento más profundo y más ajustado a la realidad nacional. Finalmente, hay que develar el sufrimiento, siempre acallado, sofocado, que esta negación ha significado para tantos hombres y mujeres. Actualmente, cuando el pensamiento postmoderno ha sometido a una mirada crítica la modernidad occidental, nos es más fácil asomarnos, como dijo Bonfil, a este “espejo en el que no queremos mirarnos” que pone de manifiesto “la presencia rotunda e inevitable de nuestra ascendencia india”.^[15]

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] “No me habléis de eso. No me habléis de eso.”

[2] Luz María Uhthoff, Guadalupe Zárate, Mónica Palma, Sofía Valdés, Guillermina Fuentes.

[3] Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Santiago de Chile, FCE, 2012, p. 131. Para mi fortuna, mi amigo Carlos San Juan me recomendó la lectura de Iggers justo cuando estaba escribiendo mi texto. La recomendación fue muy útil, como se constata en las notas al pie de página.

[4] *Ibidem*, p. 132.

[5] *Ibidem*, p. 141.

[6] *Ibidem*, p. 158.

[7] Eugenia Meyer, prólogo a *Catálogo del Archivo de la Palabra I*, México, INAH-SEP, 1977, p. 3.

[8] Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, FCE, 1986, p. 273.

[9] *Ibidem*, p. 274.

[10] *Ibidem*, p. 283.

[11] Algunos trabajos de José Carlos Sebe BomMeihy son: *A colôniabrasilianista: historia oral de vida acadêmica*, Sao Paulo, Nova Stella, 1990; *Canto do Morte Kaiowá. História oral de vida*, Sao Paulo, Loyola, 1991, y *Manual de história oral*, Sao Paulo, Loyola, 1996. En México publicó el artículo “Definiendo la historia oral”, en *Historias.*, núm. 30, abril-septiembre de 1993, pp. 8–12.

[12] Georg G. Iggers, *op. cit.*, p. 165.

[13] Guillermo Bonfil, *México mestizo. Una civilización negada*, México, Conaculta / Grijalbo, 1990, p. 43.

[14] *Ibidem*, pp. 41–42.

[15] *Ibidem*, p. 43.

Tags:

[Del oficio](#)

[historiografía](#)

[historia oral](#)

[extranjeros en México](#)

[desindianización.](#)

¿Aparecen los ausentes? Convergencias entre fotografía, historia y teoría para seguir sus rastros

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 03/31/2014 – 13:46

Rebeca Monroy Nasr*

*A la maestra Alicia Olivera
porque hoy está aquí*

Analizar la imagen fotográfica deriva de una amplia gama de experiencias, intereses, propuestas, conceptos y metodologías; en mi caso podría agruparlas en dos grandes familias. Las de índole objetiva, racional, metodológica, analítica y pragmática. Las otras son internas, socavadas, subterráneas, subjetivas en una palabra. Ambas vertientes han configurado la propuesta visual que he venido realizando desde hace 20 años, más otros diez de práctica fotográfica anterior.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Marcha conmemorativa del 68*. 26 de julio 1978.

De los textos a la imagen

Un primer andar lo inicié como estudiante de sociología en la UNAM, en donde las teorías enseñadas buscaban siempre una representación visual, cualquier trabajo que solicitaran los profesores, acababa en un intento de audiovisual. La “plusvalía” para Economía

Política I, tuvo a bien convertirse en una serie de imágenes de obreros subiendo a los peseros esperando su turno en la fila de trabajo. También la representé con algunas costureras en Mérida captadas para hacer una visualidad de la enajenación en el trabajo y la explotación brutal, que Carlos Marx exponía en sus teorías económicas y que Juan Brom tuvo a bien explicar de manera magistral.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Costurera de Mérida, Yucatán*. Abril 1979.

Pero la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales no era el lugar para generar imágenes autónomas, novedosas, disruptoras de tradiciones. Ante el anuncio del paro de labores en la Escuela Nacional de Artes Plásticas y la clara presencia de un Congreso Estudiantil para definir sus planes y programas, mi hermana me acercó un artículo de Raquel Tibol publicado en el *Proceso* de junio de 1977. Lo acompaña una fotografía de un pizarrón que estaba justo a la entrada de la antigua escuela y gritaba: “El arte de hoy es una mierda”. Ello acabó con la búsqueda incierta entre otras carreras (como filosofía, medicina, veterinaria, historia de la Universidad Nacional Autónoma de México – UNAM–, y en la Escuela de Diseño y Artesanías del Instituto Nacional de Bellas Artes –INBA–), todas ellas recorridas con la idea y la convicción de querer mejorar las condiciones sociales, económicas de un pueblo que requería de un cambio profundo. Pero sobre todo, porque al parecer encontraría ahí una serie de compañeros convencidos como yo, de que las imágenes lograrían aportar una rica veta para informar y concientizar a los demás de las condiciones de este país y su inminente necesidad de cambio. A la vez, con la idea de que las imágenes tendrían una mayor fuerza de convicción, ante la necesidad de hacer un arte libertario, convincente, formativo y que mostrase esa “realidad”, lejos del arte de galerías e intereses económicos.

Éramos la generación heredera del 68, que no lo vivió pero lo escuchó, que buscaba mostrar su interés por lo social, sin ser banal, fatua ni desinteresada. Había que hacer algo y proponérselo desde el quehacer cotidiano, laboral y humano. Soñadores... sí, pero soñadores profundamente convencidos.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Ausencia es presencia: obreros en la colonia Roma*. Junio 1979.

Llegar a la Escuela Nacional de Artes Plásticas, aunada a la práctica fotográfica que realizaba fuera de clases, me permitió abreviar en el análisis visual y conocer a fondo el trabajo fotográfico: desde la conciencia de la propia mirada, el encuentro con los materiales, el uso de la cámara, los rollos, el cuarto oscuro y sus secretos que compartía con un entonces comprometido fotógrafo documental que al final declinó sus múltiples capacidades para exiliarse en un pueblo oaxaqueño. También ayudó, y mucho, la asistencia asidua al Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, y el encuentro con Jorge Ayala Blanco, el Grupo Octubre y un joven y rozagante Antonio Saborit haciendo películas de Tina Modotti. Todo ello cambió para siempre mi forma de mirar. Se sumaba también la teoría estética y plástica de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, que me permitió valorar a la fotografía de los siglos XIX y XX. Comprendí la importancia y el uso de la foto analógica, el uso de un positivo directo o de un negativo en placa de cristal, en nitrocelulosa o en plata sobre gelatina, con las características estéticas propias de cada momento de su desarrollo desde que fue inicialmente practicada en 1839, y mucho antes en los antecedentes de la cámara oscura y sus planteamientos aristotélicos y platónicos, pasando por una serie de prácticas hasta su pleno desarrollo en el siglo XX.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Luis Hernández Navarro en el Castillo de Chapultepec*. Ca. 1984.

Trabajar como fotodocumentalista desde 1978 y en la década de 1980, me permitió conjuntar los riesgos analíticos del oficio (la intención de la mirada, la ideología en imágenes, el planteamiento desde los encuadres y la composición) con la dureza del trabajo cotidiano, los riesgos de documentar las atrocidades de un gobierno negador y represor. Aunado a las dificultades de realización por lo caro del material y equipos, para quienes no vivíamos de ello y queríamos ser fotodocumentalistas, pero sobre todo la mirada crítica de otros colegas, el intenso debate ideológico y estético contenido en las discusiones de los años ochenta del siglo XX mexicano me llevó a nuevas búsquedas, más teórico-metodológicas en el ámbito de la fotografía de finales de ese siglo. Con esa idea realicé mi tesis de licenciatura, ya como fotógrafa del INAH, desde 1982 hasta 1991, que derivó años después en un libro de la serie de *Alquimia* del INAH, con el título de *De luz y plata: apuntes sobre fotografía alternativa* (México, 1998).



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Marcha 1º de mayo*. 1978.

Esta vertiente de *insider*, como dirían los antropólogos, en la práctica fotográfica por más de 13 años, me dotó de una información que va más allá del quehacer llano. Me permitió conocer "desde adentro" los riesgos, las cargas, el mercado de trabajo, las aficiones, el gremio, las dificultades en la venta, la competencia, la lealtad, la no corrupción, la insistencia de las prebendas, la necesidad de la venta de los materiales, la colección de obra para exposición o publicación. Fue una experiencia que se convirtió en una fuente viva para historiar la imagen, colocarla en tiempo y circunstancia. Aún más: me abrió el espacio a la comprensión empática para analizar imágenes, ponerse en el "tripié" o en el obturador del otro; es decir, conocer las vetas y las entrañas del quehacer fotográfico, desde sus costos, las posibilidades de producción, la limitada circulación de la obra documental o de prensa, así como la comprensión de la creación estética, en donde la parte iconográfica también tenía sus pormenores muy claros: había que documentar la imagen sin intervenirla ni en la toma ni en el cuarto oscuro. Había que ser habilidoso de primera intención y crear un discurso fino y pulcro con la imagen, en composición, encuadre, los tonos del blanco y negro, todo ello combinado para hacer un discurso solvente entre la forma y el contenido; es decir, la *praxis* de todo ello dotó de una significación puntual que dio paso a comprender las imágenes fotográficas no sólo como un fenómeno histórico o testimonial, sino las dificultades y posibilidades reales de su producción estética en esos años.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Fábrica textil La fama*. Agosto 1984.

De la estética a la historia

Había ocurrido ya un traslado hacia la imagen autónoma, una particular manera de mirar, observar y analizar el trabajo fotográfico, no sólo como soporte de ideas y demandas sociales, enmarcado por las teorías y el análisis gestado desde la plástica. Ayudaron mucho los referentes de la pintura, la escultura y el grabado, en estrecho vínculo a la serigrafía y su producción artística. Todo ello dotó de elementos conceptuales, teóricos y pragmáticos a la práctica artística y sobre todo a la manera de plantearse y desarrollar la creatividad en la realización de la obra.

¿Significaba ese paso por las academias un alejamiento del arte comprometido con su tiempo? No, al contrario, hacían sus vínculos más complejos. Su autonomía estética y de intención subjetiva estaba cruzada por muchos contextos. Ahora era necesario regresar a los planteamientos del análisis histórico, al rigor en el uso de las fuentes primigenias, la inserción precisa de un contexto social, económico, político. Ayudaban la perspectiva del materialismo histórico y dialéctico, que conformó la comprensión de la lucha de clases, de la ideología en imágenes, de las posturas de los realizadores, y la visión del sociólogo Arnold Hauser y de Nicos Hadjinicolaou. También la obra como partícipe de una ideología positiva o negativa, de Gramsci, de Hegel, y la formación de teóricos mexicanos como Juan Hacha, Armando Torres Michúa, Juana Gutiérrez Haces, Néstor García Canclini y las teorías de algunos semióticos del signo. Se regresaba a una formación crítica ante la obra de arte, y de esa manera la historia del arte era parte de otra visión de una nueva realidad cuestionadora y cuestionable no desde la visión del "genio creador" y la "obra de arte única".



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Marcha Semana de Solidaridad contra la represión*. 24 de agosto 1978.

Nos veíamos como obreros, productores plásticos o productores de imágenes, nos bajamos del pedestal y pensamos que lo importante era comprender los momentos histórico-sociales y hacer llegar el mundo de las imágenes a otros ámbitos. Democratizarlo. Por ello decidimos ampliar la producción plástica y redibujar sus orillas al ir a colonias, con los obreros, con los maestros, con jovencitos y sus padres de familia, algo que rompiera aquella perversión del mercado del arte y el elitismo de los museos, entre muchos otros elementos que permitiesen que las imágenes transgredieran los límites de lo convencional. Esto dio paso a un arte comprometido con su tiempo y a una historia en imágenes que contribuía al conocimiento. Por ello, la búsqueda de elementos en el pasado, en la historia, para poder darle contenido y continente a las propuestas plásticas que se elaboraban en esa época, lejos de la obra de arte única, buscando la multirreproducibilidad. En ese sentido la fotografía tenía mejor carta de naturalización para difundir el arte y mostrar muchas caras de esa moneda creativa.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Curso de fotografía alternativa en Ciudad Nezahualcóyotl, Impartido por Rebeca Monroy como miembro del Taller de Producción Plástica*. Octubre 1982.

Hasta aquí todo lo relativo al arte mayor, pero la fotografía... ¿qué lugar ocupaba entre las bellas artes? ¿aún era –o es– la hermana menor junto con el grabado, la litografía, el dibujo, las caricaturas, la serigrafía, entre otros? Tal vez, pero tenía un papel claro y destacable en un mundo alterno.

El lugar desde el que se mira

Ese mundo alterno que se presentó ante mis ojos, fue la militancia político-visual en donde la imagen era parte sustancial de los movimientos de resistencia civil, magisterial y sindical de los años 1970-1980. La producción realizada tenía como propósito apoyar a grupos y colectivos que necesitaban de la presencia de la imagen en sus mantas, carteles, volantes y toda clase de información alterna a la hegemónica. La fotografía cobró un calibre mayor, intenso, de testimonio fiel, innegable de todo aquello que el aparato de Estado negaba. Ahí estaban las imágenes para revelar, mostrar y afirmar lo que ellos negaban sistemáticamente. La participación con el Taller de Producción Plástica como proveedores de imágenes a los movimientos sociales fue sustancial. Ahí estuvimos cuando la comunidad de maestros de Misael Núñez Acosta requirió una escultura en bulto del maestro asesinado. También cuando se les dieron clases de serigrafía y de fotografía con cajas de cartón a los alumnos de una colonia en Nezahualcóyotl, durante casi un año.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Aniversario luctuoso del maestro Misael Núñez Acosta*. Enero 1982.

Ahí estuvimos con la UNAM, con la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), con el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y su Sindicato de Trabajadores Administrativos, Técnicos y Manuales, con el Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), y otros movimientos sociales en donde se emprendió una militancia que empezó a cuestionar el diario andar. Era el inicio de los años ochenta, y parecía un requisito militar para profesar una ideología en imágenes, era necesario tener un grupo militante, una facción o bien tratar de mantenerse abierto hacia todos los movimientos. Fue un momento difícil, de desencuentros, disidencias internas, de vidas arduas de trabajo en "células" que día a día ahondaban las diferencias.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Aquí se construye el D.F.* Enero 1981.

Así uno de esos micro grupos nos quiso cooptar por completo, pero algunos estábamos ya inmersos en otros andares y no lo aceptamos porque teníamos adquirido otro compromiso político. Aquella otra clandestinidad nos requería bajo un mundo de máscaras, de sobrenombres, de no preguntas... "porque no aceptarlo era pequeño burgués, tanto como tomar el té o tener gatos...". Permanecí en otro

grupo trabajando con colegas dedicados y convencidos, muy cercano a Luis Hernández Navarro.^[1] Pero salí de ahí con otros y nos rasgamos, nos partimos y decidimos seguir diferentes caminos. No nos volvimos a encontrar y de ello quedaron planteamientos claros, sustanciales, una fuente de información creada al fragor del aprendizaje del día a día, del pragmatismo, de la teoría del hacer y deshacer: los colegas lo plasmaron en una tesis, yo retomé mi camino y salí a buscar otros rumbos.

Había que encontrar los caminos a seguir y poner al servicio del conocimiento las vivencias y aportes recibidos y dados. De esa manera emprendí el interés por continuar mis estudios de maestría y doctorado, pensando en llevar adelante toda esa práctica y esa metodología de análisis de la imagen fotográfica. En ese momento los grupos sociales y políticos se integraron en un nuevo partido, ahí el deslinde fue mayor, no necesitaba que limitaran, delimitaran o definieran mis líneas de acción desde una militancia partidista, decidí emigrar y salir a otros rumbos. Todo ello sin tanta claridad, sino con la sombra y el dolor que da perder a los amigos, a los colegas, a los amores para seguir adelante en la convicción personal del quehacer.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *En el Parque Hundido. Trabajo y juego infantil*. Abril 1978.

La educación profunda

En los años intensos de los setenta y ochenta, cuando las represiones eran frecuentes sobre personas y movimientos, la fotografía era una de las posibilidades de evitar que se borrara lo ocurrido.^[2] Por ello la fotografía se hermanaba a los reclamos sordos, nacidos en años difíciles. El mundo maravilloso de la fotografía --documental, de prensa-- tenía entonces una intencionalidad añadida: advertir las subjetividades que se expresaban en los movimientos, ayudar a los reclamos por encontrar a los perdidos, intentar apresar y auscultar un pasado que "otros" querían desvanecer y llevar a la desmemoria.

Para mí, en esa subjetividad intensa de los tiempos de lucha social también se jugaba la búsqueda de una respuesta a los años de abandono, de ausencia: ¿aparecería la imagen paterna que se diluía en sus ires y venires, entre aromas etílicos y amigos fantasmas? Rasgaduras a una bruma del olvido donde brotaba un 68 doloroso, una militancia no cristalizada, un ir y venir de amigos como Cabeza de Vaca o Heberto Castillo y su primo el doctor Chagoya y Fernando Carmona. Esa parte sublimada era la que conducía mi destino inconsciente, hurgando entre los muertos, entre los heridos, esa ausencia de la imagen paterna que, aunque viva, poco se visualizaba. A lo mejor por ahí aparecía y comprendería yo de qué se trataba.

Las ausencias intensas dejan un rastro de huellas y de presencias rasgadas. Al seguir sus pasos no lo encontré, tampoco supe de él en las imágenes. A veces todavía lo busco y no está, ni estará, eso lo sé ya. Pero sus libros seguían presentes... desde Marcel Proust hasta *Cinco tesis filosóficas* de Mao, al lado de *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska en donde había una frase que me atrapaba: "No hay fotos, no las publican [...], pero los muertos sí fueron [...], sí los mataron [...], sí los masacraron [...], si hubiese imágenes nadie negaría esa realidad". Ahí tal vez ocurrió el gancho inconsciente, el subterfugio, el dolor ajeno convertido en propio apenas con diez años de edad, y parecía un mundo certero de información que permaneció como imagen latente, ello hasta que de adolescente conocí a un fotógrafo que militaba con su cámara en su diario andar. Parecía el complemento perfecto, yo crédula de lo que miraba y él mirador eterno, festejé su presencia en mi vida con una cámara propia, después de cargar su equipo en marchas y mítines, de cambiarle las lentes, de revelar el papel con Dektol. Me la regaló mi padre en mi cumpleaños 18, y con ella recorrí el mundo visual a mi alrededor, aprendí los secretos mínimos del oficio, revelé rollos, trabajé en la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH a la par de estudiar en la Escuela Nacional de Artes Plásticas en la Academia de San Carlos, hice mis primeras exhibiciones individuales en la Casa del Lago, cerré

con otra individual en la misma Academia de San Carlos que me vio crecer. Hubo otras más de índole colectiva: participé con Pedro Valtierra, Javier Hinojosa, Alicia Ahumada, David Maawad, Antonio Turok, Pedro Hiriart, Agustín Estrada y otros más en el Colectivo Fotógrafos Independientes. Adolfo Patiño que luego se llamó *Adolfotógrafo* y su hermano Armando Cristeto, quienes abrieron las puertas a la fotografía callejera que no era otra que el mostrar las fotos como trapos colgados de una cuerda y con pinzas de colgar ropa en la Alameda, pero también en la nueva escuela ENEP Acatlán de la UNAM.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Huelga de hambre por los presos y desaparecidos políticos*. Diciembre 1978.

La juventud privaba en todos nosotros, pero era demasiado masculino el hábitat, mucho riesgo y poca paga, hasta que se apagó el fogón y decidí emigrar, pues unas fotos me mostraron que mi presencia no era requerida pues había alguien más recorriendo mis caminos y si mis otros sentidos me engañaban, la mirada y las fotografías erotizadas me lo hacían notar. Desde entonces confié solamente en la mirada, en los documentos, en las evidencias visuales, no las textuales simples, no las auditivas, no las verbales solas. Eran poderosas pruebas las imágenes... y si no las hubo, habría que buscarlas. Así transcurrió la intención de fortalecer una red, un intercambio, para documentar lo escrito, lo auditivo y lo visual. Nuevas fuentes híbridas y formas para intentar su transmisión, dudar también de ellas, ese es el sino del camino que elegí. Y según se avanzan y se enredan textos, imágenes y sonidos, en el más estricto sentido se convierten en una especie de tejido, con ello será mejor y más clara será la fuente. Las imágenes y su creación, su momento, su productor, su intención primigenia, su capacidad de revelación, todo ello inclinó la balanza subjetiva hacia la objetividad de la fuente, lo más verosímil, lo más veraz posible dentro de los límites de su discurso. La imagen así tejida genera una gran fuente de información.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *1º de Mayo con Miguel de la Madrid. Represión de "charros" delSNT*. 1º de mayo 1982.

Tardé años en comprender que había otro camino. Encontré otros colegas y amigos con diferentes discursos y diversas posturas que me dieron el aire suficiente, la identidad y la estructura que me haría encontrar una manera de construcción individual en la historia y en ese pasado colectivo, el aire suficiente para seguir y erigir de nuevo el encuentro con la historia en imágenes. Estuvo por ahí el maestro Armando Torres Michúa, quien encausó mis letras y afinó mi aparato ideológico. Por ahí también pasaron los compañeros del Taller de Producción Plástica, los hubo escultores, pintores, grabadores, dibujantes, teóricos... una especie de maridaje. Todo ello abonó el camino. Había que encontrar los contextos de esos eventos, de las marchas y plantones, de los movimientos sociales, ese era el mundo en el que nací, con un 1958 rebelde por causa de sus maestros y sus ferrocarrileros. Parecía que del aire emanaba esa necesidad de buscar entre los escombros del pasado, pero siempre con las imágenes como sino y destino, como prueba, como testigo palpable de aquellas subjetividades. Fueron las imágenes las que me dieron la pauta para seguir adelante, adheridas a la historia alterna --no hegemónica--; con ellas encontré mi ser, mi decir y mi hacer por las siguientes décadas de labor.

Para cristalizar la síntesis de media vida, de un ciclo que se fue formando según avanzaban los años, los hallazgos y las propuestas, pude conocer la concreción de la fotografía y la historia del arte con el doctor Aurelio de los Reyes. Su visión de lo social se permea con un análisis puntual, sincero, documentado que da paso al mundo de las imágenes captadas con luz, ahí empecé a recoger mis pedazos también.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Aquí se construye el D.F.* Enero 1981.

Desde ese abrevadero, sin encontrar al personaje que buscaba, pero sí a muchos otros que han dado más luz a eventos sociales e históricos, que conforman mi imagen y mi identidad en lo encontrado, en términos de un autorretrato objetivo-subjetivo que da paso a configurar las ligeras o profundas aportaciones que se puedan realizar. Ahí encontré cabida en este maravilloso lugar que es la Dirección de Estudios Históricos (DEH) del INAH, encuentro con "pares y nones", en donde la imagen podía ser bien recibida en la complejidad que las ciencias sociales le reconocen. La DEH fue el encuentro del todo, la posibilidad de vincularse en una sola esencia, el lugar perfecto para poder abrevar de manera clara y profundizar la búsqueda. De entonces para acá han pasado ya 23 años, 32 en total en el INAH, nueve libros, casi diez, cerca de sesenta libros colectivos, más de ciento cuarenta artículos, setenta y tantas tesis dirigidas y asesoradas, y una infinidad de locuras. Tengo mucho que agradecer a tan generoso lugar.



Foto de Rebeca Monroy Nasr, *Apoyo al paro en Bellas Artes.* Junio 1984.

Con las letras, que fue mi primer lenguaje aprendido, y con las imágenes que es mi lenguaje natural, festejo el encuentro de la intertextualidad, apuesto a que la oralidad, la imagen y lo auditivo podrán conformar objetos más complejos y completos de nuestro pasado, que pueden o no resarcir las cuentas pendientes propias, pero sobre todo de nosotros como un ente colectivo que priorizo sobre mi persona. Pues conocer nuestro pasado en imágenes integradas en un marco histórico, teórico y estético es el afluente al que he llegado. Sí, aparecen los muertos y es posible evitar que el pasado se desvanezca. Hay que dejarlos hablar en y desde su representatividad, hay que leerlos y escucharlos; ese es el matiz para seguir en el camino de historiar con imágenes.

Las fotografías sí dicen más que mil palabras, sólo si las dejamos y las hacemos hablar.



Foto de Jorge Acevedo, sin título. Ca. 1980.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Luis Hernández Navarro, *Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial*, México, Histórico, 2013.

[2] Para mayor información contextual del momento véase el texto de la que esto escribe: "Herederos visuales de luchas sociales", en revista electrónica *Arte Casa de las Américas*, La Habana, Cuba. Coord. Nahela Hechavarría (consulta electrónica: <http://www.arteamerica.cu/30/dossier/monroy.html>).

Tags:

[Del oficio](#)

[fotografía documental](#)

[análisis de la imagen](#)

[teoría y práctica de vida](#)

Genealogías libertarias o de por qué me puse a estudiar a Francisco Ferrer Guardia

ENVIADO POR EL EDITOR EL DOM, 03/30/2014 – 20:52

Anna Ribera Carbó*

En alguna otra ocasión he expuesto los orígenes académicos de mi investigación acerca de la presencia americana de Francisco Ferrer Guardia, desde una muy modesta tesis de licenciatura, hasta el planteamiento de un proyecto mucho más ambicioso acerca de la difusión de la propuesta pedagógica de este maestro catalán cuya Escuela Moderna se asoció al poderoso movimiento anarquista en la península ibérica.

Tras las jornadas de la Semana Trágica barcelonesa del verano de 1909,^[1] de las que fue acusado de ser su instigador, Ferrer murió fusilado el 13 de octubre en Montjuïc, convirtiéndose en una figura central del panteón libertario hispanoamericano, fenómeno que constituye uno de los ejes de mis pesquisas. Pero lo que voy a contar en estas líneas no es el desarrollo estrictamente profesional del proyecto, sino una historia de genealogías libertarias que me llevaron, desde un punto de vista más íntimo, a involucrarme académicamente con Ferrer.

Geografía pedagógica

Francisco Ferrer Guardia abrió una escuela, su Escuela Moderna, en la calle de Bailén en Barcelona el 8 de septiembre de 1901. Al abrir, contaba con 30 alumnos, 12 niñas y 18 niños que recibían una educación integral, mixta y racional. La vinculación de la escuela al movimiento anarquista catalán por su contenido racionalista, anticlerical y antiautoritario y del propio pedagogo con los grupos más radicales de la geografía peninsular, hizo que se abrieran, en muchas poblaciones de Cataluña, y en menor medida del resto de España, escuelas modernas que se inspiraban en los lineamientos de la de Bailén y que empleaban sus publicaciones como libros de texto. Para octubre de 1905 había en Cataluña 48 escuelas que empleaban el sistema de Ferrer y dos años más tarde, en 1907, eran entre 60 y 70 las escuelas que habían adoptado los libros de texto de la Escuela Moderna.^[2]

Joaquín Garriga i Pons fue uno de los entusiastas seguidores de la escuela ferreriana. Arrendatario agrícola en un *mas*, pequeña propiedad rural; distribuidor de la prensa nacional e internacional que llegaba de Madrid y Barcelona, por lo que era conocido como *en Garriga dels diaris* (Garriga, el de los periódicos); originario del diminuto pueblo de Fonteta, pero avecindado en el colindante La Bisbal d'Empordà, una villa más grande y capital de comarca, Joaquín Garriga era un anarquista "sin alardes, sin desplantes, ni provocaciones. Los que lo trataban decían de él que era tolstoyano, un poco místico, pero de un valor numantino".^[3] Y dando prueba de ese valor, se presentó ante el alcalde de su pueblo el 15 de abril de 1903 para anunciarle que a partir de ese día, funcionaría en su casa una Escuela Moderna, filial de la creada en Barcelona por Francisco Ferrer Guardia,^[4] decisión que terminaría de significarlo en una población de alrededor de cuatro mil habitantes, muchos de ellos pequeños, medianos o grandes propietarios agrícolas y comerciales de tendencias políticas conservadoras.

El primer brote de la rama

Para ocuparse de las clases, llegó a La Bisbal un joven profesor originario del vecino pueblo costero de Sant Joan de Palamós. Su padre había sido militante del Partido Federal y era asiduo lector y admirador de Anselmo Lorenzo,^[5] a quien conocía personalmente. Él, por su parte, pasó del liberalismo radical que se respiraba en su casa a posiciones anarquistas adquiridas en la lectura de escritos de Proudhon y de Kropotkin.^[6] Su amigo desde la infancia Hermoso Plaja contaría que a partir de entonces "empezó a emborronar cuartillas que enviaba a *El Nuevo Distrito* de Palafrugell" y a hacerse presente en actos electorales para invitar a los asistentes, en su mayoría trabajadores del corcho, a no votar.^[7] Había estudiado en la escuela Normal de Girona y se llamaba Eusebio Carbó.

Eusebio Carbó de veinte años y la hija mayor de Joaquín Garriga, Luisa, de dieciocho, se unieron libremente y al año siguiente, en 1904, nació su hijo al que pusieron el nombre de Proudhon. El juez del registro civil de La Bisbal se negó a registrarlo con un nombre que no provenía del santoral por lo que Proudhon, mi abuelo materno, circuló los primeros veinte años de su vida sin documentación oficial. Detenido temporalmente en la cárcel debido a sus actividades de proselitismo libertario, Eusebio, tras su liberación, se fue con su compañera Luisa a Palamós, en donde según el testimonio de Plaja, ambos fueron maestros en la Escuela Moderna local. Las actividades de agitación política llevaron a Carbó de nuevo a la cárcel y por primera vez al exilio en el sur de Francia, de donde volvió hasta 1909 para sumarse a una Junta Revolucionaria cuyos intentos de levantarse en armas se vieron frustrados por los hechos de la Semana Trágica. Conmovidos por el fusilamiento de Francisco Ferrer, Eusebio Carbó y su amigo Hermoso Plaja, viajaron clandestinamente a Barcelona para visitar la tumba del maestro. En el caldeado ambiente en la Cataluña de esos días, fueron detenidos y conducidos otra vez a la cárcel en el castillo de La Bisbal. Tras este encierro, Eusebio, de 27 años, dejó atrás a Luisa, a Proudhon y a su patria chica, el Ampurdán, para viajar a Barcelona y vincularse definitivamente al movimiento anarquista que tuvo como epicentro a la capital catalana. Continuaría ahí la trayectoria militante iniciada como maestro racionalista en la modesta escuela moderna de Joaquín Garriga. Cuando al año siguiente, en 1910, se fundó la Confederación Nacional del Trabajo, la que andando el tiempo se convertiría en la más poderosa central de trabajadores libertarios, aparecían ya en la escena militantes que serían fundamentales en los años por venir como Eleuterio Quintanilla, Salvador Seguí, Ángel Pestaña, Manuel Buenacasa, Josep Negre y el propio Eusebio Carbó.^[8]

Carbó hizo de todo. Fue el enlace con los correligionarios italianos Errico Malatesta, Armando Borghi, Luigi Fabri y Camilo Berneri; fue colaborador en numerosos periódicos anarquistas y editor de muchos de ellos, destacándose *Tierra y Libertad y Solidaridad Obrera*; en 1915 volvió a ejercer como profesor racionalista en una escuela ferreriana en Valladolid y en 1916 publicó en la ciudad textil de Sabadell el efímero semanario *Reivindicación* cuyo tema central fue la Revolución mexicana "...que desde hace cinco años conmueve y transforma el rico suelo de Méjico".^[9] Pasó después una larga temporada en Valencia en donde fundó el periódico *La Guerra Social*, hizo labor de agitación entre los trabajadores del campo y logró la afiliación de los sindicatos agrícolas a la CNT. Polemista, orador en mítines y asambleas, militante visible, no resulta extraño que sus actividades lo convirtieran en representante del anarquismo valenciano y catalán en los grandes congresos anarquistas españoles y en representante del anarquismo ibérico en los foros europeos. Y menos extraño aún, que lo obligaran a numerosos exilios en Francia y en Italia y a detenciones sucesivas en distintas cárceles de España que sumarían cerca de once años de encierro.^[10]

Proudhon en África

Mientras Eusebio Carbó trabajaba por la revolución a gran escala, los Garriga lo hacían en el pequeño escenario pueblerino, donde el anonimato es impensable y la hostilidad general llega a volverse insoportable. En 1909 habían tenido que cerrar la Escuela Moderna del *Carrer Nou* (la calle Nueva), y un todavía pequeñísimo Proudhon escuchaba al abuelo, que lo educaba con el *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau en la mano, contándole: "esos libros que duermen y esperan en un estante, esos pupitres que están apilados en un cuarto de la casa; ese globo terráqueo que tanto te gusta y en el que ves desfilar el mundo, esos mapas colgados de la pared, esos tinteros muertos de sed, eran el material destinado a encender en la mente de los niños una nueva luz y en el pueblo una nueva esperanza".^[11] Fue el ambiente de represión que siguió a la Semana Trágica y la animadversión de las fuerzas vivas de su pueblo en los años siguientes lo que llevó a Joaquín Garriga a tomar una decisión trascendental para su familia: se marcharían a vivir a Marruecos, donde según le decía su paisano Francisco Darnaculleta, avecindado en Tánger, había tierras de sobra para trabajar y podrían vivir más libremente, sin la vigilancia atenta de la mochería y el conservadurismo de la península.

La familia Garriga integrada por el abuelo Joaquín y la abuela Rufina, sus hijas Luisa y Joaquina y un Proudhon de trece años, se instaló a vivir en Tánger en 1917. A pesar del desgarramiento que significó dejar su pueblo y de las diferencias culturales entre España y Marruecos, así como de la muy pronta muerte de su abuelo, Proudhon vivió la larga estancia familiar de casi veinte años en el país africano como una aventura extraordinaria. Tánger era en esos años un puerto internacional, una ciudad cosmopolita con legaciones de las principales potencias europeas, clave en el comercio y la vida mediterráneas. Ahí recibió mi abuelo una educación francesa, aprendió árabe, se enamoró de la cultura islámica y se hizo hombre. Ya adulto, trabajó para la empresa de ferrocarril que construía la línea que iría de Tánger a Fez lo que le permitió adentrarse en ese país conforme avanzaba el tendido de durmientes y vías y las oficinas se trasladaban hacia el sur: Larache, Alcazarquivir y, finalmente Mequinez, donde la familia Garriga, ahora ampliada con el nacimiento de Pepita y Joaquín, hijos de Joaquina, pensó instalarse definitivamente. Proudhon tuvo además la fortuna de pasar un par de años en la Guinea Ecuatorial, trabajando para la Constructora Colonial, lo que constituía para los jóvenes de origen europeo en el Magreb el viaje al África de a de veras, al África negra, a la selva, la aventura con mayúsculas.

Para entonces, Proudhon ya circulaba por el mundo con el nombre oficial de José. Cuando a los 18 años tramitó sus papeles, el Cónsul General de España en Tánger le sugirió que se pusiera un nombre que no fuera una bandera desplegada, una etiqueta que lo calificara y clasificara de entrada como un portaestandarte. El resto de su vida firmó sus escritos como Proudhon y cuando le preguntaban si ese era su seudónimo contestaba, "no, mi seudónimo es José".

De los primeros en morir, de los últimos en salir

Pero ¿y Ferrer Guardia?, ¿y las ideas? Es sorprendente como a pesar de esta odisea familiar y de la muerte del abuelo Joaquín, las mujeres de la familia y con ellas Proudhon continuaron pensando como pensaban, militando a su manera en este destierro y creyendo que el mundo debía liberarse de todas las formas de opresión. Es más, la dominación colonial de los europeos en África, las condiciones de la población nativa en Marruecos y peor aún en la Guinea, no hicieron más que reafirmar la profesión de fe anarquista del pequeño reducto libertario que eran los Garriga. Y por eso, aunque terrible, no resulta extraño que cuando ocurrió el alzamiento militar de julio de 1936, que empezó justamente en el Marruecos español, estuvieran entre sus primeras víctimas. La abuela Rufina, Luisa y Joaquina, así como los niños de 14 y 12 años, fueron detenidos en la playa de Arcila, en la que pasaban unos días de vacaciones, y encarcelados. Luisa fue ejecutada en prisión y Proudhon, salvado de milagro en la pequeña estación de Arbaua, la última del lado del Marruecos francés, gracias a la alerta de un compañero que le hizo bajar del tren que había de llevarlo a encontrarse con los suyos.

El trágico inicio de la guerra española sólo tenía una salida para Proudhon que marchó rumbo a España para integrarse como voluntario en el ejército de la República y reencontrarse con su padre, tras cinco lustros de ausencia. Eusebio Carbó, a estas alturas uno de los dirigentes más destacados de la CNT, acogió a su hijo en su casa en Barcelona, y también a la abuela Rufina y a los niños, una vez libres de la cárcel de Larache.

Cataluña era en ese momento no solamente el escenario de una guerra entre militares golpistas y defensores de la República. Era un auténtico laboratorio revolucionario en el que los trabajadores organizados en la gran central anarcosindicalista fueron quienes detuvieron el golpe inicial y procedieron a hacer la revolución social a la vez que peleaban la guerra. Barcelona se apuró a bautizar a la céntrica Plaza Urquinaona como Plaza Ferrer i Guardia. Activos ambos, Eusebio y Proudhon, en el escenario de la guerra y la revolución, el primero formó parte del Consejo de Economía del gobierno autonómico, la *Generalitat de Catalunya*, integrado por representantes de todas las fuerzas políticas catalanas, en representación y por disposición del Comité Central de la CNT.

Más adelante trabajó en el Comisariado de Propaganda de la misma *Generalitat*, realizando desde su puesto una importante labor a nivel internacional que incluso lo llevó en un viaje de propaganda a Nueva York. "Fue nuestro embajador estrella", recordaría muchos años después la militante cenetista Libertad Canela.^[12] El segundo trabajó también en el Comisariado de Propaganda, acompañando a periodistas y personalidades políticas internacionales como John Dos Passos, Emma Goldman, André Malraux, Rabindranath Tagore, Nicolás Guillén y nuestro José Mancisor a las actividades del frente de guerra, aprovechando su dominio de diversas lenguas,^[13] hasta que un día consideró que era inaceptable esa posición privilegiada en la retaguardia y se fue al frente como comandante del X Cuerpo del Ejército Republicano en el que Juan Manuel Molina era el jefe político y Gregorio Jover el jefe militar.

Proudhon escribió en su autobiografía que "para nosotros la guerra terminó --salvo el caso único y sublime de Madrid, del Centro-- cuando se nos terminó el territorio bajo los pies y siempre resistiendo de espaldas al Pirineo".^[14] Cuando eso pasó, ocupaba el cargo de comisario de la última plaza que arrió la bandera republicana en Cataluña: la ciudad fronteriza de Puigcerdá. Por eso fue el último combatiente republicano en cruzar la frontera el 10 de febrero de 1939. Dolores Pla reunió una serie de testimonios sobre los momentos del éxodo de los combatientes republicanos derrotados, lo que éstos llamaban "la retirada", en su emotivo libro *Ya aquí terminó todo*.^[15] No resisto la tentación de narrar la de mi abuelo Proudhon. Les dejo que él se la cuente:

Hice una última incursión en Puigcerdá, para cerciorarme de que no había rezagados. Licencié a los guardias que resguardaban todavía la Comandancia. Me fijé en un mapa de España, escala 1:1 000 000, que estaba en la pared, sujeto con "chinchas". Lo arranqué violentamente y con él bajo el brazo subí a un pequeño "Ford" que aguardaba fuera y salí hacia la frontera. Cuando bajé de mi vehículo entré en el edificio de la Aduana. Todo estaba desierto. El enemigo estaba ya en Puigcerdá. Al salir, vi sobre el gran mostrador un libro. Era el "Quijote". Lo tomé nerviosamente y me dirigí al puente. El tablero había sido volado; quedaban unas tablas solo transitables para peatones. A medio trayecto se alzaba la figura de un hombre. Me aguardaba. Era el Comandante Zwilling, jefe de los Guardias Móviles de Bourg Madame. Al verme llegar se cuadró militarmente y yo le correspondí.

Comisario Carbó --me dijo-- [...] la ley me obliga a pedirle que me entregue su pistola y lo hago con profundo pesar. [...] Bienvenido a Francia. Suerte. Se apartó, y con la mano extendida me invitó a seguir mi camino. Así entré en el exilio. Con el "Quijote" bajo el brazo y el mapa de España en la mano.^[16]

Tras el desenlace conocido por todos, siguió el camino del exilio por tierras de Francia, de la República Dominicana y finalmente de México. Proudhon hizo el largo viaje con su compañera Carmen, originaria también de La Bisbal, y de su pequeña hija nacida en la rada de Casablanca, en el barco que los trasladaba de un lado al otro del Atlántico.

La larga rama

Eusebio Carbó murió en la ciudad de México en 1958. Estas historias familiares, que eran también la historia de su tiempo convulsionado, me llegaron por las pláticas, siempre extraordinarias, con mi abuelo. Y así me enteré de que Francisco Ferrer Guardia había abierto una escuela en Barcelona, y que ello le había costado la vida y que él mismo había pasado su primera infancia en lo que llamaba "los restos del naufragio". Entre enojado y divertido, Proudhon Carbó se exclamaba de que en la edición del año 1975 del *Diccionario Larousse*, la entrada dedicada a Ferrer dijera, literalmente: "anarquista español (1859-1909); murió fusilado",^[17] como si esa militancia sola justificara el final ante el paredón.

En 1982 entré a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a estudiar la carrera de Historia. En las lecturas sobre la Revolución Mexicana encontré unas escuetas referencias acerca de la Casa del Obrero Mundial --casi siempre asociadas al pacto que firmó con el Constitucionalismo en 1915--, y todavía más reducidas aún respecto al proyecto educativo racionalista que intentaba desarrollar inspirado en la propuesta de Ferrer. No es raro que se me ocurriera entonces seguir, de manera muy elemental, los pasos del proyecto racionalista al interior de la organización obrera, lo que resultó en mi tesis de licenciatura "La escuela racionalista y su experiencia en la Casa del Obrero Mundial".^[18] Luego abandoné el asunto, para dedicarme a seguirle la pista al general michoacano Francisco J. Múgica y a la revolución constitucionalista.^[19] Diez años después volví, más a la Casa del Obrero Mundial que al proyecto ferreriano, con una investigación que culminó en una tesis doctoral y en un libro.^[20]

Y ahora ando, como saben y entre otras cosas, tras las huellas de Ferrer en el continente americano, en donde sus ideas y su ejecución tuvieron un impacto que rebasa con mucho lo que mi abuelo, Proudhon Carbó, imaginaba: la cantidad de escuelas modernas o racionalistas funcionando desde Nueva Jersey hasta la Patagonia, y el número de homenajes a Ferrer en toda la geografía americana.^[21] Le hubiera entusiasmado saberlo. Lo mismo que a Joaquín Garriga y a Eusebio Carbó, la larga rama de mi genealogía libertaria. En gran medida por eso estoy dedicada a ello.

*Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] A finales de julio de 1909 tuvo lugar un levantamiento popular en Barcelona en contra del reclutamiento forzoso entre los sectores obreros para enviar soldados a la guerra en Marruecos. Este levantamiento, durante el cual se quemaron numerosos conventos de la capital catalana y que fue duramente reprimido, es conocido como la Semana Trágica.

- [2] Buenaventura Delgado, *La Escuela Moderna de Ferrer y Guardia*, Barcelona, CEAC, 1979, p. 153.
- [3] Proudhon Carbó, *Yanga Sacriba. Autobiografía de un libertario*, México, Plaza y Valdés, 1991, p. 43.
- [4] *Ibidem*, pp. 46–47.
- [5] Anselmo Lorenzo (1841–1914) fue uno de los principales promotores del anarquismo en España desde 1868 y representante de la sección española en la Primera Internacional. Lorenzo fue autor de obras fundamentales del anarquismo peninsular como *El proletariado militante* y colaborador asiduo en publicaciones ácratas.
- [6] Margarita Carbó, “Apunts biogràfics de Joaquín Garriga, anarquista i promotor de l'Escola Moderna de la Bisbal”, en *Revista del Baix Empordà*, número 30–Any VII, setembre/desembre 2010, p. 111.
- [7] Biblioteca Pública Arús, Fons Hermoso Plaja, R4–1–8ª. Plaja, 1958:6, Citado en Margarita Carbó, “Eusebi C. Carbó. Vida y militancia de un anarquista”. Trabajo mecanoscrito, p. 5.
- [8] Juan Gómez Casas, *Historia del anarcosindicalismo español*, editorial ZYX, Lérida–Madrid, 1977, p. 50.
- [9] Citado en José Luis Gutiérrez Molina, *Valeriano Orobón Fernández. Anarcosindicalismo y revolución en Europa*, Libre pensamiento, Valladolid, 2002, p. 83.
- [10] Para una explicación detallada de las actividades revolucionarias de Eusebio C. Carbó véase el texto mecanoscrito de Margarita Carbó, “Eusebi C. Carbó. Vida y militancia de un anarquista”.
- [11] Proudhon Carbó, *op. cit.*, p. 37.
- [12] Libertad Canela, testimonio oral citado en Margarita Carbó, “Eusebi C. Carbó...”.
- [13] Proudhon Carbó, *op. cit.*, p. 201.
- [14] *Ibidem.*, p. 231.
- [15] Véase Dolores Pla Brugat, *Ya aquí terminó todo*, México, Breve Fondo Editorial, 2000.
- [16] Proudhon Carbó, *op. cit.*, pp. 233–234.
- [17] *Pequeño Larousse Ilustrado*, (s.l.), 1975, p. 1295.
- [18] Ana Ribera Carbó, “La escuela racionalista y su experiencia en la Casa del Obrero Mundial”, México, tesis de licenciatura en Historia, UNAM, 1989.
- [19] Resultado de esta investigación fueron los libros: Francisco J. Múgica, *Estos mis apuntes*, prólogo, edición y notas Anna Ribera Carbó, México, Conaculta (Memorias mexicanas), 1997, y Anna Ribera Carbó, *La patria ha podido ser flor. Francisco J. Múgica. Una biografía política*, México, INAH (Biblioteca del INAH), 1999.
- [20] Anna Ribera Carbó, *La Casa del Obrero Mundial. Anarcosindicalismo y revolución en México*. México, INAH (Científica, 556), 2010.
- [21] Algunos avances de la investigación han sido publicados. Se trata de Anna Ribera Carbó, “Ferrer Guardia en la Revolución Mexicana”, en *Educació i Història, Revista d'Història de l'Educació*, núm. 16, juliol–desembre 2010; y de Anna Ribera Carbó, “De Nueva Jersey a la Patagonia. Francisco Ferrer i Guardia y su presencia americana”, en José M. Muriá y Angélica Peregrina (coords.), *Presencia catalana*, Guadalajara, Centro INAH Jalisco, 2012.

Tags:

[Del oficio](#)

[anarquismo](#)

[Cataluña](#)

[Escuela Moderna](#)

[Francisco Ferrer Guardia](#)

Reporte desde el corazón de los pueblos tlalpenses

ENVIADO POR EL EDITOR EL DOM, 03/30/2014 – 20:41

Mario Camarena Ocampo*

Casi lugar común: enseñar también es aprender. Ese fue mi caso y debo reconocer lo mucho que como profesor debo a mis alumnas. Mi interés por el estudio de los pueblos de Tlalpan surgió cuando algunas de ellas, nativas de los pueblos de San Andrés, San Pedro Mártir y San Miguel Ajusco quisieron estudiar sus lugares de origen en el siglo XX. La necesidad de acompañarlas y asesorarlas en sus investigaciones de tesis hizo que yo mismo me interesara en esos pueblos desde el punto de vista histórico.^[1]

Los pueblos en la mira

Para iniciar la investigación, y dado que íbamos a utilizar los recursos y métodos de la historia oral, era imprescindible conocer el espacio y a sus habitantes, ganar la confianza de las personas para que nos dieran entrevistas y nos contaran sus vivencias. Hasta los años sesenta del siglo pasado en estos pueblos se pensaba que las mujeres debían estar en la vida doméstica y que las labores políticas y públicas les correspondían a los hombres. Pero hacia los años setenta las mujeres irrumpieron en el espacio público y hubo un cambio en la manera de verlas y en las expectativas acerca de su actividad. Las mujeres comenzaron a ocupar espacios cada vez más importantes en las instituciones de los pueblos, en los comisariados ejidales, las subdelegaciones y las mayordomías entre otras. Además, tienen una gran presencia en la pastoral de la parroquia, así como en las organizaciones de lucha política por diferentes reivindicaciones. De ahí que las mujeres son el principal agente político y cultural de los pueblos de Tlalpan y han devenido en el principal sujeto de estudio.^[2] Mi interés se centra en observar la interacción entre hombres y mujeres dado el relevante papel que ellas juegan últimamente

Las jóvenes de los pueblos de Tlalpan no sólo accedieron a los estudios universitarios, también asumieron una participación más activa en el espacio público. Producto de este cambio son mis alumnas, quienes siendo muy jóvenes accedieron a estudios universitarios de posgrado y a labores de investigación científica. Esta circunstancia motivó su interés por el estudio del proceso histórico de sus pueblos de origen y su contexto. La combinación de esa doble condición: mujer joven e historiadora sumada a la curiosidad por conocer su mundo generó en ellas (y en mí) nuevos problemas de investigación, métodos, conceptos y categorías de análisis que contribuyeron a generar discusiones historiográficas que se están abriendo paso en el cerrado ámbito académico, donde se ha vuelto la norma que los historiadores sólo discutan entre ellos sin escuchar las inquietudes que se generan en la sociedad. En mi experiencia, los salones de clase y la interacción con las nuevas generaciones son los ámbitos donde con más frescura se proponen nuevos problemas de investigación. Así, el aula me ayudó a construir nuevas preguntas de investigación y me ha impulsado a reflexionar en el gran valor de la actividad docente.

La subjetividad sale del closet

En el ámbito académico es difícil, y hasta mal visto, que los estudiosos revelemos nuestras motivaciones personales y vivenciales respecto de los temas que estudiamos.^[3] Se argumenta que es poco serio y que hace prevalecer la subjetividad en los trabajos de investigación. Pero aunque los investigadores no externen estas inquietudes, lo cierto es que siempre están presentes. En lo personal creo que no hay que negarlas sino plantearlas y ubicarlas en sus justos términos dentro del proceso de investigación. Para romper este tabú quiero compartir dos vivencias personales que ayudan a explicar mi interés por los pueblos.

En mi infancia, entre los 6 y los 13 años, viví en Teziutlán, un pueblo de la sierra norte de Puebla, enclavado en una zona indígena, donde convivían los campesinos que labraban sus tierras, con los obreros de una fundidora de aleaciones y con los trabajadores de la mina de manganeso. Cada día veía el trato entre los campesinos totonacos que cultivaban su parcela y hablaban su lengua, con los obreros minero-metalúrgicos asalariados y que hablaban español. Mientras que los primeros parecían moverse solo en un ámbito local, los últimos circulaban por diversas partes de la región (Veracruz, Puebla, México) y del país según las necesidades de la industria. Los obreros tenían una larga tradición de lucha, desde 1914 habían creado la sucursal regional de la Casa del Obrero Mundial y participaron en diversas luchas sindicales a lo largo del siglo XX, pero al mismo tiempo eran parte de tradiciones cristianas con un fuerte ingrediente indígena y campesino. Este mundo pueblerino, con las características que he mencionado, me llevó años más tarde al estudio de la formación de la clase obrera: su origen social, sus formas de trabajo, su cultura sindical, sus formas de hacer política, además me interesé por observar la relación de los pueblos con la ciudad sobre todo en lo referente a la cultura como un componente de las relaciones sociales.

Mis años de vida en el pueblo me marcaron hasta la médula de los huesos. Me relacioné con personajes de la sociedad teziuteca, entre ellos el obispo Alfonso Tinoco, impulsor de la teología indígena, y el padre Luis Lizardi, entre muchos otros que me permitieron, al trasladarme de nuevo a la ciudad de México, construir una red con una gran cantidad de tezuitecos que me han acompañado toda mi vida. Aquellas vivencias casi infantiles con los padres Tinoco y Lizardi han influido en el estudio que actualmente llevo a cabo acerca de la influencia de la teología de la liberación en un pueblo tlalpense.

Cuando tenía 17 años (1973) entré en contacto con las Comunidades Eclesiales de Base a través del Centro de Reflexión Universitaria Católica. El trabajo que en aquellos años se hacía consistía en acompañar a las comunidades en sus luchas. En el pueblo de San Juan de las Huertas, en el Estado de México, los habitantes habían sido despojados de las minas de arena que se encontraban en la zona ejidal y que ciertos empresarios explotaban para su exclusivo beneficio, dejando fuera a los ejidatarios. Los pueblerinos emprendieron un pleito legal y al mismo tiempo, estaban organizados para llevar a cabo acciones que presionaran tanto a los empresarios como a las

autoridades para recuperar el dominio de las minas. La lucha fue empujada desde la comunidad por los padres jesuitas en medio de un conflicto con el cura párroco y con el obispo de Toluca. Hay que decir que las Comunidades Eclesiales de Base estaban en pleno funcionamiento en la región, esta iglesia de los pobres ayudaba a que se emprendieran acciones legales y de presión.

El objetivo de los jóvenes universitarios que participábamos en ese movimiento era acompañar al pueblo en su lucha y reflexionar junto con ellos desde el punto de vista teológico. En estas acciones de acompañamiento tuvimos que hacernos de herramientas teóricas, tanto desde el punto de vista teológico como desde las ciencias sociales, entre ellas de la antropología, de tal manera que aquel grupo de jovencitos hacíamos lecturas de filosofía, sociología, antropología y teología a fin de orientarnos en realidades complejas. Confieso abiertamente que de ahí surgió mi vocación por la Antropología y que estas vivencias han influido en mi manera de acercarme a los problemas que estudio.

Otra fuerza emotiva y conceptual que reforzó mi vocación por el estudio de los pueblos fue el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994. Esta coyuntura político-social desató en mí un gran interés por saber más acerca de las condiciones de vida y de lucha de los pueblos indígenas y de los llamados pueblos originarios de la ciudad de México. A partir de los trabajos de mis alumnas, observé que las luchas de los pueblos en la ciudad de México son por conservar o recuperar su carácter de *pueblo* y su resistencia a ser considerados como *colonia*.

La importancia de la experiencia

El balance historiográfico que he realizado conjuntamente con ellas, indica que en el estudio de este tema se ha privilegiado lo factual, lo estadístico, lo legislativo, lo judicial, a través de fuentes escritas. En cambio, en las investigaciones acerca de los pueblos tlalpeños planteamos un novedoso punto de partida, consideramos como algo fundamental *la experiencia de las personas en el proceso histórico de los pueblos* en el siglo XX.^[4] Pretendo asomarme a la vida de las personas para, desde ahí, entender el carácter de los pueblos, sus luchas, su relación con la ciudad y los cambios que se han dado a lo largo del siglo XX. Como ya dije, es muy importante para mí poner el acento en la visión que aportan las mujeres de diferentes generaciones, entre ellas, mis propias estudiantes que son parte de las nuevas generaciones de mujeres de los pueblos.^[5]

El punto de partida de quienes han realizado estudios acerca de los pueblos del Distrito Federal es un concepto de *pueblo* proveniente de una definición geopolítica; es decir, un territorio cuyas fronteras fueron marcadas desde el Estado, con una delimitación muy precisa. Esa caracterización espacial sobre el pueblo se traslada a las personas que lo habitan, como si ellas la utilizaran de igual forma. Pero si bien hay una definición de *pueblo* en términos de división territorial, ésta sufre modificaciones de acuerdo con los sujetos, ya que los habitantes de los pueblos tiene otra manera de concebirlo, al margen de cómo lo conciben el Estado y los estudiosos.

Todo acontecimiento se puede percibir desde diferentes puntos de vista, ya sea de manera individual o colectiva. La historia oral mexicana privilegia la visión de los hechos históricos desde el punto de vista de los que vivieron la experiencia narrada; toda versión es valiosa, cualquier testimonio contribuye al conocimiento de nuestro objeto de estudio. Y los que cultivamos la Historia Oral nos interesamos en cómo y con qué supuestos culturales definen el pueblo sus propios habitantes. Unos lo definen como el espacio donde habitan, otros, en torno a sus creencias, algunos más con base en el tipo de autoridades (por ejemplo, el hecho de tener subdelegados); otros, por la posesión de un terreno para cultivar, y muchas más. Es sorprendente que la concepción de pueblo, que puede creerse obvia, es en realidad sumamente compleja cuando se traslada a la experiencia de muchos.

En el curso de mi investigación acerca de los pueblos de Tlalpan veo que de acuerdo al grupo social que se está estudiando y a la temática que se aborda surge una multiplicidad de maneras de entender el espacio del pueblo: la parroquia tiene su propia territorialidad marcada por sus feligreses, a despecho de la geografía eclesiástica; los subdelegados marcan su concepción de pueblo con base en su zona de influencia política; los “avecindados” aunque viven dentro del pueblo se ubican como si estuviesen fuera de él. De tal manera que vemos con claridad que ese pueblo es concebido de formas diversas que en muchas ocasiones se expresan de manera conflictiva. Tal es el caso de los “avecindados” y los “originarios”; de quienes tienen tierras y quienes no las tienen; de quienes tienen el derecho de nombrar a sus autoridades y quienes no pueden hacerlo.

Aunque pareciera que el territorio del pueblo está dado de una vez y para siempre y que todas las personas que lo habitan son iguales, esta imagen no es del todo exacta. El pueblo es un espacio dinámico y en constante transformación a lo largo de su historia. La historia oral coloca al sujeto social en el centro de la investigación, al recurrir a la memoria de éste, se puede notar cómo el territorio que se había concebido como inamovible, cambia continuamente de acuerdo con las formas de apropiación y los usos del mismo; es decir, los sujetos construyen su propia noción de territorio y, por ende, de pueblo.

Relaciones secretas: pueblo y ciudad

Tradicionalmente, la historiografía correspondiente a los pueblos del Distrito Federal los había considerado como espacios aislados de la ciudad de México. En cambio, los estudios a partir de la historia oral nos dan una clara idea de la fuerte relación que los habitantes de los pueblos han tenido con la ciudad pues sus relaciones económicas, culturales y religiosas tenían, y tienen, un fuerte nexo con la capital, lo cual nos lleva a afirmar que no se puede entender a los hombres y mujeres que habitan los pueblos sin su relación con la ciudad, pero también me atrevería a decir que no se puede entender a la ciudad sin los pueblos: ciudad y pueblos tienen una relación tan conflictiva como entrañable.

El concepto de pueblo ha estado ligado, según los estudiosos, a la ruralidad. La historia oral nos ha permitido observar el proceso de desruralización en la experiencia de los pueblos del Distrito Federal. Es decir, podemos ver, a través de la memoria de las personas, cómo las formas y los valores de la ciudad lograron imponerse, ya sea por la llegada de ciudadanos a los pueblos, o por la salida de los pueblerinos hacia la ciudad para trabajar o estudiar, lo cual hemos constatado que es muy importante.

El avance de los valores de la vida urbana entre los habitantes de los pueblos ha llevado a que éstos luchen por conservar, sobre todo, sus formas de decisión comunitaria, con base en asambleas de pueblo, donde sólo tienen voz y voto los "originarios", que se resisten a la plena ciudadanización de sus formas de participación; es decir, a que todos los ciudadanos, sean originarios o no, participen en la toma de decisiones. Lo contradictorio en apariencia es que quieren conservar las asambleas tal como están, pero quieren ser parte de la ciudad y de sus formas de gobierno democrático, donde no hay exclusión de ciudadanos. Quieren la ciudadanía "universal" de pertenencia a la ciudad y la ciudadanía pueblerina que les permite controlar sus territorios.

Las aportaciones de la Historia Oral no sólo nos han llevado a los planteamientos que hemos expuesto, sino a formular nuevas preguntas centradas en el sujeto y en sus referentes culturales, lo que confirma que las historias de vida obtenidas a través de la entrevista de historia oral generan nuevas fuentes para la investigación histórica.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Véase María Berenice Morales Aguilar, "Control estratégico de los recursos ambientales. Los piperos de Magdalena Petlacalco y la distribución de agua potable en Tlalpan, Distrito Federal, México", tesis de licenciatura en Antropología Social, México, ENAH-INAH, 2004. Atenea Xocohuetzin Domínguez Cuevas, "Pobres campesinos y de origen tepaneca: la disputa por la tierra en San Andrés Totoltepec, un pueblo urbano", tesis de licenciatura en Antropología Social, México, ENAH-INAH, 2005. Claudia Álvarez Pérez, "La participación de las mujeres en la organización social, en el pueblo de San Miguel Xicalco, en el periodo de 1950-2008", tesis de maestría en Historia y Etnohistoria, México, ENAH-INAH, 2008. Cinthya Luarte Magdaleno, "De pueblo a colonia. Un proceso de transformación de Chimalcoyótl, México D.F.", tesis de maestría en Historia y Etnohistoria, México, ENAH-INAH, 2010.

[2] Mis alumnas forman parte de este sujeto de estudio y además son representantes de la primera generación de mujeres con estudios universitarios de posgrado. Consúltese Claudia Álvarez Pérez, *op. cit.*

[3] Véase William Raymond, *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001. En particular el primer capítulo, el cual trata sobre la importancia de la vida personal en la delimitación de los temas de investigación.

[4] Iván Gómez César, "La palabra de los antiguos. Territorio y memoria histórica en Milpa Alta", en María Ana Portal Ariosa (coord.), *Vivir la diversidad, identidades y cultura en dos contextos urbanos de México*, México, Conacyt, 2001.

[5] Gerardo Necoechea, " 'Mi mamá me platicó'. Un punto de vista, clase y género en los relatos de mujeres", en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, Buenos Aires, mayo, 2006, pp. 27-60. Philippe Joutard, "Memoria e historia", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 38, 2007.

Tags:

[Del oficio](#)

[investigación](#)

[subjetividad](#)

[memoria](#)

[historia oral](#)

[pueblos](#)

Presentación

ENVIADO POR EL EDITOR EL VIE, 05/09/2014 – 21:35

Los dos ensayos aquí reunidos fueron debatidos en la ciudad de México en 2010, en vísperas de las celebraciones por los 150 años de la unificación de Italia, los 200 de la independencia de México y los 100 de su revolución. Los títulos de los actos oficiales culturalmente relevantes en los dos países sugieren ya una diferencia sustantiva: en Italia fue la exposición *Fare gli Italiani* (*Hacer a los italianos*), montada en unos grandes talleres ferroviarios hasta entonces prácticamente abandonados en el centro de Turín (<http://www.faregliitaliani.it/FareItaliani/mostra.html>), en tanto en la ciudad de México se realizó la exposición *México 200 años: la patria en construcción* en la Galería de Palacio Nacional.

En la primera se expresaban las dudas sobre el presente, en la segunda se elegía celebrar el pasado. En la primera era la alternancia de la construcción y deconstrucción de “los italianos”, sujeto del proyecto de los historiadores Walter Barberis y Giovanni de Luna; en la segunda se marcaba el largo devenir de “la Patria” mexicana, mediante el rescate de este símbolo decimonónico aparentemente neutral frente a la nación y la república. En ambos casos era la dimensión contemporánea la que delineaba la elección de un acercamiento a los procesos de modernización, de construcción del Estado y de los avatares de la nación.

En ambos casos, las finalidades y la estética distinta --expresada en las pasadas celebraciones-- nos obligan nuevamente a interrogarnos, en primer lugar, sobre las profundas diferencias en nuestro pasado. Sólo un ejemplo: en 1961 Italia celebró con orgullo y optimismo no sólo el centenario de su existencia, sino sobre todo su *miracolo economico* con un aumento del PIB record a nivel mundial de 8.3%, y alrededor de 50 millones de habitantes sobre una superficie territorial equivalente al 15% de la de México. En la actualidad, después de medio siglo y un par de décadas de lamentable decadencia, en un entorno de endeblecimientos comunes, es la diversidad, la multiplicidad y la tensión entre culturas lo que según Barberis replantea la *Bisogno di patria* (*necesidad de patria*), título de una de sus obras de 2004. Y agregaríamos nosotros, porque no, un ineludible mestizaje. Si el pasado nos aleja, quizá el futuro nos acerque.

Walter Barberis es docente de Historia Moderna y Metodología de la Investigación Histórica en la Universidad de Turín. Entre Turín y París se formó con Corrado Vivanti, Ruggiero Romano y Jacques Le Goff. Recientemente fue nombrado presidente de la Casa Editrice Einaudi, después de décadas de colaboración. Entre sus obras se encuentran: *Le armi del Principe. La tradizione militare sabauda* (Einaudi, 1988 e 2003) e *Il bisogno di patria* (Einaudi, 2004 e 2010). Es también un incansable editor de valiosas obras entre las cuales destacan: *Storia d'Europa* (Einaudi, 1993); *Il libro del Cortegiano* de Baldesar Castiglione (Einaudi, 1998); *l'Annale della Storia d'Italia 18* (Einaudi, 2002); *Guerra e pace* (Einaudi, 2002) e *I Savoia* (Einaudi, 2007).

Por su parte, Bruno Maida es docente de Historia Contemporánea y de Didáctica de la Historia en la Universidad de Turín. Sus principales investigaciones se han desarrollado sobre las mutaciones de la sociedad a lo largo del fascismo y de la segunda guerra mundial, con particular interés hacia los italianos hebreos y a su persecución. Entre sus obras destacan: *Il futuro spezzato. Il nazismo contro i bambini* (con Lidia Beccaria Rolfi), (Firenze, La Giuntina, 1997); *Il prezzo dello scambio. Commercianti a Torino 1940-1943* (Torino, Scriptorium-Paravia, 1998); *Dal ghetto alla città. Gli ebrei torinesi nel secondo Ottocento* (Torino, Zamorani, 2001); *Prigionieri della memoria. Storia di due stragi della Liberazione* (Milano, Angeli, 2002).

Marco Bellingeri

Universidad de Turín

Tags:

[Expediente H](#)

Tiempos de guerra. Recuerdos colectivos y recuerdos individuales

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 03/26/2014 – 17:50

Walter Barberis*

Italia es un país histórica, geográfica, cultural e institucionalmente dividido. Detrás de una especie de unidad lingüística y religiosa, se caracteriza por la diversidad de sus regiones. De ahí tradicionalmente han madurado sentimientos de pertenencia locales, espíritus de "patria chica", y ha sedimentado una fuerte tendencia a privilegiar el interés privado en detrimento de cualquier forma de interés público.

Después de 1861, tras la unificación, diferentes factores contribuyeron a componer un tejido nacional; fueron factores de agregación, pues favorecieron una integración social y cultural, por ejemplo, entre el sur y el norte del país. Sin embargo, fueron pocas las oportunidades en las que pusieron en movimiento mecanismos de auténtica "comunidad" que favorecieran una "italianización" de los italianos; los fenómenos más relevantes fueron las dos guerras mundiales que tuvieron lugar en el siglo XX. La Primera Guerra Mundial dejó huellas sustancialmente uniformes; la Segunda, y en particular el periodo final --que vio en el centro-norte el desencantamiento de una guerra civil entre fascistas y antifascistas colateral a la guerra de resistencia y liberación--, dejó por el contrario un recuerdo controvertido, alimentado por diferentes miradas y por pertenencias ideológicas contrapuestas, una historiografía de los vencedores y una historiografía de los vencidos.

Los sucesos, por definición, no son procesos. Pueden dar inicio a procesos de duración variable, en ocasiones efímeros, no duraderos, o bien más aparentes que reales. Esta premisa es importante porque los dos sucesos aquí considerados no son exactamente de alta significación política, económica o militar, sino son "tiempos de guerra", es decir momentos de vida que hicieron comunes ciertas experiencias cotidianas. Estas experiencias, aunque correspondientes a una época, se fundan en tradiciones locales muy fuertes, si bien no todas tuvieron el mismo peso ni la misma capacidad para resistir en el tiempo. Su capacidad de "cohesión" fue diferente en el espacio y en el tiempo.

Comencemos con una consideración: las guerras de Resurgimiento, aunque orientadas a la independencia de Italia y por lo tanto presumiblemente favorables a la unidad de los italianos, no fueron capaces de acercar, de unir a los italianos. Estas guerras constituyeron un vector de propaganda nacional; pero, más allá de los campos de batalla, este discurso involucró únicamente a las élites. Por otra parte, los movimientos de insurrección y las organizaciones de voluntarios que llevaron de norte al sur a miles de hombres fueron fenómenos eminentemente minoritarios: no mellaron la profunda actitud conservadora de las clases populares.

Todos los movimientos organizados con el objetivo de alcanzar una unidad nacional --nacidos espontáneamente o promovidos por instituciones estatales-- contribuyeron a la formación y difusión de una sensibilidad al respecto, pero no incidieron profundamente. Las culturas regionales soportaron y en ocasiones incluso acentuaron sus características con episodios de resistencia y de reacción. Los italianos, en el curso del periodo definido como Resurgimiento nacional, no se conocen entre ellos y mucho menos se reconocen como "italianos".

La Primera Guerra Mundial irrumpió como huracán: el lapso de guerra comprendido entre 1915 y 1918 convulsionó la vida y las formas de pensar de los "italianos". Por primera vez, surgió una "guerra ilimitada" que involucró a toda la población y no sólo a los combatientes. Dicha guerra anunció un siglo de experiencias totalizadoras y de gran creatividad destructiva. Los procedimientos del mundo industrial se aplicaron a la guerra, con lo que se inauguró un gigantesco sistema de producción de muerte. A un involucramiento masivo correspondió una muerte masiva. La muerte --producida en cantidades industriales y provocadas por tecnologías de derivación industrial-- niveló los diversos grupos sociales e igualó diferentes lugares. Además, un alto número de combatientes muertos fueron necesariamente civiles: millones de huérfanos, de viudas y otros familiares de caídos, de mutilados y de heridos. Si bien Italia pagó un precio menos elevado que Francia o Alemania, de cualquier forma contabilizó 650 mil muertos, 450 mil inválidos, cinco millones de

desplazados y empleados en las operaciones militares en los varios frentes y retaguardias. Generaciones completas --comprendidas entre 1874 y 1885, entre 1886 y 1895, y sobre todo entre 1896 y 1900-- vistieron en masa el uniforme, con la única excepción de quienes, principalmente en el sur, emigraron para no ir a la guerra.

Y de hecho, uno de los fenómenos más relevantes de la época fue la uniformidad de la experiencia. El desplazamiento, en primer lugar, causó una clara tendencia a la homologación. Cuatro de cada cinco familias italianas tuvieron un hijo enrolado. Por primera vez, pastores de Umbría, campesinos de Véneto y de Sicilia, comerciantes romanos, portuarios genoveses, gente del mar, de la llanura y de la montaña se encontraron juntos en las trincheras del noreste, compartieron el viaje en los trenes militares, el shock del frente, la reclusión, la hospitalización y, en muchísimos casos, el último viaje al cementerio. Por primera vez también, italianos tan diferentes contemplaron los mismos escenarios: las artillerías destructivas, las tecnologías de la electricidad, la reproducción de las voces con altoparlantes y fonógrafos. Vieron las noches iluminadas por los faros y las explosiones, el paisaje que se transformaba bajo los estallidos de los cañones y de las bombas. La guerra es fuente de nuevas imágenes y nuevos sonidos: millones de personas ven cosas nunca antes vistas y escuchan sonidos nunca escuchados. Todos experimentaron y compartieron un trauma cultural, antes que psicológico. La gran transformación/modernización, de dimensiones internacionales, se reflejaba en los frentes internos, sobre todo en Italia, tradicionalmente dividida. Ese trauma cultural se fijó en la memoria colectiva. Aquel momento de gran importancia histórica se convirtió también en punto de partida para miles de pequeñas historias individuales.

Esta modernidad de la guerra trajo consigo elementos de estandarización: la internacionalización del conflicto conllevó una reducción de las diferencias entre un país y otro, un intercambio que hizo comunes diversos elementos materiales y mentales. El mundo campesino, por ejemplo, sufrió un ataque radical y se vio obligado a una confrontación inédita que lo aproximó al mundo urbano e industrial. Esta fue la premisa de un proceso que tendió a la homologación.

La guerra fue un gran fenómeno mediático que involucró a todos los sectores de la población: produjo millones de imágenes --hojas impresas, postales ilustradas, manifiestos murales-- con una amplia circulación. En tanto fenómeno mediático, se propuso a todos el mismo evento narrado y percibido con los mismos códigos de comunicación. La fotografía, y su incipiente fotomontaje, llevaron a todas partes los rostros de los soldados y los lugares donde se hallaban, y al contrario, hicieron llegar a las zonas de guerra las imágenes de casas y familias lejanas. El compartir aquellas imágenes, el gozo colectivo del intercambio de panoramas amplió y reforzó el área común.

Por primera vez Italia fue arrollada por la comunicación masiva: el soldado con el dedo señalando, que invitaba a enrolarse, apareció en millones de manifiestos en los muros de todas las plazas italianas; imagen que, con características variables, se propagó también en otras naciones de "manifestación", tanto en lo que respecta a la estandarización material como a la producción y el control de sentimientos. Una Italia rural, campesina, dominada por la comunicación oral y completamente cerrada en el ámbito local se vio embestida por la serialidad y la penetración de la comunicación masiva. La guerra también fue un fenómeno "publicitario".

La extraordinaria eficacia del cine acompañó estos fenómenos de alucinación masiva. Por primera vez en Italia el cine irrumpió en la vida de las personas, mostrando la guerra también a quienes físicamente estaban lejos y aun a quienes la combatían: modificó su percepción, influenció su opinión, confundió la mirada de la realidad y la mirada de la representación. La imagen que ofreció el cine, oportunamente manipulada por la propaganda, orientó la apreciación, de la guerra homologando la mirada de todos los italianos.

Por primera vez los italianos escribieron, se escribieron y se describieron. Desde el frente hasta los más lejanos pueblos, y viceversa, se intercambiaron millones de postales ilustradas, millones de cartas, notas, información general y personal. La necesidad de escritura fue mayor en las trincheras, en los lugares más cerrados y aislados de los frentes de guerra; de aquí partieron dos mil millones de piezas de los cuatro mil millones trasladados por el correo italiano durante la guerra. No menos importante, las estampillas postales, con una fuerte carga iconográfica innovadora, entraron a formar parte de la vida y del imaginario de los italianos poniendo ante su vista los rostros de la familia real y los símbolos de la nación.

Al terminar la guerra, quedaron decenas de miles de monumentos, una cantidad enorme de recuerdos de piedra que podían encontrarse en cualquier lugar de Italia, casi siempre con los nombres grabados de aquellos que habían perdido la vida "como italianos". Desde entonces, toda plaza y todo cementerio dedicaron un espacio al martirologio: no existe pueblo, por pequeño que sea, que no tenga un monumento en bronce o en granito celebrando la primera muerte masiva "italiana", es decir la primera prueba de unidad nacional.

Los años siguientes serían turbulentos. Violentas luchas sociales sacudirían Italia y el llamado a la revolución socialista alimentaría las esperanzas y los miedos de muchos italianos. Con la guerra, por una parte, se había consolidado una nueva forma de identidad nacional; por otra, había cedido la estructura política e institucional que hasta entonces gobernaba el país. Se derrumbaba así el régimen liberal, y gran parte del bloque social que había constituido la vanguardia política de apoyo a la guerra, la llamada pequeña burguesía, se adhería al fascismo. No es necesario recordar el papel del régimen totalitario fascista en el reforzamiento la identidad nacional. Al mismo tiempo, discriminaba y marginaba a quienes se le oponían. Los grandes cambios antropológicos y culturales causados por la Primera Guerra Mundial fueron absorbidos y neutralizados por una nueva política de masas. Obviamente el fascismo acentuó la propaganda nacionalista, inventó rituales públicos masivos, militarizó a los italianos y los acostumbró a los desfiles, e inclusive dictó un canon arquitectónico para los edificios públicos. El rostro de Italia apareció cada vez más uniforme. Pero el sentimiento común de los italianos se deterioró; la cara violenta del régimen sembró sospechas, miedos y oposiciones. Y cuando el fascismo llegó a la cita con la Segunda Guerra Mundial, el sentimiento más difundido entre los italianos era sobre todo un fuerte deseo de paz.

Tal deseo fue agudizado por los sucesos que marcaron este segundo momento de guerra, muy diferente al precedente. En esta ocasión, el territorio y el pueblo italiano sufrieron una doble ocupación, por los alemanes primero y por los angloamericanos después. El desarrollo de los sucesos contribuyó a determinar una situación contradictoria: algunas experiencias fueron comunes a todos los italianos y fomentaron una memoria colectiva compartida; otras, particularmente después del 8 de septiembre de 1943, dividieron a los italianos del sur con los del norte, a los fascistas de los antifascistas y a todos ellos de la gran masa de quienes prefirieron no enfrentarse y se refugiaron en la defensa de sus intereses privados.

Por lo tanto, para este segundo momento de guerra deberemos observar dos escenarios distintos. El primero nos presenta algunos elementos percibidos como comunes a todos los italianos. Uno de estos elementos, que condicionó la vida, fue el hambre. Con la guerra, los productos de primera necesidad, sobre todo los alimentos, sufrieron un drástico y progresivo aumento de precio, y de hecho tendieron a desaparecer del mercado. Se hizo necesario el racionamiento en todo el territorio nacional. Las estadísticas muestran que en 1942 sólo 2% de los italianos tenía suficiente comida; 14% sufría de escasez, 43% tenía una provisión suficiente y 41% literalmente padecía de hambre. Fenómeno eminentemente urbano, la falta de comida igualó al norte y sur del país. Marcó, en cambio, una línea divisoria entre la ciudad y el campo: el mundo rural, que los procesos de industrialización redujeron a la marginalidad, se recuperaba de su antigua pobreza y con los productos de su economía natural chantajeaba a la sociedad urbana. En el campo daba inicio el mercado negro, es decir el contrabando de los productos agrícolas a precios fuera del mercado; renacía de esta manera una economía de trueque, de intercambio en condiciones absolutamente desfavorables para quienes vivían en las grandes ciudades. El hambre fue un elemento común a muchísimos italianos; pero se relacionó con una extendida desconfianza, cuando no un auténtico rencor hacia el mundo campesino.

En segundo lugar los italianos compartieron el miedo. Una vez más, éste fue sobre todo un fenómeno urbano. Las ciudades fueron el objetivo de los bombardeos con los que, desde 1940, los angloamericanos golpearon a la Italia fascista aliada de la Alemania nazi. En realidad los objetivos industriales y militares involucraron a millones de civiles; miles y miles fueron asesinados, heridos o perdieron su casa. Por lo tanto, el ruido de los bombardeos, el ulular de las sirenas de la artillería antiaérea, las huidas precipitadas y las largas esperas en los refugios subterráneos fueron parte importante de experiencias muy difundidas y de un memoria común duradera. Muchos abandonaron las ciudades, así que también las evacuaciones, es decir la búsqueda de una casa en el campo donde refugiarse, se convirtieron en una experiencia compartida y, en parte, en un elemento de recomposición de la fractura ciudad-campo. Al mismo tiempo, el miedo fue un estímulo para elevar una nueva "petición a la divinidad" e hizo resurgir la necesidad de fe religiosa. La muerte de civiles,

que extendió la guerra fuera de los campos de batalla, volvió a poner en movimiento cultos y ritos propiciatorios; en especial reactivó una fuerte devoción mariana. Por todas partes, la Virgen María fue convocada para realizar trabajo extraordinario: la Virgen de la Consolata en Turín, la Virgen de Pompeya en Nápoles.

Estas dos condiciones, derivadas de la materialidad de la vida cotidiana, se acompañaron de otras dos de carácter inmaterial, por llamarlas de alguna manera, que a su vez influyeron en el imaginario colectivo de manera amplia y uniforme. La primera de estas experiencias generalizadas fue la relación de la gente con la radio, que constituyó más que un medio de comunicación masiva. A despecho de la propaganda oficial, las familias italianas siguieron mediante el radio el desarrollo de la guerra y los movimientos en el frente; se nutrieron con noticias verdaderas y creyeron noticias falsas; se encontraron unidos de pronto por los "rumores" provenientes de la radio. Y también escucharon la voz de quien primero fue un enemigo y después un aliado: Radio Londres se convirtió al poco tiempo en un vehículo de noticias prohibidas y por lo tanto en una fuente de esperanzas prohibidas. Naturalmente, esperanzas de paz. Más aún, con la radio los italianos disfrutaron y se homologaron cantando las mismas canciones, dándose cita para escuchar los mismos programas y las voces de los mismos anunciantes y conductores, que rápidamente se convirtieron en patrimonio cultural de la nación.

La segunda experiencia fue la progresiva americanización de las fantasías de los italianos. Con el cambio de rumbo de la guerra, con la rendición y el retiro lento pero continuado de los ejércitos alemanes frente al avance del ejército encabezado por los norteamericanos, los italianos se asomaron a un "futuro americano". Como ya lo había profetizado Woodrow Wilson, la fuerza del consumo sería mucho mayor que la fuerza de las armas. Y si en Italia la explosión del consumo se desarrollaría al mismo paso que el *boom* industrial en los años cincuenta y sesenta, el *way of life* americano desencadenó su capacidad de atracción precisamente en el curso de la Segunda Guerra Mundial. El modelo de vida americano fue un sueño entonces, pero actuó como un poderoso aglutinante cultural al devenir ampliamente compartido por muchísimos italianos. Música de jazz y cine hollywoodense. Glenn Miller y cigarros de tabaco rubio, eficiencia, tecnología, fuerza, riqueza, sencillez en los modales y pragmatismo en las relaciones-anuncio, comercio y consumo, higiene y electrodomésticos; todo fue imaginado como un anuncio del futuro hacia el cual los italianos se orientaron mucho antes de que la guerra fría nuevamente separara los frentes ideológicos y las opciones políticas individuales y colectivas.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial, si bien fue un espacio y una época de sucesos que dieron inicio a procesos de homologación y a recuerdos ampliamente compartidos; fue también teatro de acontecimientos que trazaron un mapa de profundas diferencias. Experiencias diversas, y después recuerdos, que separaron a los italianos. La variable geografía de la guerra, el avance del frente americano y el retroceso del frente alemán, el segundo régimen fascista en el norte y la progresiva liberación en el sur y el centro, sumados a la guerrilla partisana y a la auténtica guerra civil entre fascistas y antifascistas en el norte, determinaron una fragmentación de las experiencias de la cual los italianos todavía no se recuperaban completamente.

A lo largo de la línea de un disímil calendario de sucesos de la guerra, se constituyeron tres áreas socioculturales que vivieron y vieron con ojos y sentimientos diferentes, y desde lugares diferentes, los mismos hechos. La primera área está constituida por quienes fueron y permanecieron fascistas. Silenciosos y militarmente neutralizados en las zonas donde avanzaron y se fortalecieron los ejércitos angloamericanos; agresivos y capaces de feroces delitos en contra de los rebeldes partisanos y de los civiles sospechosos de protegerlos, en las zonas donde los alemanes resistieron por más tiempo y permitieron la supervivencia formal de la llamada República Social Italiana. Éstos perdieron la batalla: fueron "los vencidos". A la segunda área pertenecen aquellos que fueron antifascistas durante el fascismo o se volvieron antifascistas a lo largo de la guerra; entre éstos había quienes se opusieron pasivamente y quienes se incorporaron a la lucha armada clandestina. Entre estos últimos se encontraban personas de diferente orientación: republicanos, monárquicos, católicos, activistas, socialistas y comunistas; individuos de grupos sociales heterogéneos: obreros, campesinos y profesionistas burgueses, profesores y estudiantes, gente de la ciudad, del campo y de la montaña. En el plano político, el componente comunista fue sin duda el mayoritario entre los combatientes e impregnó a la Resistencia de un sentimiento revolucionario de tendencia soviética. Éstos ganaron la batalla: fueron "los vencedores". El tercer componente, por mucho el más numeroso, lo constituyeron quienes se abstuvieron de tomar una posición cuando el fascismo entró en crisis y se refugiaron en la defensa de su propio espacio y de sus intereses particulares. Esta

"zona gris" se constituyó oficialmente como una enorme crujía entre los dos contendientes en lucha; pero de hecho siempre simpatizó con el restablecimiento de un orden tradicional, fundado en la falta de compromiso y en la indiferencia. No participaron en la batalla, pero resultaron del bloque social y cultural predominante en la posguerra.

Cada uno de los tres grupos "escribió su historia" de la Segunda Guerra, y en particular se conoció la historia de la Resistencia y de la Liberación del nazi-fascismo, en caliente, durante los años inmediatos a la guerra, se afirmó la versión de los "vencedores". Con el tiempo, el bloque moderado y no comprometido promovería, junto con los "vencidos", una operación revisionista, que todavía está en curso hoy en Italia. Esta nueva historia no sostiene abiertamente las razones de quienes fueron fascistas, pero reivindica orgullosamente el derecho de distinguirse de aquel antifascismo que fue, se dice, hegemonizado por los comunistas.

Los estudiosos, desde luego, aportaron nuevas contribuciones para comprender esos momentos de profunda fractura del tejido nacional. Pero la cuestión, como es obvio, no es historiográfica; antes bien, la tendencia deslegitimadora iniciada con la Liberación el 25 de abril de 1945, fecha fundadora de la nueva vida democrática italiana, es una cuestión esencialmente política y trae nuevamente a discusión incluso las fechas --es decir el comienzo-- que sucesivamente dieron a Italia un régimen republicano (2 de junio de 1946) y una Constitución democrática (27 de diciembre de 1947). Pero esta es materia de un debate político. Entonces como hoy, los temas del antifascismo y del anticomunismo se presentaron para un uso público de la historia.

Regresando al terreno exclusivamente historiográfico, puede tener algún significado reflexionar en torno al papel y a los recuerdos de los voluntarios en las guerras italianas entre los siglos XIX y XX. Éstos formaron parte de agrupamientos independientes, desligados de cualquier relación jerárquica con ejércitos del Estado. En la guerra de 1859, los voluntarios que se enrolaron en las tropas regulares piamontesas constituyeron 13% de los efectivos, aproximadamente 20 mil hombres. Pero se calcula que los voluntarios participantes en la campaña contra Austria fueron en total alrededor de 50 mil. Por lo tanto muchos formaron grupos de combate irregulares, de importancia numérica aunque difícil de evaluar desde el punto de vista de la eficacia militar. Más fácil, en cambio, es identificar algunas de sus características, tanto en lo que atañe a la generación a la que pertenecen como a su singularidad cultural y política: todos eran hombre jóvenes o muy jóvenes orientados en sentido republicano y democrático.

Eran 1162 los voluntarios que partían en 1860 de las costas del norte y a la vez de Sicilia: los garibaldinos o "camisas rojas". Poco a poco el número crecería en el curso de las acciones. Fueron aquellos hombres, siguiendo a una figura ciertamente excéntrica como Giuseppe Garibaldi, quienes condicionaron los movimientos de la dinastía de los Saboya y de Cavour. Vistos desde Turín, capital del reino de Cerdeña, los "camisas rojas" asemejaban más bien una cuerda de reos que patriotas con quienes compartir el sueño de la unificación nacional. Con todo, tuvieron un peso determinante en el desarrollo de los eventos que llevaron a la unidad de Italia. Pero si bien Garibaldi figuraría entre los padres de la patria, en el panteón de los héroes nacionales, no fueron éstos los que protagonizaron el Resurgimiento italiano. La Italia unida fue monárquica; la dinastía reinante era la de los Saboya. Así pues, los protagonistas fueron un rey, Vittorio Emanuele II, y un gran estadista, Camilo Cavour, quien supo tejer las tramas internas e internacionales necesarias para llevar a buen fin el proceso de unificación nacional. Los garibaldinos se convirtieron en un mito, un emblema, el eco de un romanticismo típico de todas las utopías; pero su papel devino accesorio, como el de los actores secundarios respecto a los protagonistas, que fueron los guardias reales y los soldados de infantería de los ejércitos sardo-piamonteses. La literatura, mucho más poderosa que la historia para difundir los estereotipos destinados a enraizarse en el imaginario colectivo, desde Edmondo De Amicis a Giosué Carducci, atribuiría a la dinastía saboyana el mérito político y militar de la unificación nacional.

No fue una casualidad que los comunistas que animaron la lucha armada contra los fascistas y los nazis, después del 8 de septiembre de 1943, encuadraran a sus hombres en las Brigadas Garibaldi. La referencia de las "camisas rojas" era evidente. Pero la bandera roja había cambiado su sentido simbólico, representando ya no un movimiento protosocialista ni el lejano eco del gorro frigio de la Revolución Francesa, sino el horizonte soviético de la Tercera Internacional. También los comunistas sumaron algunas decenas de miles de hombres. Fueron actores de una resistencia de gran vistosidad, un fenómeno casi único en Europa por sus dimensiones y características político-militares. Liberaron a las grandes ciudades del norte, dirigieron los días de la insurrección, dejaron en el campo la mayoría de caídos,

eliminaron a Mussolini y a sus últimos camaradas. La literatura italiana de los años cincuenta no tuvo dificultades para retratarlos favorablemente, junto a otros protagonistas de la resistencia. Pero el uso retórico que dio el Partido Comunista al recuerdo de aquella época y la consolidación política y cultural de una mayoría moderada se conjugaron para transformar, primero en indiferencia y después en fastidio, el recuerdo de la Resistencia y en particular el de los últimos garibaldinos. Una vez más, el papel de los voluntarios que arriesgaron la vida por una causa de interés general --la reconquista de la democracia-- quedó supeditado al servicio del país, que con los años se convertiría en el único vencedor de la Segunda Guerra Mundial y de todas las grandes batallas del siglo XX: Estados Unidos. El final de la guerra fría y la caída del muro de Berlín reforzarían esta imagen también en Europa oriental.

Hoy podemos decir que en Italia un vigoroso retorno a los recuerdos individuales, a las miradas personales, sobrepasó a la lección compleja y en ocasiones contradictoria de la historia. Una vez más, la dimensión "privada" parece haber superado a la "pública", y el "recuerdo compartido", apaciguado, no es sino la última edición de un recuerdo sin historia. Por fortuna, la literatura de los grandes del siglo XX italiano, de Calvino a Fenoglio, continúa narrando con inalterable frescura y eficacia la historia de Resistencia y de sus muchos protagonistas.

*Universidad de Turín.

Tags:

[Expediente H](#)

[identidad](#)

[nación](#)

[experiencia](#)

[guerras](#)

[medios masivos](#)

De la ética de la producción a la ética del consumo

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 03/26/2014 – 17:25

Bruno Maida^{†*}

Prólogo

La noche del 4 de abril de 1863 se presentó en escena por primera vez, en el teatro Alfieri de Turín, la comedia de Vittorio Bersezio *Le Miserie di Monssù Travet*, historia del empleado público Ignazio Travet que aspiraba a encarnar los valores del funcionario fiel de la Italia de los Saboya (sobriedad, decoro, moderación) pero que se enfrentaba al emerger de un mundo, el del desarrollo capitalista y del crecimiento de las clases medias artesanales y comerciales, frente al cual el pequeño burócrata no pudo más que rendirse: su hija, al final de la comedia, se casó con un panadero y Travet abandonó su trabajo seguro para asociarse con un comerciante. Símbolo de una ambigüedad más que de un declive, el empleado público de Bersezio era el espejo de las angustias y contrariedades de una pequeña burguesía humanista que se movía sin dificultades entre las glorias del pasado y el duro realismo que se anunciaba. El personaje de Travet era al mismo tiempo la representación de las virtudes civiles de la Italia liberal (el deber público y el privado, la familia, el trabajo, el decoro y la dignidad) y las de una crisis y de una transformación que no incumbía solo a la burocracia y a los empleados sino a los italianos en su totalidad.

Por lo tanto a principios de la unificación italiana, la parábola del empleado del Estado saboyano parecía anunciar y preparar el recorrido de una identidad compleja, el de una "nación difícil" que, al nacer en el Resurgimiento, se basaba en una estructura socio-económica fragmentada y en una clase dirigente no orgánicas que se unieron para definir un mundo mezclado donde la fuerza de un acontecimiento victorioso, como el haber alcanzado la Unidad, se combinaba con elementos de precariedad y debilidad históricos y actuales. Ya sea que se tratara de una trayectoria incierta o bien de una "curva ondulada de cómo los italianos se sintieron una nación" (Norberto Galasso), de cualquier forma fue un recorrido más complejo que la simple idea de una eterna dualidad, de un vicio de origen o de un imperativo histórico que nos redimiera del hecho de que --como recita nuestro himno nacional y con palabras semejantes también el manzoniano coro del *Adelchi*-- "desde hace siglos somos / pisoteados, escarnecidos / porque no somos un pueblo / porque estamos divididos". Tal vez ante fracturas tan netas, para indagar la ética nacional resulta más útil la categoría del "nosotros divididos" (Remo Bodei), entendido no como símbolo de una laceración caracterizada de la identidad italiana sino como un instrumento "visual" y directivo --extraído de la pintura divisionista-- para captar las fracturas, las divisiones, las contradicciones de esa construcción específica de identidad que parcialmente compartía, por así decirlo, características universales (es decir, participantes en todas las construcciones nacionales) y partes específicas de nuestro país. Si salimos de los estereotipos --que como siempre contienen algo de verdad-- el ethos de un pueblo no se presenta como un conjunto compacto y homogéneo: el conjunto de las éticas parciales (las referentes al estado, a la iglesia, al trabajo, a la familia, etcétera) componían en realidad un cuadro estratificado, en perenne tensión y sobreposición, en algunas ocasiones en conflicto y en otras en competencia, otras más uniforme.

Una ética de la producción sin bienes de consumo

La incierta trayectoria de Ignazio Travet durante la búsqueda de su identidad y de su ciudadanía aludía a muchas de estas éticas parciales, pero sobre todo a las del trabajo y del consumo. Pero para comprender esa trayectoria en su evolución, es necesario contar con algunos rasgos de ese trabajo inicial como empleado, que durante la segunda mitad del siglo XIX se pudo definir socialmente e identificó en su conjunto, a una minoría de los trabajadores: de hecho en 1881 existían 400 mil encargados de la administración pública de los cuales 175 mil eran empleados públicos, a los que se agregaban 565 mil encargados del comercio, 380 mil encargados de los transportes y 350 mil trabajadores dependientes de los servicios de hostelería y domésticos (estos últimos constituyen la mayor parte). En su conjunto y al momento posterior a la Unidad Italiana, el sector terciario ocupaba aproximadamente 12% de la población activa, un porcentaje bajo pero que correspondía al grado de desarrollo del país. Es más, si se observaban estos datos con más detenimiento la impresión de un retraso sustancial del país era aún mayor. Ejemplar, bajo esta perspectiva, era el caso de los comerciantes al menudeo, que actuaban dentro de una economía caracterizada por una agricultura retrasada y con todas las características del subdesarrollo. Un hipertrófico comercio al menudeo, pobre y fragmentado, se unía a la persistente dificultad de circulación de las mercancías, dictada por un sistema de comunicaciones viejo y además limitado a una dimensión local o regional. Era la imagen de un mundo todavía en su mayor parte rural, donde dominaba el autoconsumo y la escasa circulación monetaria, que a las limitadas capacidades de compra agregaba la ausencia de sistemas de almacenaje y distribución capaces de garantizar intercambios continuos.

Durante el periodo de 1881 a 1901 el número de los comerciantes pasó de 436 a 488 mil, en línea con el crecimiento de la población activa. Sin embargo, más de la mitad del aumento se debía al sector alimenticio, pero aún más significativo fue el crecimiento de los ambulantes que, durante el mismo periodo más que se duplicó, de 35 mil a 72 mil en un sector en el cual el número de los encargados correspondía casi automáticamente al de la actividad. Pero en su conjunto el número de encargados por actividad no alcanzó, en el comercio, al número promedio de dos; es decir, por cada negocio se contaba al propietario y en ocasiones a un empleado que en la mayor parte de los casos era un familiar. Durante el mismo periodo, los servicios aumentaron en conjunto hasta llegar a casi 18% de la población activa. De cualquier forma fue un crecimiento semejante al del sector de la producción que pasó de 18 a 23% de la producción activa. Su composición interna mostraba un muy frágil sector de trabajadores industriales de fábrica, con una muy fuerte presencia de obreros textiles (acompañado por una escasa utilización de máquinas y por un consistente trabajo doméstico). Las pocas instalaciones metalúrgicas modernas lentamente se volvían competitivas con un sector artesano que en 1881 representaba 16% de la población activa. La separación entre artesanos y obreros no era clara ni obvia, sino que la sobreposición entre trabajo campesino, obrero y artesanal era fácilmente localizable en las zonas rurales que todavía constituían gran parte de los lugares donde los italianos vivían y trabajaban. Por otra parte los trabajadores agrícolas en 1861 representaban 70% de la población activa, un porcentaje muy alto que en el mundo occidental no tenía punto de comparación. Veinte años después bajó sólo a 65%, llegando por debajo de 60% a principios de siglo. Por lo tanto el desarrollo manufacturero fue acompañado por la formación de un nuevo y muy desigual proletariado para el cual la palabra

"obrero" reflejaba la característica específica del desarrollo económico italiano, donde la producción de tipo artesanal o semi-artesanal, con una fuerte presencia del trabajo doméstico, continuaba dominando. En la categoría de los obreros se encontraban los oficiales de las viejas y nuevas industrias al lado de grupos recientemente formados como los ferroviarios o sectores artesanales donde aún quedaba pendiente su pertenencia a la nueva categoría obrera, a causa de las características dimensionales y productivas de la pequeña y micro empresa, como por ejemplo en gran parte del sector del vestido. Trabajadores y empresarios podían pertenecer al mismo arte y compartir el mismo oficio, pero cada vez más la separación entre dirección y manualidad entraba en contradicción con relación al respeto de los roles, las identidades y la colocación social.

La situación de los hábitos de consumo era un espejo todavía más evidente sobre el retraso del país y de los ritmos lentos de desarrollo. En el periodo liberal Italia conoció un sustancial estancamiento de los consumos individuales --que en algunas áreas y ciudades fue un verdadero desplome, por ejemplo en el caso de Nápoles-- mientras que los bienes de consumo totales crecían en línea con el aumento de la población. Fue solo al inicio del nuevo siglo cuando creció más el consumo, que en parte la Primera Guerra Mundial desaceleró y que sólo se recuperó hasta finales de la década de 1920. Aun así, durante la segunda mitad del siglo XX Italia era un país alimentado con cereales, legumbres, castañas y vino. Pocos elementos más se agregaban a una dieta en la cual las proteínas eran sustancialmente vegetales.

En los cincuenta años que transcurrieron de la Unidad a la Primera Guerra Mundial, las variaciones en términos de calorías promedio fueron totalmente irrelevantes y su límite en conjunto fue tal que hizo caer en el hambre a amplios sectores de la población en los momentos más difíciles, como sucedió en la crisis agraria. En 1880 Italia registró el consumo anual de carne más bajo: 11 kg en promedio contra 47 de la Gran Bretaña e Irlanda, 31 de Francia, 18.8 de Suecia, 18.2 de Prusia y 14.6 de España. El consumo de trigo en Italia, durante el mismo periodo, representó sólo la mitad del indicado para una buena alimentación y en las décadas sucesivas disminuyó obligando a elegir cereales de menor calidad nutritiva. La alimentación tenía una fuerte connotación social y solo en la mesa de los ricos se podía encontrar el pan de trigo y la pasta, así como la carne y el vino, mientras que en las familias más pobres la costumbre era consumir bellotas, mijo, cebada, centeno, polenta, legumbres, papas y castañas. Durante el periodo giolittiano se presentó un aumento muy relativo de los bienes de consumo (sobre todo de trigo y vino), relacionado con el aumento de los salarios y de la productividad en el sector agrícola, el aumento de las importaciones y el peso de las remesas de los emigrantes en especial. Los cambios sucedían sobre todo en las ciudades mientras que en el campo las condiciones continuaban siendo las mismas de los siglos precedentes. Aquí --donde los porcentajes de autoconsumo eran muy altos y donde vivía y trabajaba aproximadamente la mitad de la población italiana-- según una encuesta del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio de 1882 el peso de los consumos alimenticios fue de 93%, y con frecuencia no lograba alcanzar una alimentación que permitiera la subsistencia.

El despliegue incierto de las virtudes del trabajo

Fue durante las últimas décadas del siglo XIX cuando el trabajo industrial empezó a ser mostrado como un valor, y se asumía como tal sobre todo por los trabajadores más expertos, quienes tenían alguna experiencia y tradición artesanal. La puntualidad y la precisión empezaron a ser parte de la "normalidad" de la jornada laboral. Pero en un país que justo en esa fase histórica conocía los lentos ritmos y las contradicciones de un desarrollo en el que la primera y segunda revolución industrial coincidían, podemos plantearnos si la ética del trabajo representaba un valor, un factor de cohesión ideológica, inclusive un proyecto o un principio de organización para la naciente burguesía industrial o bien, por el contrario, un valor social general que sobre todo era útil para conservar y reproducir los equilibrios sociales al interior de una estructura económica y de un estado débiles.

Una respuesta tajante parece en sí misma ideológica. Es cierto que entre las primeras generaciones de emprendedores se afirmaba el rol estabilizador propio de la religión y del sistema de valores morales/moralistas que regulaban los comportamientos a través de la tensión filantrópica-paternalista. La lucha contra el ocio y la promoción de la asistencia entendida como caridad tenían un fuerte ascendente entre las clases campesinas y entre la reciente emigración urbana y fueron utilizados como instrumentos de una lucha contra el pauperismo, cuyo objetivo, sin embargo, era controlar a las clases peligrosas y mantener el *statu quo* social y económico. En suma, el trabajo aparecía como una virtud que permitía la emancipación moral y la integración en el nuevo Estado; el reflejo, en vez de la crítica, de las, "magníficas suertes y progresos" de un país y de una clase dirigente que raramente se consideraba en términos liberales y anglosajones como constructora de su propio destino sino, en todo caso, como portadora de una "primacía" que de alguna manera debía realizarse.

Hay algo más, naturalmente, y está representado por quienes interpretaban la nación como síntesis viva de las fuerzas productivas sociales, y que proponían una estrecha relación entre el desarrollo económico y la unificación política. Para Leone Carpi --diputado, periodista y profundo analista de la Italia postunitaria-- "el activismo y el laborismo ascienden en Italia al nivel de pedagogía nacional". O mejor aún, fueron los lineamientos de esa batalla directa los que "impusieron la reforma intelectual y moral de toda la sociedad" (Silvio Lanaro). En ese recorrido, la riqueza ya no es un instrumento de afirmación de una determinada *humanitas* sino un valor en sí misma, el mismo consumo se asume como objetivo del progreso, como valor en sí mismo: "El pueblo ama la libertad política y las instituciones liberales --escribe Carpi-- por la ventajas que de ella obtiene, por las que espera y por las que gradualmente obtiene: para él todo es cuestión de bienestar material." Pero para alcanzar dicho bienestar debía existir una Italia que trabajara y rechazara el "dulce ocio" que, en opinión de Carpi, se relacionaba con el sentir de dos terceras partes de los italianos a los que también correspondía un "amargo ocio", el de los que no encontraban trabajo y lo querían tener. De tal forma se acusa a la "aristocracia del dinero" que acumulaba sin invertir, ociosa e inútil a la que se debería contraponer una nueva clase dirigente formada por financieros-empresarios. El objetivo conjunto era un nuevo modelo de "democracia industrial" en la que el trabajo constituyera su fundamentación y único, real, agente de cambio de la sociedad.

Si bien es cierto que la Italia a la que se refería Carpi estaba muy lejos de formas de bienestar, con excepción de las elitistas, también es cierto que otro modelo de empresario se estaba afirmando lentamente, una aristocracia sobre todo en el sector de la lana y el algodón, que estudiaba y viajaba, consideraba la industrialización como progreso, veía en la religión el instrumento para limitar las tensiones y la brújula de la relación entre economía y ética, y finalmente consideraban una posible colaboración entre empresarios y obreros para el bien común. Fue una lectura nacional-corporativista que contó con una notable fortuna en la idea del desarrollo, del trabajo y de la afirmación de la nación entre las dos guerras. Pero de manera masiva se afirmaba una ética densa del ruralismo y del catolicismo, en la cual el trabajo era ante todo un deber moral, sacrificio y obediencia. De esa mezcla surgió un pragmatismo impregnado de valores morales, una traducción italiana del "ayúdate a ti mismo" (*selfhelp*) entendido como "imperio de la voluntad", y que se tradujo en una ética del éxito cuya base fue el productivismo. Los mismos títulos de mucha literatura, de intención moral y pedagógica, que aparecieron en esa época en Italia lo demuestran claramente: *Chi si aiuta Dio l'aiuta* (que traduce el *Selfhelp* de Samuel Smiles), *Considerazioni sull'ottenibile prosperità dell'Italia in sette letture ad istruzione del popolo* de Alessandro Rossi, *Volere é potere* de Michele Lessona, *Dell'ozio* de Carlo Lozzi, *Lavora non disperarti* de Thomas Carlyle (que se tradujo en una serie de fragmentos seleccionados), *Religione e lavoro* de Giacomo Zanella.

De manera paralela dos clásicos de la literatura infantil, *Cuore* de De Amicis y *Pinocchio* de Collodi, aunque veían hacia dos realidades muy diferentes (la Turín burguesa y la Toscana rural), advirtieron en el esfuerzo, la laboriosidad y su posible afirmación, el rescate y la integración social los elementos fundamentales de la nueva sociedad italiana. *Cuore* apareció en 1886. Si su principio pedagógico fue la efusión sentimental y su estructura coercitiva la sociedad bien ordenada y pacífica, el valor ético claro es la santidad del trabajo, como deber que en sí mismo es ya el premio (Scaraffia-Tobia). El estudio arduo era el instrumento esencial en la formación del carácter y lugar primario de identidad, como se mostraba en el trágico episodio de Robetti, quien salvaba a un compañero más pequeño pero caía bajo las ruedas de un carruaje y, aun gravemente herido, de inmediato pensó en su cuaderno, "símbolo sagrado y luminoso" de su ética. También el trabajo era una forma de redención, como en la historia de Precossi, hijo del herrero. Golpeado y humillado por su padre ebrio y holgazán, su empeño en el estudio lo hizo merecedor de una medalla y la premiación se convirtió en un momento en el que el padre, reencontrará el respeto a través de una nueva vida de trabajo y laboriosidad.

Por otra parte, no menos moderado y conservador aparecía --aún en sus aberturas-- el mundo que emergió del análisis de los estudiosos que se reconocían en una compleja matriz positivista y que atribuía al trabajo un valor progresivo y emancipador, pero siempre dentro del modelo social y político dominante. O bien el pensamiento católico, enmarcado sobre todo por la encíclica *Rerum Novarum* la cual subordinaba al trabajo a una ética superior e instrumentalmente funcional para la mediación social, en una lectura corporativa e interclassista, que excluyendo la dimensión vocacional y protestante del trabajo, se colocaba en un terreno de encuentro entre la propiedad y la reivindicación de su papel innovador y mediador (y al mismo tiempo ríguosamente conservador) que no por casualidad acercaría con particular interés el mundo de los campesinos al de las clases medias. Pero también era, en el marco del pensamiento católico, trabajo como esfuerzo, condena y rescate a la vez; ese trabajo que sigue el ritmo lento e inexorable del mundo campesino.

Pero si para los hombres la transición de los campos a las fábricas era una realidad, para las mujeres la cuestión aparecía parcialmente diferente. En 1849 en su cuento *La Nunziata*, el escritor Giulio Carcano pudo hablar de las mujeres obreras como víctimas del "demonio de la industrialización", destinadas a una degradación moral y material a la cual debía de contraponerse el modelo de la mujer campesina, sólidamente radicada en los valores religiosos y domésticos, la renovada Lucia manzoniana y eterna Penélope del campo. Cincuenta años después parecía cada vez menos posible contemplar ese mundo excluido de la visión del espacio de la fábrica --ya sea grande o pequeña-- y del espacio público del trabajo sin considerar la presencia de las mujeres. A pesar de que la opinión pública, no sólo masculina, continuaría preguntándose cómo conciliar, sin romper el equilibrio social y familiar, las virtudes civiles de la abnegación y del sacrificio femenino con las necesidades de sobrevivencia de las familias obreras.

De la ética del trabajo a la cultura del trabajo

Durante la transición entre el siglo XIX y el XX maduró el paso de una concepción de "moral del trabajo", inmersa en el acelerado desarrollo económico y la afirmación de una nueva clase dirigente industrial y de un proletariado de fábrica. Según las estadísticas, las encuestas y las comisiones parlamentarias, a la difundida necesidad de conocer el mundo laboral se sumaba la consideración de que podía ser un elemento de dignidad y promoción social, uniendo así cambio y conservación, al menos al interior de una lectura ya sea cristiana o socialista, que identificaba su valor como mediador social, y un significado de justicia y equidad. Pero en todo caso esto significaba que el trabajo se convertía en una fuente de legitimación social, económica e incluso política. Las clases productivas (industrial y proletaria) adquirirían el derecho/deber de guiar al país.

En efecto, el viraje de la política giolittiana y la rápida industrialización italiana constituyeron un punto de referencia obligado inclusive bajo la perspectiva de la idea y de la ética de la producción y del trabajo. Durante dicha fase se afirmó un tipo de empresario (Falck, Olivetti, Agnelli), que a través de su formación universitaria, y un enfoque científico y tecnológico, se inclinaron a valorar una ética productiva, a evaluar su propia aceptación con base a su contribución con el progreso económico-social, a reconocer, dentro de ciertos límites, que el conflicto de intereses es connatural a la sociedad industrial (Musso). Fue el inicio de una "democracia industrial", un lento proceso de acercamiento y del potencial gobierno de los intereses del mundo del trabajo, el fenómeno que durante la primera postguerra, tuvo su fase de mayor intensidad y cuya ruina contribuyó a abrir las puertas al fascismo y a un modelo alternativo y autoritario. Que dicho periodo no fue, además, sólo un panorama de la parte más avanzada del empresario italiano lo mencionó en el análisis de la "Rivoluzione Liberale" su director Piero Gobetti y muchos de sus colaboradores, una revista que no sólo representó una de las voces más lúcidas del antifascismo sino que, en el tema aquí desarrollado, quiso representar la intersección entre la clase obrera y la clase empresarial: subrayaba la necesidad de encarnar los valores y los contenidos de la burguesía liberal y europea que reconocía en el trabajo un valor de emancipación, integración y fundación de una nueva forma de democracia industrial.

Pero no fue precisamente ese proyecto el que se afirmó, por el contrario el conflicto social con frecuencia se polarizó hacia otras vertientes. Pocos días antes de la marcha sobre Roma, y cuando existía la percepción de que las clases medias contaban con condiciones de vida y un estatus social alcanzado ya por los obreros en la Italia de la postguerra, uno de los más conocidos colaboradores de la "Rivoluzione Liberale", Giovanni Ansaldo, asistió como cronista a un tribunal por una pequeña causa por robo, donde el acusado era un obrero mecánico. Después de las declaraciones y el interrogatorio del Ministerio Público, el juez se dirigió al acusado: "Entonces, en la época del robo, ¿cuál era su salario?", y el obrero le contestó que su salario era de cuarenta liras: "Cuarenta liras", replica el juez ácido. "Cuarenta liras... ¡Más que yo!". Y dirigiéndose al Ministerio Público, amargamente: "Más que usted". De esta manera el acusado recibió la pena más alta mientras que el cronista imaginaba los comentarios de quien se reconocía en la amarga reflexión del juez: los obreros podían comprarle a sus esposas las medias de seda, compraban sin problemas frutas y flores, en suma un acto de acusación que se condensaba en la frase "ganaba más que yo". El resultado, transferido a un plano más general, sólo pudo ser, en opinión de Ansaldo, una profunda hostilidad hacia la clase obrera que sería una de las principales causas de las simpatías de las clases medias urbanas por el fascismo. Pero su análisis fue más allá y no condujo esa aversión hacia un indiferenciado "odio de clase" porque, con toda la buena voluntad, definir como una "clase" a la burguesía italiana le parecía un exceso.

La cuestión de las clases medias fue decisiva pues identificaba, en relación con el fascismo, una de las características más específicas de esa "autobiografía de la nación" que el movimiento mussoliniano representó y que a su vez en forma natural se reflejó en toda la historia precedente. En el escenario de la primer postguerra, la cuestión de las clases medias y su protagonismo fue un asunto primario que ahondó sus raíces en los procesos de expansión y ascenso social que entre finales del siglo XIX y la postguerra conocieron la sociedad y la economía italiana en términos de industrialización y de modernización, a lo largo de la línea de un cambio conjunto. El crecimiento cuantitativo de las clases medias (propietarios de tierras, comerciantes, artesanos o empleados) fue acompañado de una movilidad social hacia arriba e intergeneracional, en particular a través de una extendida escolarización, con la consecuencia de un aumento progresivo de quienes obtenían el certificado y el título profesional que, al no encontrar un mercado de trabajo capaz de integrarlos ofreciéndoles conjuntamente gratificaciones económicas y retóricas, los llevó a moverse y a buscar soluciones capaces de satisfacer su necesidad de ascenso. Sin embargo, a esas transformaciones no correspondió un proceso análogo de integración política porque el Estado liberal no fue capaz de promover una adhesión genérica al sistema de valores liberales ni de activar la participación política de esos grupos.

Las clases medias alimentaron por el contrario a las clases dirigentes de los partidos católicos, socialistas y sobre todo a la galaxia de los movimientos contestatarios al Estado liberal en sus diferentes articulaciones, formándose a la sombra de una desilusión y de una intolerancia frente a un clima que consideraban cerrado y anti-heroico. La Primera Guerra Mundial fue una maestra y una oportunidad de protagonismo bajo esa perspectiva, de la cual el belicismo y el patriotismo fueron dos extraordinarios motores pero también eran los criterios para determinar quién debería encarnar aquellos valores (precisamente las clases que aspiran a convertirse en parte de ese mundo) y quién en cambio, según el horizonte ideal, sólo aprovechó el conflicto para hacer negocios o para obtener algunas ventajas en su posición (como los industriales y los obreros). Pero si esa distinción todavía no se configuraba con claridad en términos de clase, ni tuvo las características de una propensión natural hacia la reacción (que tomara o no los rasgos del fascismo), fue, sin embargo, muy útil para entender cómo el fascismo pudo encontrar entre las clases medias a los mayores partidos del proyecto corporativo.

El fascismo recompensó ampliamente el apoyo de las clases medias a través de una notable expansión del empleo público. Entre 1921 y 1936 los empleados públicos aumentaron de 490 000 a 650 000 pero vale la pena anotar cómo los empleados privados vivieron un aumento aún más consistente (de 160 000 a 340 000), signo de un desarrollo de la gran industria, de su racionalización, su burocratización, y de la creación de servicios y redes comerciales. Si el crecimiento de dichos sectores también fue el reflejo de un desarrollo cuantitativo y cualitativo del Estado y de la industria (entre las dos guerras, por ejemplo, las industrias mecánicas superaron en número a las textiles), también era signo de un complejo desequilibrio del mercado laboral en Italia, la imposibilidad de la gran empresa para absorber una mano de obra excesiva que produjo tanto un notable crecimiento de la microempresa (la artesanía se posicionó en un porcentaje de 6% de la población activa, estabilizándose por primera vez después de un declive de la industria doméstica), como una función de "esponja" por parte de los campos y de los sectores considerados "improductivos" como el comercio. Este último tal vez muestra los datos más significativos. En la totalidad del sector comercial los encargados pasaron de 1 139 000 de 1921 a 1 630 000 en 1936 pero las variaciones más significativas se relacionaban con los pequeños comerciantes minoristas para los cuales se contaron 611 000 en 1921 y 978 000 en 1936. Esto se acompañó con un excepcional aumento de los ambulantes que durante el mismo periodo pasaron de 47 000 a 226 000 empleados del sector. Fueron procesos fuertemente condicionados por la crisis económica, pero también por fenómenos típicos de Italia entre las dos guerras como el bloqueo de la emigración hacia el extranjero, el crecimiento de las diferencias regionales, la consistente disminución de la mano de obra femenina en el sector industrial (también debido a la crisis del sector textil), la decisión de utilizar a sectores económico-sociales --los comerciantes en primer lugar-- como elementos de estabilización social, a través de un mecanismo de marginalidad garantizada. En su conjunto entre 1921 y 1936 los activos en la agricultura disminuyeron sólo de 51.7 a 49.4%, los servicios aumentaron de 22 a 23.3%, la industria de 26.3 a 27.3%. En suma, el panorama de la población activa --a pesar de algunas transformaciones relevantes del sistema económico en términos de dimensión y de modernización-- entre las dos guerras sustancialmente permaneció estable.

Los bienes de consumo demostraban con mayor evidencia los elementos de retraso del mercado italiano --entre los muchos datos es suficiente recordar que todavía durante la década de 1930 la cuota de autoconsumo se podía calcular en alrededor de 30%-- si bien algunos aspectos parecen modificarse hacia una dirección positiva. Durante los años de la década de 1920, por ejemplo, los bienes de consumo privados totales aumentan 18% a medida que se ampliaba el espacio para los bienes de consumo secundarios y terciarios, por lo tanto también para una mayor comercialización de los productos (pero debe de recordarse que los gastos para la alimentación continuaban constituyendo en gran medida la mayor parte del gasto de los italianos). En los años treinta la tendencia de los bienes de consumo se volvió estacionaria, con caídas significativas, primero influenciadas por la crisis, posteriormente por la política autárquica y bélica del régimen. Estos datos por sí mismos claramente insuficientes, sin embargo eran indicadores de una política fascista específica en la distribución de los recursos. Sugieren que después de la prosperidad de la década de los veinte --fuertemente influenciada por las consecuencias de la reapertura de los mercados y por la liberación de los recursos económicos posterior a La Primera Guerra Mundial-- y

la coyuntura de la crisis, la recuperación que se observó en los índices industriales durante la segunda mitad de los años treinta fue gracias al incremento de los bienes de consumo público, no de los bienes de consumo privados (Stefano Zamagni).

La estabilidad social pudo ser garantizada parcialmente por el uso de la fuerza y por un moderado desarrollo económico, aunque las gratificaciones retóricas contaron con un espacio mayor, especialmente entre las clases medias. El corporativismo fascista revistió bajo este aspecto un papel central. El corporativismo se entendió como la síntesis dialéctica entre el liberalismo y el socialismo, que lo teóricos menos improvisados interpretaban como representaciones de problemas reales. Por lo tanto, el corporativismo no se presentó como simple alteridad, sino a manera de evolución y, al mismo tiempo, de negación de los modelos ideológicos más difundidos. La relación privada entre el capital y el trabajo asumió un valor publicista a través del instituto corporativo que, a su vez, al regirse por la autodisciplina de las categorías sociales, garantizaba la representación de los intereses privados.

En este círculo aparentemente virtuoso --donde lo público y lo privado se resolvían "autónomamente" en la unidad estatal-- el primer motor fue un imperativo ético, es decir el interés nacional. No podía ser de otra forma en un sistema conceptual de por sí antinómico, el cual, por ejemplo, a la vez que justificaba la conciliación por fuera del esquema de clase afirmaba la existencia del sindicalismo. Sin embargo, el cambio del *homo oeconomicus* al *homo corporativus* continuaba siendo una abstracción, que no era capaz de sacar las cuentas correctas con los procesos reales. Sin embargo, en la Italia de los años veinte y treinta --que empezó a emitir los primeros gemidos de una sociedad de masa, que proyectaba sus deseos más que nutrirse de hecho, que procedía por un camino de una controlada modernización de signo conservador-- no era obviamente la utopía gobettiana la que pudo representar el punto de referencia ideológico de los grupos sociales más identificados con el régimen, sino la utopía posible --como la definió Ugo Spirito, uno de los pensadores más controversiales del fascismo--, es decir la síntesis corporativa, capaz de producir un sistema verdaderamente armonioso, capaz de conciliar intereses objetivamente contrapuestos. Dicha armonía, de hecho imposible, necesitaba puntos de equilibrio que se podían identificar en las clases medias desde el punto de vista social, en la distribución desde el punto económico, en las corporaciones desde el punto de vista político que, al ser la dimensión por sí suprema, revistió la tarea ulterior de armonizar el sistema en su totalidad. Sin embargo, se comprendía cómo el frágil edificio corporativo lograba suscitar no poco interés entre las clases medias --y en especial entre los comerciantes que obtenían, al menos en su imaginario, la legitimación ideológica y política de su papel como probablemente nunca pensaron obtenerlo-- sintiéndose depositarios de la medianía, del justo medio, de la modernización que representaban la garantía de la armonía y del equilibrio.

La gran transformación y la ética del consumo

"Aquí frío, *smog* y monopolio. Qué tristeza", escribía Raniero Panzieri a una amiga en octubre de 1959, que sintetizaba su sentido de aislamiento y una especie de *topos* del imaginario colectivo de la época --y tal vez aún de hoy-- por lo que respecta a Turín. Exactamente un año antes apareció un cuento de Italo Calvino, *La nube de smog*, metáfora tanto del neocapitalismo y de la civilización de la industria como de una mediocridad interior de la cual el protagonista intentaba salir. ¿Dónde está el paso hacia una posible felicidad individual y colectiva? Las fachadas ennegrecidas de la Turín que describió Calvino, los vidrios opacos, los antepechos en los cuales era imposible apoyarse, se convirtieron en una cualidad de los objetos que pudieron ser interpretados por el protagonista como "sustancia de una miseria general" que unía tragedia y grandeza heroica. La conversión de ese mundo gris aparecía en forma de una carreta jalada por una mula, una carreta de dos ruedas cargada de costales. En realidad las carretas eran muchas y se detenían frente a los portones: "Empecé a notar que los días que veía las carretas estaba más alegre y esperanzado, y estos días siempre eran lunes: así me di cuenta de que los lunes son los días en que los lavaderos recorren la ciudad con sus carretas y entregan los hatos con la ropa limpia y se llevan la ropa sucia". El protagonista empezaba así a abrir un tiempo y una esperanza al gris homogéneo, descubría que existía el campo más allá de la ciudad, que no todo se había convertido en una máquina sino que todavía existían viejos manantiales, lavanderías a vapor, campos donde pasaban las mujeres que parecían estar en la vendimia.

La metáfora de Calvino permitía ver los intersticios en los cuales el impetuoso desarrollo del "milagro italiano" aparecía todo menos que uniforme. La imagen estereotipada de un avance para todos y en todos los aspectos --y que sin lugar a dudas contenía muchos elementos de verdad--, dejó el lugar a un panorama más complejo y variado. No se trataba solo de una sustitución lenta sino progresiva de objetos y de usos, pero también de diferencias sociales y territoriales que constituían a la vez características de la historia de Italia y especificidades de ese modelo de desarrollo. Bajo este aspecto se debe retomar al menos dos cuestiones. La primera era que Italia partió, en la persecución de los bienes de consumo, desde un nivel muy bajo respecto a los otros países industrializados. Al final del "milagro italiano" resaltaban muchos sectores que estaban por debajo de los estándares europeos. La segunda cuestión estaba relacionada con el hecho de que precisamente el bajo punto de partida hacía muy importante la "posibilidad" de contar con ese acceso a los bienes de consumo, y que era tan importante como su acceso efectivo (Crainz). En 1953 sólo 14 de 100 familias poseían un refrigerador, 4 tenían una lavadora en casa, obviamente ninguno tenía una televisión. Diez años después 55 de 100 familias tuvieron un refrigerador y lavadora, 23 lavadora y 55 una televisión. En 1991, 94% tuvo refrigerador y lavadora, estadísticamente todas las familias tenían al menos una televisión. Los automóviles que eran 9 por cada mil habitantes en 1951, fueron 200 en 1971. Eran números que indicaban un desarrollo impetuoso, no privado de viscosidad y de contradicciones. Si en 1951, por ejemplo, la cuota de los bienes de consumo privado destinados a la alimentación llegó a 47%, al inicio de la década los sesenta descendió sólo a 42.9%. Una recuperación de cuatro puntos fue claramente significativa --sobre todo si se observaba la composición interna de los bienes de consumo, que aparecía decisivamente más "moderna" como mejoramiento dialéctico-- pero evidenciaba un retraso si se le comparaba con el 34.6% inglés, el 31.6% belga, el 32.9% francés y el 30.3% alemán. No menos compleja era la realidad urbana del norte industrial que conocía, en la época, el impetuoso desplazamiento de la población, especialmente de la zona meridional, en busca de trabajo y bienestar. Sin embargo, mientras los campesinos del norte y del Centro se trasladan del campo a la ciudad en su mayoría en la misma región o en áreas limítrofes, para los campesinos del sur la emigración se configuraba como un cambio de época. En su totalidad, de cualquier forma, la distribución geográfica de los italianos conoció, entre la mitad de los años cincuenta y el final de la década sucesiva, una mutación radical: más de nueve millones de personas involucradas en migraciones interregionales, al interior de una fase de profundo cambio económico y social que ampliaba no sólo el horizonte geográfico sino también, y sobre todo, el del consumo y movilidad social. Durante los años de "milagro económico" casi un millón de personas cambió su lugar de residencia de las regiones del sur hacia las del norte,

contribuyendo a un crecimiento de la población de las grandes ciudades industriales que mutó su composición, influyendo profundamente en la estructura urbana, en las culturas y en las tradiciones.

Todavía a principios de los años cincuenta "la parsimonia, el ahorro, un tono de vida en conjunto modesto --incluso entre los ricos-- formaban un sistema de virtudes plenamente integrado en la ética del trabajo, una arquitectura moral destinada muy pronto a desarticularse y, en parte, a disolverse" (Remo Bodei). En esa república fundada en el trabajo, es decir en la de una ciudadanía que el trabajo legitimaba y reforzaba cotidianamente, que reconocía en la productividad la idea misma de emancipación posible; el viraje de los años sesenta del "milagro", condujo a un progresivo eclipse, por lo menos en términos éticos, de aquella identidad que fue erosionada después de alcanzar su cima por el aumento del trabajo dependiente, de la contracción de la gran fábrica, de la progresiva sustitución del trabajo manual con las máquinas, del aumento del tiempo libre y de la paralela contradicción del tiempo dedicado a formarse para el trabajo (gracias al aumento de la escolarización), el recorte del tiempo de vida dedicado a él (la anticipación de la jubilación), y del trabajo en sí mismo como razón y proyecto de las movilizaciones colectivas.

El paso de la ética de la producción a la ética del consumo --que se realizó entre la década de los setenta y la de los ochenta del siglo XX-- se configuró como la afirmación de un "individualismo de masa" con el cual el mejoramiento extraordinario de las condiciones de la población en Occidente, y en Italia en particular, haría perder al trabajo su tradicional nobleza y tendió a mostrarse como una desagradable necesidad (Remo Bodei). Por lo tanto, la transición de la ética de la producción a la ética del consumo se configuró como la afirmación de la libre expresión del individuo y de su placer. Fue un proceso que ahondaba sus razones teóricas en una larga tradición --pero sobre todo en la afirmación de que, especialmente en las sociedades ampliadas, el estatus también pasaba a través de la ostentación del ocio y del consumo vistoso-- y que tuvo su propia caracterización en Italia con el milagro económico donde los objetos y las prácticas de la modernización y de la transformación de los bienes de consumo se afirmaron desde abajo a través de una multiplicidad de canales, entre los cuales fue fundamental la aparición de los supermercados, pues pertenecían a las formas no llamativas y cotidianas de mensajes: símbolo de un mejor futuro en cuanto tiempo libre, la calidad higiénica de los productos, rapidez e igualdad; o bien el símbolo de un futuro tecnológico y despensador.

Una vez más Calvino viene en nuestra ayuda: "A las seis de la tarde la ciudad caía en manos de los 'consumidores' ", así inicia el cuento *Marcovaldo en el supermercado*. El fondo era la ciudad industrial donde todo el día se producían los bienes de consumo. Una población que, al terminar el turno de trabajo, cambiaba de improviso de ropa y asumía el rostro de una ininterrumpida, impaciente, tumultuosa masa de individuos dedicados a elegir objetos y hurgar en los monederos: "¡Gastados! y tocaban las mercancías y las volvían a poner en su lugar y las volvía a tomar y las arrebataban de las manos; ¡gastados! Y obligaban a las pálidas empleadas a extender sobre el mostrador blancos y blancos; ¡gastados!". El supermercado es un *selfservice*, los blancos y las cajas constituyen para Marcovaldo y para su familia los confines de un mundo maravilloso pero inaccesible, punto de llegada de un posible bienestar, pero también --de alguna manera-- lugar de una posible corrupción de la dimensión natural del hombre. Pero más allá de todo, el viaje de Marcovaldo en el supermercado encontraba otro aspecto extremadamente relevante, es decir, nos cuenta que junto a los objetos de deseo también se modificaban los lugares de consumo, en forma no lineal pero sí significativa. Sin embargo, Marcovaldo anticipó una realidad que se estaba moviendo muy lentamente. En 1962 en Italia existían 96 supermercados, que en 1965 llegaban a 193, para alcanzar la cifra de 607 en 1971. Era un desarrollo acelerado --y que en los años sucesivos proseguirá con ritmos aún más sostenidos, pero casi exclusivamente concentrado en el norte-- también respecto a los demás países europeos. Si por una parte no debemos olvidar que el punto de partida de Italia era sumamente retrasado, por otra parte vale la pena notar que el crecimiento numérico no correspondía al de las ventas que en 1962 era equivalente sólo a 2.8% de los consumos comercializados.

El consumo no eliminó el trabajo, que durante los treinta años sucesivos a la Segunda Guerra Mundial sufrió una profunda transformación. Es suficiente ver la tasa de la población activa entre 1951 y 1971: 17.2% en la agricultura, 44.4% en la industria, 38.4% en los servicios. Fue un transvase epocal para Italia, se trataba de millones de personas que cambiaron de trabajo y con frecuencia de residencia (cinco millones de los trabajadores de la agricultura abandonaron dicha actividad). El mundo del trabajo tendió a segmentarse en tres líneas: un grupo, el de los trabajadores de la industria, estables, protegidos a nivel legislativo, cada vez más homogéneos en edad, retribución y condiciones de trabajo, con una pérdida política en aumento; otro grupo compuesto por la fuerza laboral periférica, con ocupaciones precarias o estacionales, relacionadas en su mayoría con la artesanía; el tercer grupo, el del terciario público, también en crecimiento debido al desarrollo del Estado, del sector paraestatal pero también relacionado con la construcción de políticas de consenso. Este último sector fue una de las razones --junto con la fallida modernización del sector-- del aumento exponencial de los comerciantes durante esa época, mientras paralelamente emergía uno de los fenómenos más significativo en el nivel productivo, el de la "Terza Italia", es decir del noreste y del centro en contraposición con el norte como lugar del desarrollo industrial, y con un carácter europeo, y al Sur como área de la no industrialización. En la década de los sesenta la gran industria fue sensible a la caída de las ganancias y al estatismo de la ocupación, y en cambio fue una década de expansión para la pequeña y mediana empresa. Contribuyeron en este desarrollo los procesos de descentralización realizados por las grandes empresas, el menor costo del trabajo, la más baja conflictividad social o, en cualquier forma, la posibilidad de administrarla en una forma "sumergida", la flexibilidad estructural frente a un mercado en mutación, la aportación de trabajadores irregulares, la misma reforma fiscal. Un peso ciertamente no menor en la expansión del micro-emprendariado lo tuvieron las tradiciones locales de algunas áreas regionales de la que fue definida como la "Terza Italia", en particular la presencia de un tejido de solidaridad social y de instituciones políticas que sustituyeron --en términos antropológicos y económicos-- sociales-- la ausencia de estructuras organizativas típicas de la gran empresa. Un proceso, claramente, no alternativo sino de integración respecto a la gran empresa, es más, que favoreció la racionalización del desarrollo.

Epílogo

El éxito de los distritos industriales, por otra parte, fue una característica de la transformación de la industria en Occidente y de la respuesta a las crisis económicas, y donde la disminución del crecimiento de los lugares de trabajo correspondió a la abertura de fallas cada vez más grandes en el sistema de *welfare state*. Restructuración y descentralización se movieron paralelamente a la crisis del trabajo

industrial como fuerte elemento de identidad individual y colectiva. Después de la "heterogeneidad" del trabajo durante el siglo XIX, hecha de inestabilidad, precariedad y fluctuación entre los oficios; después de la "uniformidad" del siglo XX inducida por el taylorismo-fordismo, marcada por la estandarización y por las sólidas identidades; se abrió una fase de "diversificación" donde la variabilidad de los mercados y la globalización no intervinieron solo en las características de los contratos sino en el perfil y en el contenido mismo del trabajo y de su significado (Accornero). "El trabajo ya no es verdad para los hombres / precisamente porque los hombres ya no son / verdaderos para aquello que es la verdad del trabajo", escribe atrás de una carpeta --la cual contenía el plan de reorganización empresarial-- Bruto Saraccini, el protagonista de la novela de Paolo Volponi *Le mosche del capitale*, suplemento poético que narra "la desarticulación informática del obrero", la victoria del capitalismo financiero con la creación de un trabajo cada vez más precario y flexible, y en el cual el "devoto dirigente", heredero de Olivetti, "atento al diálogo con los trabajadores, literalmente ya no existe más en ese espacio de la empresa". Especular es el destino de Tecraso, obrero despedido y que roza el terrorismo y la rebelión, que ve desaparecer su identidad mientras que su mundo lo expelle. Sin embargo el final del trabajo también es el final de la literatura: "La narración... es el mostrador del supermercado".

* Universidad de Turín.

Tags:

[Expediente H](#)

[Ética](#)

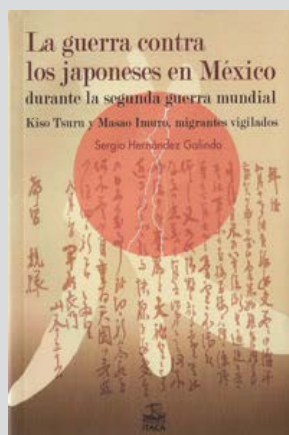
[trabajo](#)

[cohesión](#)

[industrialización](#)

Sergio Hernández Galindo, "La guerra contra los japoneses en México durante la Segunda Guerra Mundial. Kiso Tsuru y Masao Imuro, migrantes vigilados", México, Itaca, 2011.

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 04/02/2014 - 18:20



Por **Mónica Palma Mora***

El ataque japonés a la base naval estadounidense de Pearl Harbor en diciembre de 1941 decidió la participación definitiva de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Pero la guerra no sólo tuvo lugar en el plano externo y militar, también ocurrió al interior de las fronteras del vecino país del norte. De acuerdo con Sergio Hernández Galindo, 120 mil japoneses fueron recluidos en diez campos de concentración. Estos inmigrantes, muchos de ellos con hijos nacidos en Estados Unidos, fueron catalogados, sin distinción alguna, de enemigos, de espías al servicio del gobierno imperial japonés. La mayoría de los países del continente, aliados del gobierno estadounidense durante la guerra, entre ellos México, se hicieron eco de la postura anti-japonesa desplegada por el gobierno estadounidense a través de diversos medios, en particular de la prensa. La actitud gubernamental se tradujo no sólo en una política policiaca, de vigilancia, hostigamiento y reclusión, sino también de xenofobia con claros tintes raciales. Este es el tema central del presente libro, el cual sirve además al autor, para narrar a detalle, con pleno conocimiento de la historia del Japón y con claridad, los acontecimientos políticos y militares que enfrentaron a Estados Unidos y Japón mucho antes del conflicto armado.

Las características que presentó la guerra entre ambos países en el contexto mexicano de los años 1930 y 1940, son revisadas en los tres capítulos que conforman el libro. De este modo, el primero de ellos contiene una breve historia de la emigración japonesa a América durante el periodo Meiji (1868-1912). Durante este lapso y hasta antes del inicio de la guerra, más de 700 mil japoneses se establecieron en Estados Unidos. La movilidad socioeconómica que habían registrado al convertirse de agricultores, pescadores y obreros pobres, en exitosos comerciantes asentados a lo largo de la costa de California, tanto en su parte estadounidense como mexicana, y el distinguirse como una comunidad cohesionada en torno a lazos familiares, de paisanaje y a diversas asociaciones locales y regionales, originaron la animadversión de ciertos sectores de estadounidenses, los cuales empezaron a identificarlos como un ejército de espías, de invasores al servicio del gobierno japonés.

Sin embargo, destaca el autor, la actitud de los inmigrantes ante la participación de su país en la guerra fue muy diversa, dependió de su nivel de arraigo o desarraigo ante su país de destino y de origen, de su clase social y de su posición política. Por ello, nada más alejado que se tratara de un ejército generalizado de espías. Esta consideración escondía más bien la antipatía que muchos estadounidenses *wasp* manifestaban hacia estos inmigrantes por sus características raciales y sus diferentes códigos socioculturales.

Las sospechas que hacia ellos mantenía el gobierno estadounidense se combinaron y fortalecieron debido a los cambios sociopolíticos ocurridos durante el periodo Meiji, los cuales desembocaron en un proceso de modernización de la economía al servicio de la expansión militar. En el transcurso de las tres primeras décadas del siglo XX, Japón, plantea el autor, dejó de ser un país "sojuzgado y humillado" por las potencias occidentales para convertirse en una potencia capaz de desafiarlas. Al iniciarse la década de 1930, el predominio de los militares japoneses en el gobierno civil, su alianza con los sectores civiles ultranacionalistas, la invasión de Manchuria en 1933 y su hegemonía en Asia, atizaron aún más las ya de por sí tensas relaciones con Estados Unidos y condujeron a una estricta vigilancia de los inmigrantes japoneses.

En los siguientes dos capítulos, Sergio Hernández hilvana la aplicación de la política anti-japonesa en México a través de las experiencias de dos inmigrantes de muy distinta posición socioeconómica: los señores Kiso Tsuru y Masao Imuro. El gobierno cardenista, subraya el autor, en un principio, poco caso hizo de la propaganda negativa en contra de Japón y los inmigrantes japoneses, algunos de ellos radicados en la península de Baja California. Incluso la nacionalización del petróleo en 1938 favoreció las relaciones comerciales con Japón, en especial la venta de petróleo. En las negociaciones que hubo entre los gobiernos japonés y mexicano por la compra-venta de esta materia prima, el empresario Kiso Tsuru tuvo un papel protagónico.

El doctor Tsuru llegó a México por primera vez en 1918, a la edad de 24 años como diplomático. Dos años más tarde regresó con la intención de formar una empresa de importación y exportación de productos japoneses y mexicanos. Al parecer tuvo éxito, porque para los años 30 estaba convertido en un destacado empresario interesado en invertir en negocios que surtieran de materias primas (petróleo y minerales) a la economía de guerra de su país. El autor no abunda en el camino que lo llevó a convertirse en un destacado hombre de negocios, pero reconstruye con fundamento en diversos acervos su activa participación en las negociaciones que el gobierno cardenista entabló con el japonés para la venta de petróleo previo a la guerra y para la posible explotación de minerales y construcción de carreteras. La actuación del doctor Tsuru en estos acuerdos lo llevó a estar estrictamente vigilado por los servicios de inteligencia estadounidenses y mexicanos, estos últimos al servicio de los primeros, en particular del FBI, principal inquisidor de Tsuru y de todos los inmigrantes japoneses en México. Las relaciones que el doctor Tsuru mantenía con altos funcionarios mexicanos lo libraron de correr la misma suerte que muchos otros de sus compatriotas: el traslado forzoso al centro del país que el gobierno de Ávila Camacho ordenó en enero de 1942 y su "ingreso" en alguno de los tres campos organizados para concentrar a los inmigrantes japoneses en México. Tsuru se salvó también de ser encarcelado. Sus empresas, en cambio, pasaron a formar parte de la "lista negra" del Departamento de Estado de Estados Unidos y sus bienes fueron incautados por la Junta de Confiscación de Bienes del Enemigo que el gobierno mexicano administró por varios años.

Muy distinta fue la experiencia del joven Masao Imuro, llegado en enero de 1941 a la edad de 21 años, para trabajar como empleado en un negocio de importación y exportación de porcelanas y azulejos de un compatriota suyo instalado en la capital mexicana. A diferencia del capítulo dedicado al doctor Tsuru, cuya experiencia le permite a Sergio Hernández extenderse en la descripción del contexto mexicano, en este capítulo, el autor es mucho más generoso en detallar la vida de un inmigrante joven y pobre. El autor narra de manera cálida y sencilla las impresiones de Imuro en su nuevo país de destino al que consideró rico, llamativo y al que intentó adaptarse lo más pronto posible. Había crecido durante el periodo en el cual Japón se convirtió en una potencia hegemónica en Asia y, como el resto de sus compatriotas, había sido educado dentro de un ambiente de economía de guerra, de efervescencia nacionalista y de obediencia al emperador (Tenno). Imuro, como muchos otros japoneses, se sentía orgulloso de los logros alcanzados por su país en el campo económico y militar y de su gobierno por defender la soberanía de su país de las potencias colonialistas.

El joven seguía con atención los sucesos de la guerra. Por ello, en la correspondencia que mantenía con sus amistades en Japón, exponía con entusiasmo su apoyo a su país natal y a las acciones de su gobierno. Pero el joven no previó que sus cartas fueran a ser interceptadas por las autoridades mexicanas y los servicios de inteligencia estadounidenses. La autenticidad de sus sentimientos hacia su país de origen le costaría ser apresado en enero de 1942 y que su vida transcurriera los siguientes siete años en diversos centros de reclusión: Perote, Veracruz, el Centro Penitenciario de Lecumberri, las Islas Mariás y el Centro de Detención para Menores en Tlalpan. Fue puesto en libertad en marzo de 1949, al considerar el gobierno de Miguel Alemán que las causas de su detención habían desaparecido.

La amarga experiencia vivida por Imuro y la incierta de Tsuru a raíz del ataque a Pearl Harbor, son dos ejemplos de otros más, que es muy probable ocurrieron en esos años de animadversión y confinamiento para los inmigrantes japoneses, pero que a la fecha están insuficientemente investigados. Sergio Hernández comienza a dibujar esas historias personales vinculadas al tiempo que les tocó vivir. De manera armoniosa el autor entrelaza el proceso histórico con la vida de los sujetos que estudia. Por ello, este libro es tanto un trabajo de historia política y diplomática, como un breve, claro y cálido relato sobre los japoneses en México durante los años de la Segunda Guerra Mundial.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

[Mirar libros](#)

Carlos San Juan (coord.), "El XX mexicano. Lecturas de un siglo", México, Itaca, 2012.

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 04/02/2014 – 18:15



Por Gabriela Pulido Llano*

Este libro recuerda la importancia de preguntarnos: ¿qué es lo contemporáneo en la historia? También recuerda que los historiadores no somos ajenos a nuestro tiempo y mientras más nos involucremos con los eventos que nos embisten día a día, mejores herramientas tenemos para acercarnos al pasado. Por otro lado, la obra deja ver que la pasión por historiar lo contemporáneo puede traducirse en formas de narrar diversas, sugerentes, hermosas, escalofrantes; que la diversidad de enfoques se nutre de la capacidad de debatir y discutir; que las formas de entender los procesos históricos pueden y deben salir de las cuatro paredes de los espacios académicos, ocupar foros heterogéneos y acercar el conocimiento histórico a públicos más amplios, interesados, preocupados.

Más que un conjunto de ideas, el presente libro es un coloquio de ideas. Distintos autores nos invitan a sumergirnos en temas de la historia del México contemporáneo que no se deben olvidar. Cada una de estas voces describe la complejidad del presente mexicano. Podemos, si seguimos el orden narrativo, dibujar una figura en la que caben sujetos, procesos y contextos históricos --parafraseando a mi maestro Mario Camarena-- que han sido perseguidos por el olvido, en los últimos treinta años. Reconstruirlos, traerlos a la discusión de lo contemporáneo, mostrarlos en su fragilidad de temas condenados a la marginalidad de una historia invadida por las visiones reduccionistas, arbitrarias, fáciles, arteras y mentirosas de la derecha en México, es un gran logro de este libro. En la introducción del libro Carlos San Juan advierte de manera concluyente:

Las lecturas hegemónicas de los ochenta y los noventa reconocieron la fuerza ciudadana y la riqueza regional pero redujeron el trayecto del siglo a sólo corrupción y autoritarismo a la vez que estimulaban una "normalización" mexicana acorde con los estándares de la democracia electoral y del mercado. Enrique Krauze, con su célebre "Democracia sin adjetivos", abrió la brecha por donde ahora transita un sentido común que repiten periódicos y comentaristas televisivos. Un corte tajante para reconstruirse mediante el universalismo anglosajón adelgazando al muy rico y diverso liberalismo mexicano, constructor de Estado y nación.

Abajo Krauze y sus fantasías color de rosa. La vigencia de la postura intelectual planteada por los autores de los ensayos reunidos en este libro, es enorme y apenas está cobrando sentido y será necesaria la labor de todos estos historiadores para confrontar esa historia a *modo*, por así decirlo, que está invadiendo las librerías de nuestro país.

La invitación a desentrañar las motivaciones del historiador de lo contemporáneo en México, a través de este coloquio letrado, inicia en este libro con las palabras de Carlos Monsiváis quien buscaba entender la idea de Nación y Patria, con mayúscula, diseminada en los argumentos líricos y poéticos de los mejores intelectuales mexicanos de la primera mitad del siglo XX. Revisa, con su característica pluma, mordaz y afilada, al nacionalismo entendido como ritual de la memoria, que transita del lado folclórico y adecentado al popular, obscuro y desencantado, a lo largo del siglo XX. Y sus desviaciones al arribar al abismo digital de la actualidad. José Joaquín Blanco discute, por su parte, las aristas de una cultura social a la que se le ha identificado con conceptos enormes como mestizaje y catolicismo. José Joaquín, también crítico demoledor, identifica el significado de lo contemporáneo mexicano, al explicar cómo, "no sólo la corrupción, la ideología y el vandalismo explican las crisis de ese estallido que no se quiso prever" (hacia la segunda mitad del siglo XX). Hay una paradoja en su mirada, un desencanto y a la vez una fascinación; sus temas: la transformación del paisaje urbano, la participación de la mujer en la política, la industrialización y las pautas *pop*, como las llama, de conducta y consumo, el disminuido amor a la patria, el

"agringamiento" intensivo y el nacionalismo acomodado a los estándares de Televisa, el pesimismo, los parches como remedio a los daños profundos producidos por los modelos económicos, etcétera.

Por su parte, Tania Hernández muestra de manera brillante cómo el rompecabezas de la historiografía política mexicana, posrevolucionaria, estaba incompleto, al hablarnos de la reorganización y ascenso de la derecha al poder en México. Nos sacude conocer, a través de esta narración sin rodeos, cómo al no haber puesto atención en este importante proceso, los mexicanos no hemos podido estar en la disputa de asuntos políticos que han modificado y puesto en peligro asuntos de primera índole como la laicidad del Estado, las modificaciones constitucionales de las garantías individuales y lo relativo a la propiedad del subsuelo. Enseguida, Saúl Escobar describe el espinoso tema del sindicalismo mexicano, de 1970 a 2000. Con la agudeza, producto del conocimiento profundo de esta temática en sus transformaciones seculares, Escobar explica el impacto y éxito de las políticas neoliberales para apagar los triunfos de las organizaciones de trabajadores. Sin embargo, lejos de ver este último corte del tiempo como algo nefasto y desde el desaliento característico con que escuchamos hablar ahora del sindicalismo mexicano, desdibujando los logros del mismo, Saúl mira con optimismo la experiencia y avizora un futuro en que los trabajadores recuperarán su lugar como protagonistas de la historia contemporánea. Emma Yanes Rizo se aleja también de las lecturas abatidas y rescata la riqueza de la historia del trabajo obrero, en el caso específico de los trabajadores de Ferrocarriles Nacionales de México. La pluma prodigiosa de Emma Yanes muestra cómo los movimientos sociales obtuvieron conquistas que, en el caso de los ferrocarrileros, se extendieron durante la toda la primera mitad del siglo XX, llegando a enfrentarse de manera valiente y definitiva a las políticas gubernamentales. ¿Qué nos puede enseñar esta historia contada desde la entraña de la organización laboral? ¿Por qué no re-significar la valentía, el coraje, las agallas, como virtudes de los movimientos actuales?

María Eugenia del Valle Prieto, siguiendo esta cadena de ideas en torno a los sujetos sociales contemporáneos, pone en primer plano a los braceros y la experiencia tan escalofriante que vivieron durante los años del milagro mexicano, en el contexto de las relaciones mexicano-estadunidenses y la firma del Acuerdo de Trabajadores Migratorios. De igual manera que los sindicalistas de Saúl y los ferrocarrileros de Emma, los braceros de Maru son también el centro de la historia, los individuos edificando la historia. Maru consigue transmitirnos la desesperación de un conjunto de sujetos aplastados por "el reacomodo de las fuerzas políticas y económicas", entre ambas naciones. Sergio Hernández nos deja ver cómo en otros escenarios tanto o más complejos --la Segunda Guerra Mundial-- la peor cara del autoritarismo mexicano se tradujo en una xenofobia declarada, sádica y perversa hacia los japoneses; política que buscaba la legitimidad hacia el exterior. Un autoritarismo que persiguió a la oposición y cuyas estrategias de control, ahora recordadas con mayor énfasis, ante el retorno inminente, nos ponen la carne de gallina.

Sin embargo, detrás del escalofrío, Anna Fernández Poncela y Lilia Venegas Aguilera nos recuerdan que los atavíos de la identidad tienen muchos resquicios por dónde irrumpir y perdurar. Las reinas de las flores, en tanto sujetos inventados, como nos describen las autoras de este extraordinario texto, hacen posible que las historias de las minorías aparentemente abatidas proyecten la fuerza de la composición cultural que las hace vigentes. La potencia de este mestizaje contemporáneo, la expresión de una comunidad latina en Texas, coloca un espejo ante los sujetos retratados a lo largo de este coloquio, de esta obra colectiva. Porque ante la aparente debacle de la cultura popular propia, la del país dejado atrás, en palabras de Anna y Lilia, y "al que probablemente nunca se regresará", la subversión, "es una batalla más contra el racismo". Francisco Pérez Arce también navega en el terreno de la cultura, la del '68 y lo hace de manera muy elocuente. Paco nos platica de la rebeldía como signo de época, no como un simple atuendo. Entre los fundamentos de la Guerra Fría y las aspiraciones sociales trepadas en el vehículo de *american way of life*, Paco revisa de manera rápida al movimiento estudiantil del '68 y una derrota que lo convirtió en ícono. Con la vocación del novelista, el autor entreteje todos estos contextos en uno solo, el de la historia cultural de unas décadas determinantes en la forma de valorar lo contemporáneo en México. Casi para terminar, Carlos San Juan se detuvo a historiar el año de 1983; el año del Leviatán, lo denomina. Su texto plantea reflexiones de índole teórica, a partir de las cuales los componentes históricos dialogan entre lo global y lo nacional. Un año que resultó significativo en la sumisión del proyecto mexicano a los poderes financieros globales. Finalmente, Emma Yanes y Ethelia Ruiz Medrano invitan al lector a reflexionar acerca de las fuentes históricas. La primera en la locura del internet y la segunda a partir de su amplia experiencia en el estudio de las poblaciones indígenas mexicanas, en su larga duración, en archivos locales, nacionales y extranjeros. Ambas nos recuerdan que son las fuentes las que dibujan a los sujetos sociales en la perspectiva histórica y, como muy bien señala Ethelia, nos permiten armar el pasado, y pensar en el presente y el futuro que queremos construir.

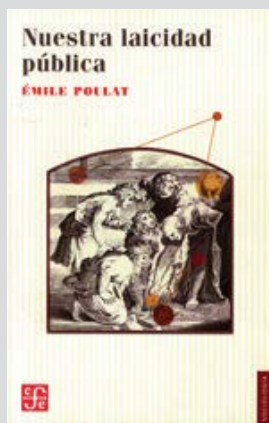
* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

[Mirar libros](#)

Émile Poulat, "Nuestra laicidad pública", México, FCE, 2012.

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 04/02/2014 – 18:10



Por Tania Hernández Vicencio*

En 2012, el Fondo de Cultura Económica publicó, dentro de su Sección de Obras de Sociología, el libro de Émile Poulat *Nuestra laicidad pública*. El texto es una traducción del especialista en sociología de la religión y alumno de Poulat, Roberto Blancarte, quien además prologa el manuscrito. La primera edición del libro apareció en 2003 y fue un trabajo posterior a la trilogía que Poulat inició con el libro *Liberté, laïcité*; luego vino *La guerre de deux France et le principe de la modernité* y, finalmente, *La solution laïque et ses problèmes*.

El texto aquí reseñado compendia las discusiones de Émile Poulat después de varias décadas de investigación sobre el tema de la laicidad, en el que plantea de forma clara las coordenadas esenciales de la discusión sobre el proceso de laicización. *Nuestra laicidad pública* está dividida en cuatro partes, a saber: Instituir la laicidad, Gestionar la laicidad, Pensar la laicidad y Decodificar la laicidad, las cuales desarrolla a lo largo de 18 capítulos y 431 páginas. En la primera parte, el autor hace un recorrido sobre los rasgos fundamentales de la catolicidad, pasando por la iglesia galicana y el catolicismo francés. También aborda el tema del concordato y las primeras leyes laicas. Y discute sobre el papel del Estado como regulador de las libertades religiosas. En la segunda parte, Poulat hace una reflexión sobre los efectos de la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el controversial asunto de la educación, el derecho canónico y la función de las congregaciones religiosas y las sectas. En la tercera parte, aborda las tensiones entre catolicidad-laicidad, discute en torno a la diada tolerancia-libertad, aborda las controversias provocadas por la religión en Francia y analiza el papel de la religión católica como credo mayoritario. Finalmente, en la cuarta parte, el autor nos lleva a la discusión sobre la participación política de los católicos franceses, debate en torno a la herencia religiosa de la cultura francesa, la moral pública y la laicidad vista como un principio dinámico.

Como puede observarse, las valoraciones de Émile Poulat refieren esencialmente a la construcción de la laicidad en Francia, pero, como bien afirma Roberto Blancarte, de éstas pueden extraerse valiosas lecciones a propósito de los debates en otras latitudes cuyos procesos han estado marcados por el caso francés. En México, país en el que desde la Reforma liberal se incorporaron elementos clave de la experiencia francesa, la aparición del libro de Émile Poulat en fechas recientes ha sido muy oportuna, sobre todo si consideramos que desde 2011 se presentó una nueva embestida por parte del catolicismo integrista e intransigente en contra del espíritu laico del Estado mexicano. En nuestro país la secularización de la sociedad que inició a fines del siglo XVIII, sin lugar a duda, ha sido un proceso lento y complejo en su desarrollo. Además, el impulso de la laicización, el cual implica la autonomía de la esfera política y los asuntos públicos, mismo que cobró mayor fuerza a partir de la segunda mitad del siglo XIX, también ha resultado un proceso controvertido y complicado en sus dimensiones normativa y cultural.

De acuerdo con Poulat, el significado de la laicidad es producto de la historia de una sociedad (p. 24), y la historia de México, en este sentido, ha sido una historia de fuertes tensiones, confrontación y muerte. La definición del papel que debe jugar lo religioso en la arena pública ha producido un conflicto permanente. El espíritu laico de los políticos liberales decimonónicos fue intolerante --como lo había sido el integrismo católico-- en aspectos fundamentales para la instauración de un Estado moderno. La secularización de la sociedad mexicana fue apuntalada por la producción de un conjunto de normas que pretendía abonar a la construcción de un espacio descentrado de la religiosidad. Hasta antes del proceso de Reforma, la religión católica simbolizaba la verdad universal garantizada por la autoridad de la Iglesia y sostenida por el poder del Estado. Como en muchos lugares, bajo el régimen de la catolicidad el pensamiento ilustrado había sido considerado un error, y bajo el régimen de laicidad la verdad católica se convirtió en una "verdad discutible" (p. 137).

Con el espíritu de la modernización liberal, por lo menos jurídicamente la religión se convirtió en un asunto de la conciencia individual. Por primera vez, a través de las normas, la sociedad fue empujada a renunciar a buscar en Dios su principal vínculo y su verdad (p. 137), para iniciar el camino de la producción de un contrato entre sus miembros, el cual consignaba las condiciones básicas para aspirar a un proyecto social distinto. La laicidad, dice Émile Poulat, se fue estableciendo contra el principio de la catolicidad que acaparaba el espacio público, fue entonces cuando sus defensores se sintieron fuertemente agraviados. Tratándose del sentir de los individuos, los católicos

integristas vivieron la laicización como un proceso de exclusión, de ahí que los católicos denunciaron una y otra vez el carácter persecutorio y anticlerical de las leyes liberales.

Para nuestro autor, la gestación de la *laicidad pública* (p. 25) constituyó, para algunos, el resultado de la sabiduría política, un equilibrio que no obligaba a transigir los principios, pero, para otros, fue producto del sacrificio de valores esenciales de su vida. Siguiendo esta premisa, hay que decir que en el caso de México el sentimiento de privación del integrismo católico permaneció intacto a lo largo del siglo XX y fue una de las principales motivaciones para su reorganización social y política. Particularmente en el caso de la elite de la iglesia católica que intentó por todos los medios recuperar sus privilegios, a diferencia de la mayoría de fieles que poco a poco tuvo que aceptar que la construcción del espacio público implicaba convivir con seguidores de otras religiones y con quienes no se adscribían a un credo. Esa misma feligresía también llegó a aceptar el hecho de que el espacio privado y los templos fuesen el ámbito más apropiado para la expresión de su fe. Como dice Poulat, al lado de la *laicidad pública*, asentada en un marco jurídico, la sociedad produjo una *laicidad común*, una ley no escrita (p. 29), donde se ha venido decidiendo la relación entre lo religioso y lo secular de forma menos abrupta.

En 1946, Francia consagró constitucionalmente la laicidad de la república. México haría lo propio hasta el siglo XXI, en 2013. La inclusión de dicho principio en el artículo 40 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos mostró, una vez más, la dificultad para avanzar en el terreno de la elaboración de una normatividad clara y precisa en la materia. Entrampados en un ámbito de simulación y acuerdos políticos pragmáticos, los sectores conservadores de la elite parlamentaria mexicana aprobaron cambios constitucionales que, en los hechos, resultaron contradictorios. En el marco de la discusión sobre los derechos humanos, la demanda de la libertad religiosa logró articular a distintos actores del catolicismo intransigente en un movimiento promotor de la reforma del artículo 24 de la Constitución, relativo a la libertad de culto. Después de un largo proceso de cabildeo que atravesó todo el siglo XX, pero especialmente dos años intensos de negociación en el Congreso de la Unión y en las legislaturas locales, el 9 de mayo de 2013 el Congreso del Estado de Jalisco aprobó en la Comisión de Puntos Constitucionales --en lo que aparece como el cierre del tiempo cíclico-- la iniciativa de reforma que le había sido enviada por el Senado de la República, con lo cual ésta pasará al pleno para ser discutida y, en su caso, aprobada o desechada. En caso de ser aprobada, con esa votación se alcanzara la mayoría más uno de los votos de los congresos locales, necesaria para concretar el cambio de la Constitución federal.

Así pues, *Nuestra laicidad pública* es un libro recomendable para comprender la esencia de uno de los debates más largos y más vigentes en la historia de muchas sociedades. El significado de la laicidad, nos recuerda Émile Poulat, pasa por el reconocimiento de las heridas y controversias históricas, pero sobre todo por el debate de la naturaleza del proyecto social futuro, el cual, irremediablemente, se asienta en la discusión sobre la esencia del Estado y se expresa en cuestiones concretas relativas a la educación, las políticas de salud o la función de los medios de comunicación. El replanteamiento del significado de la laicidad no puede seguirse haciendo sobre la base del pensamiento y los acuerdos de las elites, sino a partir de los cambios en el sentir y en el imaginario de amplios sectores de la sociedad que más allá de su fe, siguen aspirando a ser ciudadanos en pleno ejercicio de todos sus derechos.

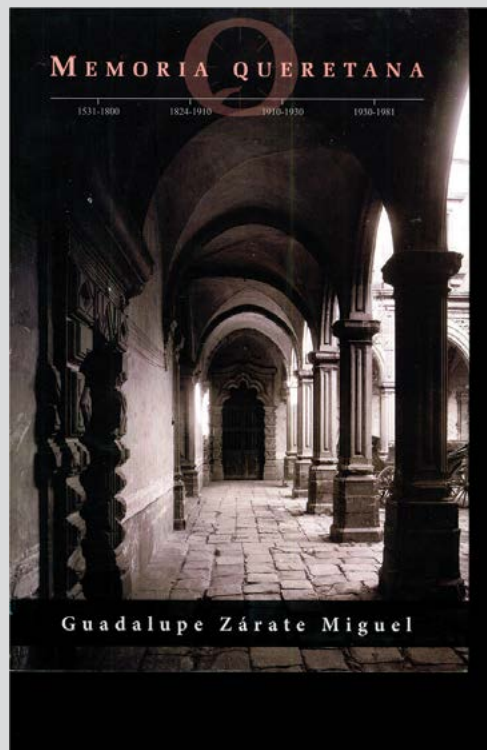
* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

[Mirar libros](#)

Guadalupe Zárate Miguel, "Memoria queretana", México, Poder Ejecutivo del Estado de Querétaro / INAH, 2011.

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 04/02/2014 – 18:08



Por Beatriz Lucía Cano Sánchez*

En su libro *La ciudad de México*, Serge Gruzinsky menciona que tras la implementación de las reformas liberales, en la segunda mitad del siglo XIX, se produjeron una serie de modificaciones en la capital del país, mismas que provocarían un cambio en la estructura espacial y simbólica de la ciudad. Una buena parte del convento de los franciscanos desaparecería bajo la picota liberal para dar paso a grandes avenidas. Muchos conventos e iglesias serían destruidos para ocupar sus terrenos en otras actividades. Las bibliotecas, retablos y pinturas desaparecerían en la vorágine desatada. A partir de las reformas liberales, la ciudad de México sufrió una permanente transformación.

Datar los cambios que se producen en una urbe resulta una tarea complicada, motivo por el que es de elogiar la labor de Guadalupe Zárate Miguel, quien en *Memoria queretana* busca estudiar el origen de la ciudad de Querétaro y las transformaciones que se han producido en su seno, aunque su atención se centra en la zona que ha sido designada como patrimonio de la humanidad. Es de destacar que este libro forma parte de una trilogía de textos que examinan el patrimonio cultural de la capital queretana. El primero se ocupa de los acervos del Museo Regional de Querétaro, mientras que el segundo de los cambios que ha sufrido el ex convento de San Francisco.

La autora menciona que el libro surgió por dos razones: su deseo de defender el patrimonio cultural de la ciudad de Querétaro y el segundo es para tratar de mostrar de qué manera los actores sociales han impreso su huella, lo cual le permitiría explicar la diversidad de orígenes de los componentes culturales queretanos. Para la autora, el patrimonio cultural debe ser entendido como aquellos bienes cuyos significados son producto de la dinámica social, sus contradicciones y conflictos. Cabe destacar que la producción de bienes es fundamental en los procesos socioculturales y éstos tienen una función, significado y valor para el grupo que los genera. El acceso a ellos dependerá del lugar que ocupen los individuos en la organización social. La permanencia de los bienes materiales requirió que las generaciones sucesivas se apropiaran de ellos y los integraran a los bienes propios de su época. Los bienes heredados constituyen el patrimonio cultural cuyo acervo no es estático ni definitivo, sino que se incrementa y diversifica. La preservación de los bienes destinados a la rememoración (monumentos) se encuentra limitado por las circunstancias sociales. Así, una guerra de conquista puede producir la destrucción y mutilación de algunos bienes, mientras que se podrían ensalzar otros que imponían significados distintos.

Los primeros intentos por reconocer los bienes culturales heredados del pasado se gestaron en la época virreinal, pues los criollos buscaban crear símbolos culturales propios. Aunque en 1825 se fundó el Museo Nacional, sería hasta el 12 de julio de 1859 cuando se promulgara la primera ley que buscaba proteger el patrimonio cultural de la nación, misma que sufriría adiciones el 28 de agosto de 1868. En 1913, 1914 y 1918 se emitieron leyes encaminadas a la protección del patrimonio, pero la más importante sería la de 1934 que buscaba resguardar los monumentos arqueológicos e históricos. Con todo y la creación en 1939 del Instituto Nacional de Antropología e

Historia (INAH), no se logró detener la destrucción de edificios históricos entre 1930 y 1970. La fisonomía de los centros históricos mexicanos cambió no debido grandes proyectos de renovación pública, sino a causa de intereses privados que resultaron muy destructores. La ley de 1972 permitió que se decretaran 41 zonas de monumentos históricos, aunque la superficie protegida disminuyó en algunos casos por la presión de las autoridades locales, tal como ocurrió en Guadalajara, San Luis Potosí y Morelia. La intervención de la UNESCO sería fundamental para la preservación de siete centros históricos (México, Oaxaca y Puebla (1982), Guanajuato (1988), Morelia (1989), Zacatecas (1993) y Querétaro (1996), que fueron declarados patrimonio cultural de la humanidad.

En el primer capítulo se presenta una historia de los orígenes de la ciudad hasta principios del siglo XIX. La autora menciona que antes de la conquista española el territorio que ahora se conoce como Querétaro tuvo una historia conflictiva, compleja y dinámica, pues era la frontera centro-norte de Mesoamérica, razón por la que no sólo era una zona de confluencia de diversos grupos étnicos, sino también un espacio de disputa entre mexicas y tarascos. Tras la conquista, la región comenzó a cobrar importancia como zona de abastecimiento y descanso para misioneros, mineros y colonos que se dirigían hacia el norte. El crecimiento de la ciudad se produciría en el siglo XVII, gracias a la exitosa producción agrícola, la cría de ganado menor y la producción textil. En el siglo XVIII sustituyó a Puebla como centro lanero. El número de trabajadores dedicados a la industria textil sumaban casi diez mil, además de que se instaló una fábrica de tabaco que empleaba a tres mil trabajadores, de los cuales mil novecientos eran mujeres. Las buenas condiciones económicas impulsarían el crecimiento espacial de la ciudad, así como la construcción de grandes obras como el acueducto que conducía agua a la ciudad y la fuente de Neptuno. Sin embargo, a finales del XVIII se produciría una notable caída económica provocada por la decadencia de la producción textil, las epidemias que asolaron la ciudad y la pérdida de diversas cosechas.

En el segundo capítulo se narran los acontecimientos históricos ocurridos entre 1824 y 1910. Durante la guerra de Independencia, la ciudad de Querétaro fue ocupada por fuerzas realistas y algunos de sus conventos se utilizaron como cárceles. Tras la proclamación de la Independencia se produjo un intenso debate en el Congreso Constituyente, pues éste no le quería reconocer como estado soberano a causa de su reducida superficie, su cercanía con la capital y sus irregulares límites territoriales. Los vaivenes políticos, recurrentes no sólo en Querétaro sino en todo el país, provocarían importantes modificaciones en la ciudad y la pérdida de una buena parte del patrimonio cultural queretano que se albergaba en templos y conventos. La autora reconoce que en ciertos casos, como los retablos barrocos de San Francisco, se produciría la destrucción a causa de las modas artísticas. Las principales transformaciones urbanas afectarían a las iglesias y conventos. Así, el convento de San Francisco perdió sus bardas, capillas y huertas; en el convento de Santa Clara se destruyeron sus capillas y celdas; la Congregación sería saqueada en 1860 por lo que perdió joyas, mobiliario y obras de arte; a San Antonio se le confiscó su huerta para instalar el mercado; San Agustín sería destinado a hospedaje de peregrinos, oficinas del Real Tributo, Cuartel y Palacio Federal; Teresitas sería utilizado como prisión, cuartel y la Escuela de Artes y Oficios; La Cruz se convirtió en hospital militar y Santo Domingo en cuartel de los franceses que lo saquearon. Las reformas liberales generaron cambios en la estructura de la propiedad privada urbana, pues se realizaron operaciones de compraventa de 485 casas, solares y terrenos así como de 58 haciendas y ranchos, mismos que serían comprados por la clase media urbana. Los cambios más importantes se produjeron en las últimas tres décadas del siglo XIX, pues se le dotó de servicios urbanos, se introdujo el telégrafo, el ferrocarril y se mejoraron las carreteras. En 1910 se devolvió el templo de San Francisco a los franciscanos, por lo que se buscó una sede para la catedral y se pensó en Santa Clara, pero la intervención de las autoridades federales del Museo Nacional y la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes que evitaron su destrucción.

En el tercer capítulo se menciona que entre 1910 y 1981 comenzó a gestarse una conciencia conservacionista, la cual permitió la preservación de edificios históricos y obras de arte, tanto de la época virreinal como decimonónica. En la etapa revolucionaria los carrancistas serían acusados de saquear los templos, robar joyas y quemar los confesionarios, pero la autora considera que la acusación resultaba exagerada, en el entendido que el despojo de las riquezas eclesíásticas había iniciado desde el siglo XIX. Durante las primeras décadas del siglo XX se produjeron una serie de modificaciones en la ciudad, entre las que sobresalían el cambio en los nombres de las calles así como su ampliación, lo que implicó que varias casas se derribaran sin tomar en cuenta su valor artístico, significado histórico o antigüedad. Ese fue el caso del Portal de Carmelitas que pertenecía a la familia González de Cosío. La ampliación y apertura de las calles generaría cambios en la vida colectiva y las costumbres de los queretanos, tal como ocurrió con el barrio de San Francisquito que se dividió y las transformaciones urbanas provocarían una modificación en la manera de entender la identidad del lugar. En esta época Germán Patiño figuró como uno de los principales defensores del patrimonio artístico queretano, al colaborar con las instituciones federales que mostraban interés en la preservación del patrimonio cultural como la Dirección de Bienes Nacionales, la Secretaría de Educación Pública, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Por su labor emprendida, Patiño fue nombrado inspector local honorario de monumentos. A fin de lograr la preservación de los mismos, apeló a la conservación como una forma de atraer el turismo. En las primeras seis décadas del siglo XX, la capital queretana, en términos generales, mostraba un panorama desolador, pues estaba empobrecida, despoblada, carecía de servicios educativos, infraestructura urbana y tenía marcados contrastes sociales, situación que también imperaba en el resto del estado, motivo por el que Querétaro llegó a ser considerado como una de las entidades más pobres del país.

El cuarto capítulo refiere que entre 1930 y 1981 se acentuó la destrucción de edificios históricos a causa del desarrollo económico y social que trajeron consigo las políticas de modernización de la ciudad. En 1936 se produjeron los primeros intentos de proteger a la ciudad en su conjunto, de tal manera que se gestionó se hiciera una declaratoria de monumentos nacionales en la ciudad, y se buscó copiar la ley de declaratoria de Taxco como ciudad colonial. Sin embargo, las dos acciones no impidieron que continuara la destrucción de casas particulares y que se modificara la traza urbana. A pesar de lo anterior, siguieron los intentos para proteger los monumentos históricos queretanos. Así, en 1940 se entregó a la Legislatura local una propuesta de ley sobre protección y conservación de la ciudad de Querétaro, misma que se aprobaría en 1941 y se publicaría al año siguiente, pero no impidió que siguiera la demolición de construcciones antiguas con el argumento de que se requería mejorar la circulación de los automóviles. A partir de 1960 se observó un notable crecimiento a causa de la inmigración, lo que contribuyó a modificar las dimensiones físicas de la capital queretana. En la década de 1970 Querétaro se benefició de la política de crear polos de desarrollo alternativos, así como de la posterior política de descentralización de las instancias de gobierno. En el mandato de Manuel González de Cosío se produciría la transformación más radical de la ciudad. El gobierno buscó darle a la capital una imagen moderna, abierta y eficiente, pero lo hizo sobre la antigua ciudad de traza

irregular. Gracias a que en 1981 se declaró zona de monumentos históricos de la ciudad de Querétaro a un área que abarcaba cuatro kilómetros, el gobierno destinó recursos para la compra, restauración y adecuación de edificios históricos. Finalmente, en 1990 se expidió la ley de protección del patrimonio cultural del estado, y en 1997 se declararía que el centro histórico de la ciudad de Querétaro formaba parte del patrimonio cultural de la humanidad.

Las numerosas fotografías incluidas en el libro de Guadalupe Zárate nos muestran la magnitud de las transformaciones producidas en la ciudad de Querétaro. Es admirable la tarea emprendida por la autora, al realizar un recuento tan detallado de los cambios que se han producido en una urbe, lo cual resulta, como ya lo había mencionado, una labor abrumadora, pero necesaria para comprender el patrimonio histórico que se ha perdido. Es inevitable que las ciudades se renueven, pero es importante tratar de preservar su patrimonio para darle un sentido a su historia.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tags:

[Mirar libros](#)

La gran ciudad se desnuda: entre manifestaciones y vida cotidiana. Fotografías de Rebeca Monroy Nasr

ENVIADO POR EL EDITOR EL LUN, 04/14/2014 - 02:10

Hospital General



Marcha Semana de Solidaridad contra la represión a las luchas sociales. 24 de agosto 1978.



Marcha Semana de Solidaridad contra la represión en el Hospital General. 24 de agosto 1978.



Marcha Semana de Solidaridad contra la represión en el Hospital General. 24 de agosto 1978.



Marcha conmemorativa del 68. 26 de julio de 1978.

Diversas manifestaciones



1o. de Mayo con José López Portillo. 1978.



Amnistía general. 1º de septiembre 1978.



Paro de Bellas Artes. Junio 1984.



Huelga de hambre. Desaparecidos políticos. Diciembre 1978.



Huelga de hambre amnistía general. 31 de agosto 1978.

Retrato individual o colectivo



En la gran ciudad. 1979



En algún lugar de la colonia Roma. Junio 1979.



Reconstrucción en el centro DF. Diciembre 1980.



Abanderado por la izquierda. Junio 1980.



Entre tubos te veas en el Zócalo. D.F. Septiembre 1979.



Alter ego. 1979.



En La Lagunilla. Abril 1979.



La Habana, Cuba. Junio 1983



Sao Paulo, Brasil. Diciembre 1982.



En algún lugar de Nueva York. Mayo 1979.



¿Siga la flecha? En la ciudad. 1980.



En La Lagunilla. Abril 1979.

Tags:

[Post Gutenberg](#)

Yo soy 132 y la historia

ENVIADO POR EL EDITOR EL DOM, 04/06/2014 – 21:20

Video: “Yo soy 132 y la historia”



Tags:

[Post Gutenberg](#)

Voces de la Revolución: la leva

ENVIADO POR EL EDITOR EL DOM, 04/06/2014 - 21:17

Audio: Voces de la Revolución - la leva



Tags:

[Post Gutenberg](#)

Normas editoriales

Requisitos para la presentación de originales a publicar:

1. El autor deberá incluir, para ser localizado con facilidad, los siguientes datos: nombre completo —nombre(s) y apellido(s)—, institución en la que labora, teléfonos y dirección de correo electrónico.
2. Los artículos, impecablemente presentados, deberán ser inéditos. Podrán tener una extensión de entre 8 y 12 cuartillas, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones. Las reseñas bibliográficas no excederán de tres cuartillas y deberán incluir la portada escaneada del libro reseñado.
3. El texto deberá escribirse en Word, a doble espacio, en tipo Arial de 12 puntos, con excepción de los títulos que deberán ir en 14 puntos y en negritas; los subtítulos en 12 puntos y cursivas.
4. Los trabajos no deberán usar abreviaturas en vocablos como etcétera, verbigracia, licenciados, señor, doctor, artículo. Toda sigla deberá ser escrita de forma completa sólo la primera vez.
5. Las citas mayores a cinco líneas irán a bando, sangrándolas a 1.25 centímetros del cuerpo del texto, y no incluirán comillas ni al principio ni al final (exceptuando las comillas internas).
6. Los números del 0 al 10 deberán escribirse con letra.
7. Las llamadas (para indicar una nota o cita) irán siempre después de los signos de puntuación.
8. Las notas al pie de página incluirán la siguiente información y orden, cada dato irá separado del siguiente por una coma:
 - a) nombres y apellidos del autor,
 - b) título del libro, en cursivas,
 - c) nombres y apellidos del traductor y/o redactor del prólogo, introducción, selección o notas,
 - d) total de volúmenes o tomos,
 - e) número de edición, en caso de no ser la primera,
 - f) lugar de edición,
 - g) editorial,
 - h) colección o serie, entre paréntesis,
 - i) año de publicación,
 - j) volumen, tomo y páginas,
 - k) inédito, en prensa, mecanoescrito, entre paréntesis.
9. En caso de que se cite algún artículo tomado de periódico, revista, etcétera, deberá seguirse este orden:
 - a) nombres y apellidos del autor,
 - b) título del artículo, entre comillas,
 - c) nombre de la publicación, en cursivas,
 - d) volumen y/o número de la misma,
 - e) lugar,
 - f) fecha,
 - g) páginas.
10. En caso de que se cite un documento de archivo, debe seguirse el orden siguiente:
 - a) emisor,
 - b) título del documento,
 - c) fecha,
 - d) nombre completo del repositorio la primera vez que se cite y sus siglas entre paréntesis, en las citas siguientes sólo se utilizarán las siglas,
 - e) localización interna del documento,
 - f) fojas consultadas.
11. En caso de que se cite una página web, se seguirá el siguiente orden:
 - a) nombres y apellidos del autor,
 - b) título del artículo, entre comillas,
 - c) liga directa al texto,
 - d) (consultado y la fecha).
12. En caso de que se cite un documento filmográfico, debe seguirse el siguiente orden:
 - a) nombres y apellidos del director,
 - b) título de la película, en cursivas,
 - c) lugar: casa productora, año, entre paréntesis,
 - d) duración.
13. En caso de que se cite un testimonio oral, debe seguirse el siguiente orden:
 - a) Entrevista realizada a (nombres y apellidos del entrevistado),
 - b) por (nombres y apellidos del entrevistador),
 - c) en (lugar (es) donde se realizó la entrevista),
 - d) fecha (s) en la que se realizó la entrevista,
 - e) nombre del acervo del que forma parte la documentación,
 - f) nombre de la institución que lo custodia,
 - g) si la entrevista está transcrita, indicar el número de página correspondiente.

14. Se recomienda que en caso de utilizar abreviaturas se haga de la siguiente manera: *op. cit.*=obra citada; *ibidem*=misma obra, diferente página; *idem*=misma obra, misma página; p. o pp.=página o páginas; t. o tt.=tomo o tomos; vol. o vols.=volumen o volúmenes; núm.=número; trad.=traductor; *cfr.*=compárese; *et al.*= y otros.

15. Las ilustraciones, fotografías, cuadros y gráficas se entregarán en archivo separado para su reproducción y deberán indicar su ubicación exacta en el *corpus* de trabajo y los textos precisos de los encabezados o pies. Los cuadros y las tablas deberán ir numeradas en modo consecutivo. El autor que integre fotografías a su texto deberá aportar los permisos correspondientes para su publicación. La resolución y formato de imágenes serán de 400 dpi, en formato TIF, con medida mayor de 28 cm.

16. Los materiales deberán enviarse al correo electrónico: con-temporanea.deh@inah.gob.mx

17. El Consejo de Redacción recibirá los materiales y los entregará a dos evaluadores anónimos para su dictamen. Si es el caso, se notificarán al autor las correcciones y sugerencias de modificación del texto. Entre la fecha de recepción del texto y la entrega de las recomendaciones no deberán pasar más de cinco meses.

Con-temporánea, primera época, vol. 1, núm. 1, enero-junio de 2014, es una publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F., www.con-temporanea.inah.gob.mx Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: en trámite, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de última actualización del número: Claudia Álvarez Pérez, Dirección de Estudios Históricos INAH, calle Allende 172, col Tlalpan, C.P. 14000, México, D.F., fecha de última actualización: 30 de abril de 2014.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia .

Contacto: con-temporanea_revista@inah.gob.mx